

# TRABAJAR BIEN, TRABAJAR POR AMOR

Sobre la santificación del trabajo  
en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá de Balaguer

Javier López Díaz

© 2016 Oficina de Información  
del Opus Dei

Versión revisada a fecha  
26 de junio de 2016

[www.opusdei.org](http://www.opusdei.org)

EDUSC

## Presentación

Millones de personas se dirigen cada día a su trabajo. Algunos van a disgusto, como obligados a una tarea que no les interesa ni les agrada. A otros les importa únicamente el sueldo que recibirán y sólo eso les proporciona aliento para trabajar. Otros encarnan lo que Hannah Arendt llama el “animal laborans”: el trabajador sin más fin ni horizonte que el mismo trabajo al que la vida le ha destinado y que realiza por inclinación natural o por costumbre. Por encima de todos ellos en humanidad se encuentra la figura del “homo faber”, el que trabaja con perspectivas más amplias, con el afán de sacar adelante una empresa o un proyecto, unas veces buscando la afirmación personal pero otras muchas con la noble aspiración de servir a los demás y de contribuir al progreso de la sociedad.

Entre estos últimos deberían encontrarse los cristianos, y no sólo en primer lugar sino en otro nivel. Porque si de veras son cristianos, no se sentirán esclavos ni asalariados, sino hijos de Dios para quienes el trabajo es una vocación y una misión divina que se ha de cumplir por amor y con amor.

En su célebre discurso del 2008 al *Collège des Bernardins*, en París, Benedicto XVI mostró que el cristianismo posee la clave para comprender el sentido del trabajo, al afirmar que el hombre está llamado a prolongar la obra creadora de Dios con su trabajo, y que debe perfeccionar la creación trabajando con libertad, guiado por la sabiduría y el amor. El mismo Hijo de Dios hecho hombre ha trabajado muchos años en Nazaret, y «así santificó el trabajo y le otorgó un peculiar valor para nuestra maduración» (Papa Francisco, *Laudato si'*, 98). Todo esto muestra que el trabajo es “vocación” del hombre, “lugar” para su crecimiento como hijo de Dios, más aún, “materia” de su santificación y de cumplimiento de la misión apostólica. Por eso el cristiano no ha de temer el esfuerzo ni la fatiga, sino que ha de abrazarla con alegría: una alegría que tiene sus raíces en forma de Cruz.

La última frase es de san Josemaría Escrivá de Balaguer, el santo que ha enseñado a “santificar el trabajo”, convirtiéndolo nada menos que en “trabajo de Dios”. En su mensaje se inspiran las páginas de este libro. Mejor dicho, se inspiran en el Evangelio, pues san Josemaría no ha hecho otra cosa que enseñar las palabras y la vida de Jesús, sobre todo los años transcurridos en Nazaret junto a José, de quien aprendió a trabajar como artesano, y junto a María, que le sirvió con su trabajo en el hogar.

Jesús, María y José aparecen en la portada de este libro, que reproduce una de las escenas del retablo en alabastro que se encuentra en el Santuario de Torreciudad (Aragón, España), obra maestra del escultor Joan Mayné. El lector puede contemplar en esa imagen todo lo que se dispone a leer en este libro. Incluso, si quiere, puede “entrar ahí” como uno más de la familia de Nazaret, porque también es hijo de Dios, y esa casa y empresa es la

escuela para aprender cómo se ha de convertir el trabajo en oración: en una “misa” que da gloria a Dios y redime y mejora el mundo.

Agradezco a la Oficina de Información del Opus Dei la iniciativa de recoger en un libro estos artículos aparecidos antes en su página web. No se ha pretendido realizar una exposición sistemática del mensaje de san Josemaría sobre la santificación del trabajo (para esto puede consultarse el volumen 3 del libro de E. Burkhart - J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*), sino ofrecer un conjunto de textos sobre diversos aspectos del tema que fueron preparados para ser leídos por separado. Por este motivo, al reunirlos, se advierten algunas repeticiones que, por otra parte, facilitan la lectura de cada texto. Un agradecimiento especial va al doctor Carlos Ruiz Montoya por su ayuda en la elaboración de los artículos.

Ojalá que estas páginas puedan ayudar a descubrir, o a re-descubrir, el ideal de santificar el trabajo profesional, y a buscarlo con ilusión, sabiendo que mientras trabajamos hay un Padre que desde el Cielo se complace en sus hijos y atrae la humanidad entera hacia sí.

Javier López Díaz

Roma, 26-VI-2016

\* Javier López Díaz (Madrid, 1949) es sacerdote de la Prelatura del Opus Dei desde 1977. Imparte cursos sobre las enseñanzas de san Josemaría en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma).

## UN MOTIVO SOBRENATURAL

El mensaje que Dios hizo ver a San Josemaría el 2 de octubre de 1928 «recoge la realidad hermosísima –olvidada durante siglos por muchos cristianos– de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un quehacer divino»<sup>1</sup>.

La vida de muchas personas ha experimentado un giro al conocer esta doctrina, y a veces solamente al oír hablar de santificación del trabajo. Hombres y mujeres que trabajaban con horizontes sólo terrenos, de dos dimensiones, se entusiasman al saber que su tarea profesional puede adquirir una tercera dimensión, trascendente, que da relieve de eternidad a la vida cotidiana. ¿Cómo no pensar en el gozo de aquel personaje del Evangelio que al encontrar un tesoro escondido en un campo, fue y vendió todo lo que tenía para comprar aquel campo?<sup>2</sup>.

El Espíritu Santo hizo descubrir a San Josemaría este tesoro en las páginas del Evangelio, especialmente en los largos años de Jesús en Nazaret. «Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol»<sup>3</sup>, porque «esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres»<sup>4</sup>.

Gracias a la luz de Dios, el Fundador del Opus Dei enseñó constantemente que el trabajo profesional es una realidad santificable y santificadora. Verdad sencilla y grandiosa que el Magisterio de la Iglesia ha ratificado en el Concilio Vaticano II<sup>5</sup>, y recogido después en el Catecismo, donde se afirma que «el trabajo puede ser un medio de santificación y de animación de las realidades terrenas en el Espíritu de Cristo»<sup>6</sup>.

«Con sobrenatural intuición» – son palabras de San Juan Pablo II –, «el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por ello, el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado cuando se vive en unión con Jesucristo»<sup>7</sup>.

San Josemaría ha sido instrumento de Dios para difundir esta doctrina abriendo perspectivas inmensas de santidad a multitud de cristianos y de santificación de la sociedad humana desde dentro, es decir, desde el entramado mismo de las relaciones profesionales que la configuran.

Esta semilla dará los frutos que el Señor espera si hay cristianos decididos a poner el empeño necesario para comprenderla y llevarla a la práctica con la ayuda de Dios, porque la santificación del trabajo no es sólo una idea que basta explicar para que se

entienda; es un ideal que se ha de buscar y conquistar por amor a Dios, conducidos por su gracia.

### **Sentido del trabajo**

Desde el comienzo de la Sagrada Escritura, en el libro del Génesis, se nos revela el sentido del trabajo. Dios, que hizo buenas todas las cosas, «quiso libremente crear un mundo “en estado de vía” hacia su perfección última»<sup>8</sup>, y creó al hombre ut operaretur<sup>9</sup>, para que con su trabajo «prolongase en cierto modo la obra creadora y alcanzase su propia perfección»<sup>10</sup>. El trabajo es vocación del hombre. «Estamos llamados al trabajo desde nuestra creación»<sup>11</sup>.

La grandeza del trabajo humano era ignorada en el mundo antiguo. Benedicto XVI ha hecho notar que «el mundo greco-romano no conocía ningún Dios Creador; la divinidad suprema, según su manera de pensar, no podía, por así decir, ensuciarse las manos con la creación de la materia. “Construir” el mundo quedaba reservado al demiurgo, una deidad subordinada. Muy distinto es el Dios cristiano: Él, el Uno, el verdadero y único Dios, es también el Creador. Dios trabaja; continúa trabajando en y sobre la historia de los hombres. En Cristo entra como Persona en el trabajo fatigoso de la historia (...). Así el trabajo de los hombres tenía que aparecer como una expresión especial de su semejanza con Dios y el hombre, de esta manera, tiene capacidad y puede participar en la obra de Dios en la creación del mundo»<sup>12</sup>. Como consecuencia del pecado, el trabajo está ahora acompañado de fatiga y muchas veces de dolor<sup>13</sup>. Pero al asumir nuestra naturaleza para salvarnos, Jesucristo ha transformado el cansancio y las dificultades en medios para manifestar el amor y la obediencia a la Voluntad divina y reparar la desobediencia del pecado. «Así vivió Jesús durante seis lustros: era fabri filius (Mt 13, 55), el hijo del carpintero. (...) Era el faber, filius Mariae (Mc 6, 3), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba atrayendo a sí todas las cosas (Jn 12, 32)»<sup>14</sup>.

Junto a esta realidad del trabajo de Jesucristo, que nos muestra la plenitud de su sentido, hemos de considerar que por gracia sobrenatural somos hijos de Dios y formamos una sola cosa con Jesucristo, como la cabeza y el cuerpo. Su Vida sobrenatural es vida nuestra, y participamos también de su sacerdocio para ser corredentores con Él.

Esta profunda unión del cristiano con Cristo ilumina el sentido de todas nuestras actividades y, en particular, del trabajo. En las enseñanzas de san Josemaría, el fundamento de la santificación del trabajo es el sentido de la filiación divina, la conciencia de que «Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer»<sup>15</sup>.

La visión cristiana del sentido trabajo se compendia en las siguientes palabras: «El trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte

de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención. Pero el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa. (...) El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad. Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios (...). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»<sup>16</sup>.

### **Santificar la actividad de trabajar**

Una expresión que salía con frecuencia de los labios de San Josemaría, nos adentra en el espléndido panorama de la santidad y del apostolado en el ejercicio de un trabajo profesional: «para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo»<sup>17</sup>.

Son tres aspectos de una misma realidad, inseparables y ordenados entre sí. Lo primero es santificar — hacer santo — el trabajo, la actividad de trabajar. Santificar el trabajo es hacer santa esa actividad, hacer santo el acto de la persona que trabaja.

De esto dependen los otros dos aspectos, porque el trabajo santificado es también santificador: nos santifica a nosotros mismos, y es medio para la santificación de los demás y para empapar la sociedad con el espíritu cristiano. Conviene, por tanto, que nos detengamos a considerar el primer punto: qué significa hacer santo el trabajo profesional.

Un acto nuestro es santo cuando es un acto de amor a Dios y a los demás por Dios: un acto de amor sobrenatural — de caridad —, lo cual presupone, en esta tierra, la fe y la esperanza. Un acto así es santo porque la caridad es participación de la infinita Caridad, que es el Espíritu Santo<sup>18</sup>, el Amor subsistente del Padre y del Hijo, de modo que un acto de caridad es un tomar parte en la Vida sobrenatural de la Santísima Trinidad: un tomar parte en la santidad de Dios.

En el caso del trabajo profesional, hay que tener en cuenta que la actividad de trabajar tiene por objeto las realidades de este mundo — cultivar un campo, investigar una ciencia, proporcionar unos servicios... — y que, para ser humanamente buena y santificable, ha de ser ejercicio de las virtudes humanas. Pero esto no basta para que la actividad sea santa.

El trabajo se santifica cuando se realiza por amor a Dios, para darle gloria — y, en consecuencia, como Dios quiere, cumpliendo su Voluntad: practicando las virtudes

cristianas informadas por la caridad —, para ofrecerlo a Dios en unión con Cristo, ya que «por Él, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria»<sup>19</sup>.

«Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo»<sup>20</sup>. Con estas breves palabras el fundador del Opus Dei muestra la clave de la santificación del trabajo. La actividad humana de trabajar se santifica cuando se lleva a cabo por un motivo sobrenatural: por amor a Dios

Lo decisivo no es, por tanto, que salga bien, sino que trabajemos por amor a Dios, ya que esto es lo que busca en nosotros: Dios mira el corazón<sup>21</sup>. Lo definitivo es el motivo sobrenatural, la finalidad última, la rectitud de intención, el realizar el trabajo por amor a Dios y para servir a los demás por Dios. «Se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, operatio Dei, opus Dei»<sup>22</sup>.

### **Cualidades del motivo sobrenatural**

El motivo sobrenatural es sincero si influye eficaz y radicalmente en el modo de trabajar, llevando a cumplir nuestra tarea con perfección, como Dios quiere, dentro de las limitaciones personales con las que Él cuenta.

El motivo sobrenatural que hace santo el trabajo, no es algo que simplemente se yuxtapone a la actividad profesional, sino un amor a Dios y a los demás por Dios que influye radicalmente en la misma actividad, impulsando a realizarla bien, con competencia y perfección porque «no podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta las chapuzas. No presentaréis nada defectuoso, nos amonesta la Escritura Santa, pues no sería digno de El (Lv 22, 20). Por eso, el trabajo de cada uno, esa labor que ocupa nuestras jornadas y energías, ha de ser una ofrenda digna para el Creador, operatio Dei, trabajo de Dios y para Dios: en una palabra, un quehacer cumplido, impecable»<sup>23</sup>.

Una “buena intención” que no impulsara a trabajar bien, no sería una intención buena, no sería amor a Dios. Sería una intención ineficaz y hueca, un débil deseo, que no alcanza a superar el obstáculo de la pereza o de la comodidad. El verdadero amor se plasma en el trabajo bien hecho.

Poner un motivo sobrenatural no es tampoco añadir algo santo a una actividad de trabajar bien hecha. Para santificar el trabajo no es suficiente rezar mientras se trabaja, aunque —cuando es posible hacerlo— es una señal de que se trabaja por amor a Dios, y un medio para crecer en ese amor. Más aún, para santificar el trabajo poniendo un motivo sobrenatural, es imprescindible buscar la presencia de Dios, y muchas veces esto se concreta en actos de amor, en oraciones y en jaculatorias, ya sea con ocasión de una pausa

o de otras circunstancias que ofrece el ritmo del trabajo. Para esto son de gran ayuda las industrias humanas.

Pero vale la pena insistir en que no hay que quedarse ahí, porque santificar el trabajo no consiste esencialmente en realizar algo santo mientras se trabaja, sino en hacer santo el mismo trabajo. Y esto se alcanza poniendo el motivo sobrenatural que configura esa actividad y la empapa tan profundamente que la convierte en un acto de fe, esperanza y caridad, y que pone en juego las virtudes humanas para llevar a cabo el trabajo con perfección moral y ofrecerlo a Dios. Así se transforma el trabajo en oración: una oración que aspira a ser contemplación.

### **La dignidad del trabajo depende de quien lo realiza**

Otra consecuencia importante de que la raíz de la santificación del trabajo se encuentra en el motivo sobrenatural, es que todo trabajo profesional es santificable, desde el más brillante ante los ojos humanos hasta el más humilde, pues la santificación no depende del tipo de trabajo sino del amor a Dios con que se realiza. Basta pensar en los trabajos de Jesús, María y José en Nazaret: tareas corrientes, ordinarias, semejantes a las de millones de personas, pero realizadas con el amor más pleno y más grande.

«La dignidad del trabajo depende no tanto de lo que se hace, cuanto de quien lo ejecuta, el hombre, que es un ser espiritual, inteligente y libre»<sup>24</sup>. La mayor o menor categoría del trabajo deriva de su bondad en cuanto acción espiritual y libre, es decir, del amor electivo del fin, que es acto propio de la libertad.

«Conviene no olvidar que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara. Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»<sup>25</sup>.

El amor a Dios hace grandes las cosas pequeñas: los detalles de orden, de puntualidad, de servicio o de amabilidad, que contribuyen a la perfección del trabajo. «Hacedlo todo por Amor. — Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. — La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo»<sup>26</sup>.

Quien comprenda que el valor santificador del trabajo depende esencialmente del amor a Dios con que se lleva a cabo, y no de su relieve social y humano, apreciará en mucho esos detalles, especialmente los que pasan inadvertidos a los ojos de los demás, porque sólo los ve Dios.



Por el contrario, trabajar por motivos egoístas, como el afán de autoafirmación, de lucirse o de realizar por encima de todo los propios proyectos y gustos, la ambición de prestigio por vanidad, o de poder o de dinero como meta suprema, lleva a cuidar sólo las apariencias e impide radicalmente santificar el trabajo, porque equivale a ofrecerlo al ídolo del amor propio.

Estos motivos se presentan pocas veces en estado puro, pero pueden convivir con intenciones nobles e incluso sobrenaturales, permaneciendo latentes – quizá durante largo tiempo – como los posos de cieno en el fondo de un agua limpia. Sería una imprudencia ignorarlos, porque en cualquier momento – quizá con ocasión de una dificultad, una humillación o un fracaso profesional – pueden enturbiar toda la conducta. Es preciso detectar esos motivos egoístas, reconocerlos sinceramente y combatirlos purificando la intención con oración y sacrificio, con humildad y servicio generoso a los demás.

Conviene volver la mirada una y otra vez al trabajo de Jesús en los años de su vida oculta, para aprender a santificar nuestra tarea. «Señor, concédenos tu gracia. Ábrenos la puerta del taller de Nazaret, con el fin de que aprendamos a contemplarte a Ti, con tu Madre Santa María, y con el Santo Patriarca José – a quien tanto quiero y venero –, dedicados los tres a una vida de trabajo santo. Se removerán nuestros pobres corazones, te buscaremos y te encontraremos en la labor cotidiana, que Tú desees que convirtamos en obra de Dios, obra de Amor»<sup>27</sup>.

---

1 Conversaciones, n. 55.

2 Cfr. Mt 13, 44.

3 Es Cristo que pasa, n. 14.

4 Ibidem, n. 20.

5 Cfr. Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, nn. 31-36; Const. past. Gaudium et spes, nn. 33-39; Decr. Apostolicam actuositatem, nn. 1-3, 7.

6 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2427.

7 San Juan Pablo II, Homilía, 17-V-1992. Cfr. también, entre otros textos: Discurso, 19-III-1979; Discurso, 12-I-2002, n. 2.

8 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 310.

9 Gn 2, 15. Cfr. Gn 1, 28.

10 Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2427. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, nn. 34 y 35.

11 Papa Francisco, Enc. *Laudato Si'*, 24-V-2015, n. 128.

12 Benedicto XVI, Discurso en el Collège des Bernardins (París), 12-IX-2008.

13 Cfr. Gn 3, 18-19.

14 *Es Cristo que pasa*, n. 14.

15 *Ibidem*, n. 174.

16 *Ibidem*, n. 47.

17 *Conversaciones*, n. 55. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 45; *Amigos de Dios*, n. 120.

18 Santo Tomás de Aquino, S. Th. II-II, q. 24, a. 7 c.

19 Misal Romano, Canon de la Misa.

20 *Camino*, n. 359.

21 Cfr. 1 Sam 16, 7.

22 *Conversaciones*, n. 10.

23 *Amigos de Dios*, n. 55.

24 San Juan Pablo II, Discurso, 3-VII-1986, n. 3. Cfr. *Conversaciones*, n. 109.

25 *Es Cristo que pasa*, n. 48.

26 *Camino*, n. 813.

27 *Amigos de Dios*, n. 72.

## TRABAJAR A CONCIENCIA

«Si queremos de veras santificar el trabajo, hay que cumplir ineludiblemente la primera condición: trabajar, ¡y trabajar bien!, con seriedad humana y sobrenatural»<sup>1</sup>.

Ya hemos visto, en el capítulo precedente, que trabajar por un «motivo sobrenatural» es el alma de la santificación del trabajo<sup>2</sup>. Ahora nos detendremos a considerar que la “materia” a la que da vida ese alma es el trabajo bien hecho. El motivo sobrenatural, si es auténtico amor a Dios y al prójimo, reclama necesariamente que procuremos llevar a cabo nuestra tarea lo mejor posible.

San Josemaría enseña que la santificación del trabajo supone la buena realización del trabajo mismo, su perfección humana, el buen cumplimiento de todas las obligaciones profesionales, entramadas con las familiares y sociales. Es preciso trabajar a conciencia, con sentido de responsabilidad, con amor y perseverancia, sin abandonos ni ligerezas.

Para meditar con fruto esta enseñanza, conviene observar que cuando hablamos de “trabajar bien” nos referimos ante todo a la actividad de trabajar, no al resultado del trabajo.

Puede suceder que se trabaje bien y, sin embargo, que la tarea salga mal, ya sea por una equivocación involuntaria o por causas que no dependen de uno mismo. En estos casos —que se presentan a menudo— aparece con claridad la diferencia entre quien trabaja con sentido cristiano y quien busca principalmente el éxito humano. Para el primero lo que tiene valor es, ante todo, la misma actividad de trabajar y, aunque no haya obtenido un buen resultado, sabe que no se ha perdido nada de lo que ha procurado hacer bien por amor a Dios y afán de corredimir con Cristo; por eso no se abate por las contrariedades sino que —tratando de superarlas—, ve ahí la posibilidad de unirse más a la Cruz del Señor. En cambio, para el segundo, todo se ha malogrado si no ha salido bien. Evidentemente, quien piense de este modo nunca entenderá qué es santificar el quehacer profesional.

Trabajar a conciencia es trabajar con perfección humana por un motivo sobrenatural. No es trabajar humanamente bien y “después” añadir un motivo sobrenatural. Es algo más profundo, porque precisamente es el amor a Dios lo que debe llevar a un cristiano a realizar con perfección su tarea, ya que «no podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta las chapuzas. No presentaréis nada defectuoso, nos amonesta la Escritura Santa, pues no sería digno de El (Lv 22, 20)»<sup>3</sup>.

Cuando se procura actuar de este modo, es normal que el trabajo salga bien y se obtengan buenos resultados. Más aún, es frecuente que quien busca santificar el trabajo

destaque profesionalmente entre sus iguales, pues el amor a Dios impulsa a «excederse gustosamente, y siempre, en el deber y en el sacrificio»<sup>4</sup>. Pero no hay que olvidar que Dios permite a veces contradicciones y fracasos humanos para que purifiquemos la intención y participemos de la Cruz del Señor. Y esto no significa que no se haya trabajado bien y santificado esa tarea.

### **Virtudes humanas en el trabajo**

Para trabajar bien hay que ejercitar las virtudes humanas informadas por la caridad. «Es toda una trama de virtudes la que se pone en juego al desempeñar nuestro oficio, con el propósito de santificarlo: la fortaleza, para perseverar en nuestra labor, a pesar de las naturales dificultades y sin dejarse vencer nunca por el agobio; la templanza, para gastarse sin reservas y para superar la comodidad y el egoísmo; la justicia, para cumplir nuestros deberes con Dios, con la sociedad, con la familia, con los colegas; la prudencia, para saber en cada caso qué es lo que conviene hacer, y lanzarnos a la obra sin dilaciones... Y todo, insisto, por Amor»<sup>5</sup>.

Todas las virtudes humanas son necesarias, porque forman un tejido en el que los hilos se refuerzan entre sí. Pero hay un orden entre ellas: unos hilos se ponen antes que otros, lo mismo que al tejer un tapiz.

Puesto que la primera condición es trabajar y trabajar bien, se comprende que San Josemaría destaque «dos virtudes humanas —la laboriosidad y la diligencia—, que se confunden en una sola: en el empeño por sacar partido a los talentos que cada uno ha recibido de Dios»<sup>6</sup>.

Como en la parábola del Evangelio, el Señor ha otorgado a cada uno los talentos necesarios para cumplir la misión de ponerle en la entraña de las actividades humanas santificando la profesión. No es lícito comportarse como el siervo malo y perezoso<sup>7</sup> que enterró el talento recibido. Dios quiere que hagamos rendir, por amor suyo, los dones que nos ha dado. Y para esto hay que trabajar con empeño y constancia, con rigor, con calidad humana, poniendo todo el esfuerzo necesario.

La laboriosidad y la diligencia inclinan juntas a afrontar el trabajo que se debe hacer, no cualquier cosa o lo que apetece, y a realizarlo cómo y cuándo se debe. «El que es laborioso aprovecha el tiempo, que no sólo es oro, ¡es gloria de Dios! Hace lo que debe y está en lo que hace, no por rutina, ni por ocupar las horas, sino como fruto de una reflexión atenta y ponderada. Por eso es diligente. El uso normal de esta palabra —diligente— nos evoca ya su origen latino. Diligente viene del verbo diligo, que es amar, apreciar, escoger como fruto de una atención esmerada y cuidadosa. No es diligente el que se precipita, sino el que trabaja con amor, primorosamente»<sup>8</sup>.

A la laboriosidad se opone la pereza, vicio capital y «madre de todos los vicios»<sup>9</sup>. Una de sus formas es la tardanza en el cumplimiento de las obligaciones<sup>10</sup>: aplazando lo que cuesta y dando prioridad a otras cosas que gustan más o exigen menos esfuerzo. «No dejes tu trabajo para mañana»<sup>11</sup>, aconseja San Josemaría, porque a veces, «con falsas excusas, somos demasiado cómodos, nos olvidamos de la bendita responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros, nos conformamos con lo que basta para salir del paso, nos dejamos arrastrar por razonadas sinrazones para estar mano sobre mano, mientras Satanás y sus aliados no se toman vacaciones»<sup>12</sup>. No servimos a Dios con lealtad «cuando nos puedan señalar como vagos, informales, frívolos, desordenados, perezosos, inútiles...»<sup>13</sup>.

Por el extremo opuesto, la laboriosidad se deforma cuando no se ponen los debidos límites al trabajo, exigidos por el necesario descanso o por la atención a la familia y a otras relaciones que se han de cuidar. San Josemaría pone en guardia ante el peligro de una dedicación desmedida al trabajo: la “profesionalitis”, como llama a este defecto para dar a entender que se trata de una especie de inflamación patológica de la actividad profesional.

El quehacer profesional es campo para el ejercicio de todas las virtudes humanas, imitando el ejemplo de los años de Jesús en Nazaret. El orden y la serenidad, la alegría y el optimismo, la reciedumbre y la constancia, la lealtad, la humildad y la mansedumbre, la magnanimidad y las demás virtudes, hacen del trabajo profesional terreno fecundo que se llena de frutos con la lluvia de la gracia.

En su predicación sobre las virtudes humanas en el trabajo, San Josemaría recurre con frecuencia a la alegoría del borrico. «¡Ojalá adquieras –las quieres alcanzar– las virtudes del borrico!: humilde, duro para el trabajo y perseverante, ¡tozudo!, fiel, segurísimo en su paso, fuerte y –si tiene buen amo– agradecido y obediente»<sup>14</sup>.

En particular se fija en el trabajo del “borrico de noria”: «¡Bendita perseverancia la del borrico de noria! –Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. –Un día y otro: todos iguales. Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín. Lleva este pensamiento a tu vida interior»<sup>15</sup>.

El ejemplo le sirve para encomiar la perseverancia en el trabajo y en el cumplimiento de los deberes, para elogiar la reciedumbre y, especialmente, la humildad de quien se sabe instrumento en las manos de Dios y no se atribuye a sí mismo el mérito de las obras que realiza<sup>16</sup>.

La metáfora es de origen bíblico. San Josemaría la toma de la oración del salmista, citándola a menudo en latín: «ut iumentum factus sum apud te...», «como un borrico soy delante de Ti, y estaré contigo. Me has tomado con la mano derecha, me guías según tu designio y después me acogerás en tu gloria» (Sal 72 [73] 22-24). Contempla también la figura del borrico escogido por el Señor para su ingreso triunfal en Jerusalén (cfr. Mc 11,2-7), considerando que «Jesús se contenta con un pobre animal, por trono»<sup>17</sup>: «¡un borrico

fue su trono en Jerusalén!»<sup>18</sup>. Con esto, comenta el Beato Álvaro, quiere enseñar a «trabajar con humildad y perseverancia, para que también nosotros podamos ser trono del Señor»<sup>19</sup>, dejándole reinar en el propio corazón y ponerle así en la cumbre de las actividades humanas, no obstante las personales miserias<sup>20</sup>.

Sin la lucha para practicar diariamente las virtudes humanas en el trabajo, sería fácil acabar como quienes se consideran cristianos “practicantes” porque asisten a unos actos de culto y recitan unas oraciones, pero dejan que su vida profesional discurra, más o menos descaradamente, al margen de la moral cristiana, con faltas de justicia, de veracidad, de honradez...

Una labor de este género no es agradable a Dios, y no puede decirse que esté bien hecha, ni santificada, aunque obtenga resultados brillantes a los ojos humanos y destaque por su perfección técnica en algunos aspectos. San Josemaría ha enseñado siempre a poner en práctica la fe — ¡a encarnarla! — en el trabajo profesional, con unidad de vida. Y esto se logra mediante las virtudes humanas informadas por la caridad.

Sin la caridad, el esfuerzo humano no basta para santificar el trabajo, porque la caridad es la esencia de la santidad. Un cristiano que sea muy eficaz, si falta a la caridad no santifica su trabajo. En realidad tampoco puede decirse que trabaje bien, porque la caridad va dentro de las virtudes, y su falta se manifiesta antes o después en la quiebra de éstas: en injusticias, en soberbia, en ira, en envidia...

El amor a Dios no es un sentimiento inoperante. Es el acto de la virtud teologal de la caridad que, junto con la fe y la esperanza, debe gobernar la realidad concreta de la vida de un hijo de Dios mediante el ejercicio de las virtudes humanas. Sólo así podemos identificarnos a Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre.

### **Cosas pequeñas**

Las virtudes cristianas se manifiestan y se desarrollan en la actividad profesional ordinariamente a través de cosas pequeñas. La misma laboriosidad, que de algún modo es la condición de las demás virtudes en el trabajo, no consiste sólo en trabajar mucho, porque no hay que olvidar que «a fuerza de descuidar detalles, pueden hacerse compatibles trabajar sin descanso y vivir como un perfecto comodón»<sup>21</sup>.

Esta virtud puede perder su genuino valor si se descuida la lucha en detalles de orden a los que quizá no se siente inclinación, o de puntualidad al comenzar y terminar el trabajo, o se posterga la atención a la familia, o se desatienden las iniciativas apostólicas con la excusa de que el trabajo absorbe casi todas las energías. El cuidado de las cosas pequeñas por amor a Dios protege de este peligro porque custodia la rectitud de intención, ya que muchos detalles sólo brillan ante Dios. «La santidad no consiste en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada día con más amor»<sup>22</sup>.

Otra cosa distinta es el “perfeccionismo”, el defecto de buscar como fin la perfección por la perfección en el resultado exterior del trabajo. Este defecto encierra una deformación de las virtudes humanas, muestra que se ha perdido la visión de conjunto, el sentido de la prudencia que dicta a veces que lo mejor es enemigo de lo bueno, porque pretender lo mejor llevaría a descuidar otras exigencias del trabajo bien hecho, como acabarlo en el plazo oportuno. El perfeccionismo es un sucedáneo de la perfección, que revela amor propio y complacencia vana, y es preciso combatirlo con el realismo de la humildad cristiana que sabe reconocer las propias limitaciones y confiar en Dios.

Él ha creado todo por amor, y sus obras son perfectas: *Dei perfecta sunt opera*<sup>23</sup>. Nuestro trabajo es una «participación en la obra creadora»<sup>24</sup>, y ha de ser también perfecto, en lo que depende de nuestras fuerzas, con la gracia de Dios.

El cuidado de las cosas pequeñas caracteriza el modo divino de trabajar de un hijo de Dios, porque manifiesta la perfección del amor. Y es fundamental para llegar a ser contemplativos en el trabajo, porque así como Dios creó y vio que era bueno lo que había creado<sup>25</sup> –contempló el reflejo de su Amor y Verdad en las criaturas– análogamente, con la infinita distancia que comporta aquí la analogía, nuestro trabajo será bueno y medio de contemplación si es una tarea no sólo acabada hasta el detalle, sino llevada a cabo con rectitud moral. Así el trabajo será oración. Oración contemplativa, pues un trabajo realizado con perfección, poniendo amor en las cosas pequeñas, permite descubrir «ese algo divino que en los detalles se encierra»<sup>26</sup>. Por eso, concluía San Josemaría, «cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»<sup>27</sup>.

### **Aprender a trabajar bien**

El panorama asombroso que se abre ante nuestros ojos ha de ser puesto por obra. «No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo»<sup>28</sup>. Servir a Dios y a los demás con nuestro trabajo, requiere preparación, competencia no sólo técnica sino moral, humana y cristiana.

«Para servir, servir», repetía San Josemaría con el fin de recordar que no basta la “buena voluntad” para ser un buen médico o una buena ama de casa, sino que se requieren conocimientos y virtudes. «No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas»<sup>29</sup>.

La “formación profesional” para santificar el trabajo no consiste sólo en unos conocimientos teóricos previos. Se necesita mucho más, como se ha dicho antes: hacen falta virtudes humanas informadas por la caridad. Por este motivo, principalmente, la formación profesional dura toda la vida, y se mejora día a día poniendo empeño en crecer en las virtudes cristianas. «No basta el afán de poseer esas virtudes: es preciso aprender a

practicarlas. *Discite benefacere (Is 1, 17), aprended a hacer el bien. Hay que ejercitarse habitualmente en los actos correspondientes – hechos de sinceridad, de veracidad, de ecuanimidad, de serenidad, de paciencia –, porque obras son amores, y no cabe amar a Dios sólo de palabra, sino con obras y de verdad (1 Jn 3, 18)»*<sup>30</sup>.

Cauce excelente para esta formación es la dirección espiritual personal. Quien sepa abrir el alma de par en par, podrá recibir consejos certeros – a veces indicaciones sobre deberes morales o de conciencia –, porque el Espíritu Santo da su luz y su gracia a través de ese medio de santificación. También hay que estar dispuestos a recibir esa formación en el mismo lugar de trabajo, sabiendo aprovechar las observaciones de quienes nos rodean. Se requiere humildad, sencillez para admitir las propias limitaciones y dejarse ayudar evitando la suficiencia, la presunción y la vanidad.

### **Ilusión profesional**

Una disposición interior muy conveniente para santificar el trabajo es la ilusión profesional. Pero es importante tener una idea justa, elevada, de lo que debe ser esta ilusión en un cristiano, para no reducirla a una simple inclinación natural o un sentimiento.

En rigor, la ilusión profesional es el anhelo de servir a Dios y a los demás con nuestro trabajo, el deseo de contribuir con la propia actividad profesional al progreso humano orientándolo con sentido cristiano, y a empapar así la sociedad con el espíritu de Cristo. Esta es la médula de la ilusión profesional de un hijo de Dios, que despierta el interés humano por la tarea que se realiza y lo alimenta desde la raíz con una savia de esperanza sobrenatural que mantiene vivo el empeño «de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico»<sup>31</sup>.

Las actividades más ordinarias no son ya un monótono sucederse de acciones que se repiten, como no lo fueron en la vida de Jesús, María y José en Nazaret. Se descubre una nueva dimensión en nuestras tareas, y se goza con la presencia de Dios que las aprueba, acogiendo la ofrenda del trabajo bien hecho.

Para un hijo de Dios, la ilusión profesional no es un gusto o un capricho. Es la ilusión de realizar el trabajo que Dios quiera para santificarlo y dar fruto. Por eso hay una vocación profesional, que es parte importante de la vocación divina a la santidad y al apostolado. La vocación profesional se descubre no sólo por las inclinaciones y aptitudes – que ciertamente cuentan –, sino también por las circunstancias en las que cada uno se encuentra por Providencia divina, y concretamente por los deberes que ha de cumplir y los servicios que de hecho puede prestar.

Todo este conjunto de factores configura la vocación profesional. Se llama “vocación” porque efectivamente representa una llamada de Dios a elegir, de acuerdo con



las circunstancias personales, la actividad profesional más conveniente como materia de santificación y apostolado.

En este marco se ve cuán lejos de la ilusión profesional se encuentra la patología, ya mencionada antes, que suele llamarse profesionalitis. La ilusión profesional es el amor al trabajo como medio de santificación y apostolado; la profesionalitis, en cambio, es la esclavitud a un ídolo que se ha puesto como fin. Y esto último puede suceder sin pretenderlo expresamente, cuando no se pone cuidado en rectificar la intención y se actúa en la práctica con metas sólo terrenas, poniendo en el triunfo la propia complacencia.

San Josemaría advierte de este peligro: «coloca los quehaceres profesionales en su sitio: constituyen exclusivamente medios para llegar al fin; nunca pueden tomarse, ni mucho menos, como lo fundamental. ¡Cuántas “profesionalitis” impiden la unión con Dios!»<sup>32</sup>. Aprender a trabajar bien exige aprender a poner el trabajo en su sitio: un sitio tan importante como el de ser eje de la santificación en la vida ordinaria, pero el eje no lo es todo.

A lo buenos profesionales se les conoce por su trabajo. A San José todos le conocían como el artesano, y a Jesús como el hijo del artesano, *fabri filius*<sup>33</sup>, y artesano Él mismo<sup>34</sup>. No nos ha quedado el resultado de su trabajo, ninguno de los enseres que fabricaron, con calidad, con la perfección que permitirían las herramientas de la época, trabajando con esfuerzo, orden, alegría..., mientras Santa María se ocupaba con el mismo espíritu de las tareas del hogar. Nos ha quedado en cambio el amor redentor de Jesús en ese quehacer, y el de María y José unidos al suyo con un solo corazón. Ésta es la esencia de la santificación del trabajo.

---

1 Forja, n. 698.

2 Cfr. Camino, n. 359.

3 Amigos de Dios, n. 55.

4 Surco, n. 527.

5 Amigos de Dios, n. 72.

6 Ibidem, n. 81.

7 Cfr. Mt 25, 26.

8 Amigos de Dios, n. 81.

9 Surco, n. 505. Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1866.

10 Santo Tomás de Aquino, S. Th., II-II, q. 54, a. 2, ad 1.

11 Camino, n. 15.

12 Amigos de Dios, n. 62.

13 Ibidem.

14 Forja, n. 380.

15 Camino, n. 998.

16 Cfr. Forja, n. 607.

17 Es Cristo que pasa, n. 181.

18 Camino, n. 606.

19 Beato Álvaro del Portillo, nota 143 a Instrucción, 9-I-1935, n. 221, cit. en E. Burkhart – J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, III, Rialp, Madrid 2013, p. 176.

20 Cfr. Forja, n. 607; Amigos de Dios, n. 137.

21 Surco, n. 494.

22 Apuntes de la predicación (AGP, P10, n. 25).

23 Dt 32, 4 (Vg).

24 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2427.

25 Gn 1, 10 ss.

26 Conversaciones, n. 116.

27 Ibidem.

28 Es Cristo que pasa, n. 50.

29 Ibidem.

30 Amigos de Dios, n. 91.

31 Es Cristo que pasa, n. 50.

32 Surco, n. 502.

33 Mt 13, 55.

34 Cfr. Mc 6, 3.

## TRABAJO Y CONTEMPLACIÓN (I)

«Quisiera que hoy, en nuestra meditación, nos persuadiésemos definitivamente de la necesidad de disponernos a ser almas contemplativas, en medio de la calle, del trabajo, con una conversación continua con nuestro Dios, que no debe decaer a lo largo del día. Si pretendemos seguir lealmente los pasos del Maestro, ése es el único camino»<sup>1</sup>.

Para quienes están llamados por Dios a santificarse en medio del mundo, convertir el trabajo en oración y tener alma contemplativa, es el único camino, porque «o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»<sup>2</sup>.

Meditemos despacio esta enseñanza capital de San Josemaría. En este texto consideraremos qué es la contemplación; en el capítulo siguiente veremos que la contemplación puede tener lugar en el trabajo y en las actividades de la vida ordinaria.

### **Como en Nazaret. Como los primeros cristianos**

El descubrimiento de Dios en lo ordinario de cada día, da plenitud de sentido a nuestros quehaceres. La vida oculta de Jesús en Nazaret, los «años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente — como la nuestra, si queremos —, divina y humana a la vez»<sup>3</sup>, muestran que la tarea profesional, la atención a la familia y las relaciones sociales no son obstáculo para orar siempre<sup>4</sup>, sino ocasión y medio para una vida intensa de trato con Dios. «Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación»<sup>5</sup>.

Por esta senda de contemplación en la vida ordinaria, siguiendo las huellas del Maestro, discurrió la vida de los primeros cristianos: «cuando pasea, conversa, descansa, trabaja o lee, el creyente ora»<sup>6</sup>, escribía un autor del siglo II. Años más tarde, San Gregorio Magno atestigua, como un ideal hecho realidad en numerosos fieles, que «la gracia de la contemplación no se da sí a los grandes y no a los pequeños; sino que muchos grandes la reciben, y también muchos pequeños; y tanto entre los que viven retirados como entre las personas casadas. Luego, si no hay estado alguno entre los fieles que quede excluido de la gracia de la contemplación, el que guarda interiormente el corazón puede ser ilustrado con esa gracia»<sup>7</sup>.

El Magisterio de la Iglesia, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, ha recordado varias veces esta doctrina, tan importante para los laicos. San Juan Pablo escribe que «las actividades diarias se presentan como un precioso medio de unión con Cristo, pudiendo convertirse en materia de santificación, terreno de ejercicio de las virtudes, diálogo de amor que se realiza en las obras. El espíritu de oración transforma el trabajo y así resulta posible estar en contemplación de Dios, aun permaneciendo en las ocupaciones más variadas»<sup>8</sup>.

## **La contemplación de los hijos de Dios**

Leemos en el Catecismo que «la contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia visión beatífica»<sup>9</sup>. De esa contemplación plena de Dios, propia del Cielo, podemos tener un cierto anticipo en esta tierra, una incoación imperfecta<sup>10</sup> que, aunque sea de orden diverso a la visión, es ya una verdadera contemplación de Dios, del mismo modo que la gracia santificante es un cierta participación en la naturaleza divina e incoación de la gloria. Ahora vemos como en un espejo, oscuramente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré como soy conocido, escribe San Pablo<sup>11</sup>.

Esa contemplación de Dios como en un espejo, durante la vida presente, es posible gracias a las virtudes teologales: a la fe y a la esperanza vivas, informadas por la caridad. La fe, unida a la esperanza y vivificada por la caridad, «nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo»<sup>12</sup>.

La contemplación es un conocimiento amoroso y gozoso de Dios y de sus designios manifestados en las criaturas, en la Revelación sobrenatural, y plenamente en la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo nuestro Señor. «Ciencia de amor»<sup>13</sup>, la llama San Juan de la Cruz. La contemplación es un claro conocimiento de la verdad, alcanzado no por un proceso de razonamiento sino por una intensa caridad<sup>14</sup>.

La oración mental es un diálogo con Dios. «Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?” – ¿De qué? De El, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerle: ¡tratarse!»<sup>15</sup>. En la vida espiritual, este trato con Dios tiende a simplificarse conforme aumenta el amor filial, lleno de confianza. Sucede entonces que, con frecuencia, ya no son necesarias las palabras para orar, ni las exteriores ni las interiores. «Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira!»<sup>16</sup>.

Esto es la contemplación, un modo de orar activo pero sin palabras, intenso y sereno, profundo y sencillo. Un don que Dios concede a quienes le buscan con sinceridad, ponen toda el alma en el cumplimiento de su Voluntad, con obras, y tratan de moverse en su presencia. «Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio»<sup>17</sup>. Esto puede suceder, como enseña San Josemaría, no sólo en los ratos dedicados expresamente a la oración, sino también «mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio»<sup>18</sup>.

## **Bajo la acción del Espíritu Santo**

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo habitan en el alma en gracia: somos templos de Dios<sup>19</sup>. Se quedan cortas las palabras para expresar la riqueza del misterio de la Vida de la Santísima Trinidad en nosotros: el Padre que eternamente engendra al Hijo, y que con el Hijo espira al Espíritu Santo, vínculo de Amor subsistente. Por la gracia de Dios, tomamos parte en esa Vida como hijos. El Paráclito nos une al Hijo que ha asumido la naturaleza humana para hacernos partícipes de la naturaleza divina: al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (...) a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abbá, Padre!»<sup>20</sup>. Y en esta unión con el Hijo no estamos solos sino que formamos un cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo, al que todos los hombres están llamados a incorporarse como miembros vivos y a ser cada uno instrumento para atraer a otros, participando en el sacerdocio de Cristo<sup>21</sup>.

La vida contemplativa es la vida propia de los hijos de Dios, vida de intimidad con las Personas Divinas y desbordante de afán apostólico. El Paráclito infunde en nosotros la caridad que nos permite alcanzar un conocimiento de Dios que sin el amor sería imposible, pues el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor<sup>22</sup>. Quien más le ama mejor le conoce, ya que ese amor —la caridad sobrenatural— es una participación en la infinita caridad que es el Espíritu Santo<sup>23</sup>, que todo lo escruta, hasta las profundidades de Dios. Pues ¿quién sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios<sup>24</sup>.

Ese Amor, con mayúscula, instauro en el alma una estrecha familiaridad con las Personas Divinas, y un entendimiento más agudo, más rápido, certero y espontáneo, en profunda sintonía con el Corazón de Cristo<sup>25</sup>. Quienes se aman se comprenden con más facilidad. Por eso San Josemaría recurre al ejemplo del amor humano para hablar de la contemplación de Dios. Recordaba que en su tierra se dice ¡cómo le contempla!, cuando se quiere expresar la mirada amorosa y atenta de una madre que tiene a su hijo en brazos, y decía que así hemos de contemplar al Señor.

Pero cualquier ejemplo, por hermoso que sea, se queda en una sombra de la contemplación que Dios concede a las almas fieles. Si ya la caridad sobrenatural supera en altura, en calidad y en fuerza cualquier amor solamente humano, ¿qué decir de los Dones del Espíritu Santo, que nos permiten dejarnos llevar dócilmente por Él? Con el crecimiento de estos Dones —Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad y Temor filial— crece la connaturalidad o la familiaridad con Dios y se despliega todo el colorido de la vida contemplativa.

En especial, por el Don de Sabiduría —el primero de los Dones del Espíritu Santo<sup>26</sup>— se nos otorga no sólo conocer y asentir a las verdades reveladas acerca de Dios y de las criaturas, como es propio de la fe, sino saborear esas verdades, conocerlas con «un cierto sabor de Dios»<sup>27</sup>. La Sabiduría —sapientia— es una sapida scientia: un ciencia que

se paladea. Gracias a este Don no sólo se cree en el Amor de Dios, sino que se gusta de un modo nuevo<sup>28</sup>. Es un saber al que sólo se llega por el crecimiento en santidad, y hay almas que lo reciben por su profunda humildad: «Yo te glorifico, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos»<sup>29</sup>. Con el Don de Sabiduría, la vida contemplativa se adentra en las profundidades de Dios<sup>30</sup>. En este sentido San Josemaría nos invita a meditar «un texto de San Pablo, en el que se nos propone todo un programa de vida contemplativa – conocimiento y amor, oración y vida – (...): que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; y que arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos, cuál sea la anchura y la grandeza, la altura y la profundidad del misterio; y conocer también aquel amor de Cristo, que sobrepaja todo conocimiento, para que os llenéis de toda la plenitud de Dios (Ef 3,17-19)»<sup>31</sup>.

Para ser contemoplativos en medio del mundo hay que implorar al Espíritu Santo el Don de Sabiduría, junto con los demás Dones que constituyen su séquito inseparable. Son regalos del Amor divino, joyas que el Paráclito entrega a quienes quieren amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

### **Por la senda de la contemplación**

Cuanta mayor es la caridad, más intensa es la familiaridad con Dios de la que surge la contemplación. Ya la caridad más débil, como la de quien se limita a no pecar gravemente pero no busca cumplir en todo la Voluntad divina, establece una cierta conformidad con el querer de Dios. Sin embargo, un amor que no tiene el fervor de la piedad, se parece más a la cortesía formal de un extraño que al afecto de un hijo. Quien se conformara con eso en la relación con Dios, no pasaría de un conocimiento insípido y pasajero de las verdades reveladas, porque quien se contenta con oír la palabra, sin ponerla en práctica, es semejante a un hombre que contempla la figura de su rostro en su espejo: se mira y después se va, e inmediatamente se olvida de cómo era<sup>32</sup>.

Muy distinto es el caso de quien desea sinceramente identificar en todo su voluntad con la de Dios y pone los medios, bajo la ayuda de la gracia: cultiva la oración mental y vocal, la participación en los Sacramentos – la Confesión frecuente y la Eucaristía –, se esmera en el trabajo y en el cumplimiento fiel de los propios deberes, busca la presencia de Dios a lo largo de día, cuida su formación cristiana y procura en todo servir a los demás por amor a Dios. Quien obra así, está en camino de recibir el don de la contemplación en la vida cotidiana.

El ambiente actual de la sociedad conduce a muchos a vivir volcados hacia fuera, con una permanente ansia de poseer esto o aquello, de ir de aquí para allá, de ver y mirar, de moverse, de distraerse con futilidades, quizá con el intento de olvidar su vacío interior, la pérdida del sentido trascendente de la vida humana. Pero quien descubre la llamada divina a la santidad y al apostolado, y se propone seguirla, ha de caminar por otra senda.

Cuanta más actividad exterior tenga, mayor ha de ser su vida para adentro, con más recogimiento interior, buscando el diálogo con Dios presente en el alma en gracia, mortificando los afanes de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida<sup>33</sup>. Para contemplar a Dios es preciso limpiar el corazón. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios<sup>34</sup>.

El Espíritu Santo colmó de sus Dones a la Virgen María para que sobreabundara en vida contemplativa. Ella es modelo y maestra de contemplación en la existencia cotidiana. A su mediación materna ha de acudir quien aspire a recibir este don, verdadero anticipo del Cielo.

---

1 Amigos de Dios, n. 238.

2 Conversaciones, n. 114.

3 Amigos de Dios, n. 56.

4 Lc 18, 1.

5 Carta 6-V-1945, n. 25.

6 Clemente de Alejandría, *Stromata*, 7, 7.

7 San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae*, 2, 5, 19.

8 San Juan Pablo II, Discurso al Congreso «La grandeza de la vida ordinaria», en el centenario del nacimiento del Beato Josemaría, 12-I-2002, n. 2.

9 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1028.

10 Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 12, a. 2, c; II-II, q. 4, a.1; q. 180, a. 5, c.

11 1 Cor 12, 12. Cfr. 2 Cor 5, 7; 1 Jn 3, 2.

12 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 163.

13 San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, lib. 2, cap. 18, n. 5.

14 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 180, a. 1, c y a.3, ad 1.

15 Camino, n. 91.

16 Amigos de Dios, n. 307.



17 Amigos de Dios, n. 296.

18 Ibidem.

19 Cfr. Jn, 14, 23; 1 Cor 3, 16; 2 Cor 6, 16.

20 Gal 4, 4-6.

21 Cfr. 1 Cor 12, 12-13, 27; Ef 2, 19-22; 4, 4.

22 1 Jn 4, 9.

23 Cfr. Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae, II-II, q. 24, a. 7, c. In Epist. ad Rom., c. 5, lect. 1.

24 1 Cor 2, 10-11.

25 Cfr. Mt 11, 27.

26 Cfr. san Juan Pablo II, Alocución 9-IV-1989.

27 Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae II-II, q. 45, a. 2, ad 1.

28 Cfr. Rm 8, 5.

29 Mt 11, 25.

30 1 Cor 1, 10.

31 Es Cristo que pasa, n. 163.

32 St 1, 23-24.

33 1 Jn 2, 16.

34 Mt 5, 8.

## TRABAJO Y CONTEMPLACIÓN (II)

«Cuando iban de camino entró Jesús en cierta aldea, y una mujer que se llamaba Marta le recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta andaba afanada con numerosos quehaceres y poniéndose delante dijo: — Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude. Pero el Señor le respondió: — Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada»<sup>1</sup>.

Muchas veces a lo largo de la historia se ha tomado ocasión de las figuras de María y Marta para representar la vida contemplativa y la vida activa, como dos géneros de vida de los cuales el primero sería más perfecto, según las palabras del Señor: «María ha escogido la mejor parte».

Por lo general se han referido estos términos a la vocación religiosa, entendiendo por vida contemplativa, a grandes rasgos, la de aquellos religiosos que se apartan materialmente del mundo para dedicarse a la oración, y por vida activa la de aquellos otros que realizan tareas como la enseñanza de la doctrina cristiana, la atención a los enfermos, y otras obras de misericordia.

Tomados así los términos, se ha afirmado desde hace siglos que es posible ser contemplativos en la acción. El sentido clásico de esta expresión no es que resulta posible la contemplación en las actividades profesionales, familiares y sociales, propias de la vida de los fieles corrientes, sino que se refiere a las acciones apostólicas y de misericordia dentro del camino de la vocación religiosa.

San Josemaría ha enseñado a profundizar en las palabras del Señor a Marta, haciendo ver que no hay ninguna oposición entre la contemplación y la realización, lo más perfecta posible, del trabajo profesional y de los deberes ordinarios de un cristiano.

Ya hemos considerado en el capítulo precedente qué es la contemplación cristiana: esa oración sencilla de tantas almas que, por amar mucho a Dios y ser dóciles al Espíritu Santo, buscando en todo la identificación con Cristo, son llevadas por el Paráclito a penetrar en las profundidades de la vida íntima de la Santísima Trinidad, de sus obras y sus designios, con una sabiduría que dilata cada vez más su corazón y hace más agudo su conocimiento. Una oración en la que «sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas»<sup>2</sup>.

Ahora conviene que nos detengamos a considerar tres modos en los que puede darse la contemplación: primero, en los ratos dedicados exclusivamente a la oración;

segundo, mientras se trabaja o se realiza cualquier actividad que no requiera toda la atención de la mente; y, finalmente, a través del mismo trabajo, incluso cuando exige una concentración exclusiva. Estos tres cauces componen conjuntamente la vida contemplativa, haciendo de la vida ordinaria un vivir en el Cielo y en la tierra a la vez, como decía San Josemaría.

### **En la oración y en todas las prácticas de piedad**

Ante todo, la contemplación se ha de pedir a Dios y se ha de buscar en las prácticas de piedad cristiana que deben jalonar nuestro día, muy especialmente en los ratos dedicados de modo exclusivo a la oración mental.

San Josemaría ha enseñado a buscar la contemplación en esos momentos: a contemplar la Vida del Señor, a mirarle en la Eucaristía, a tratar a las Tres Personas divinas por el camino de la Humanidad Santísima de Jesucristo, a ir a Jesús por María... Es preciso no conformarse con repetir oraciones vocales en la oración mental, aunque quizá haya que repetirlas durante mucho tiempo, pero viéndolas como la puerta que abre a la contemplación.

También en el trato humano, cuando se encuentra a un amigo, se suelen dirigir algunas frases de saludo para iniciar la conversación. Pero el trato no puede limitarse a eso. La conversación ha de continuar con palabras más personales, hasta que incluso llegan a sobrar porque hay una sintonía profunda y una gran familiaridad. Mucho más en el trato con Dios. «Empezamos con oraciones vocales» (...) «. Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio»<sup>3</sup>.

«Et in meditatione mea exardescit ignis – Y, en mi meditación, se enciende el fuego. – A eso vas a la oración: a hacerte una hoguera, lumbre viva, que dé calor y luz»<sup>4</sup>. Los ratos de oración bien hechos son la caldera que extiende su calor a los diversos momentos del día.

Del recogimiento en los ratos de oración; del trato con el Señor buscado con afán en esos momentos, a veces por medio de la meditación de algún texto que ayude a centrar la cabeza y el corazón en Dios; del empeño en apartar las distracciones; de la humildad para comenzar y recomenzar, sin apoyarse en las propias fuerzas sino en la gracia de Dios; en una palabra, de la fidelidad diaria a los ratos de oración depende que se haga realidad, más allá de esos momentos, el ideal de ser contemplativos en medio del mundo.

### **Mientras se trabaja o se realiza otra actividad**

La contemplación no se limita a los ratos dedicados a la oración. Puede tener lugar a lo largo de la jornada, en medio de las ocupaciones ordinarias, mientras se realizan

tareas que no requieren toda la atención de la mente y que se deben hacer, o en los momentos de pausa de cualquier trabajo.

Se puede contemplar a Dios mientras se va por la calle, mientras se cumplen algunos deberes familiares y sociales que son habituales en la vida de cualquier persona, o se realizan trabajos que ya se dominan con soltura, o con ocasión de un intervalo en la propia tarea, o simplemente de una espera...

Del mismo modo que en los ratos de oración las jaculatorias pueden abrir el paso a la contemplación, también en medio de estas otras ocupaciones la búsqueda de la presencia de Dios desemboca en vida contemplativa, incluso más intensa, como el Señor hizo experimentar a San Josemaría. «Es incomprensible» — anota en sus Apuntes íntimos —: «sé de quien está frío (a pesar de su fe, que no admite límites) junto al fuego divinísimo del Sagrario, y luego, en plena calle, entre el ruido de automóviles y tranvías y gentes, ¡leyendo un periódico! vibra con arrebatos de locura de Amor de Dios»<sup>5</sup>.

Esta realidad es enteramente un don de Dios, pero sólo puede recibirlo quien lo desea en su corazón y no lo rechaza con las obras. Lo rechaza el que tiene los sentidos dispersos, o se deja dominar por la curiosidad, o se sumerge en un tumulto de pensamientos y de imaginaciones inútiles que le distraen y disipan. En una palabra, quien no sabe estar en lo que hace<sup>6</sup>. La vida contemplativa requiere mortificación interior, negarse a uno mismo por amor a Dios, para que Él reine en el corazón y sea el centro al que se dirigen en último término los pensamientos y los afectos del alma.

### **Contemplación "en y a través de" las actividades ordinarias**

Así como en los ratos de oración no hay que conformarse con repetir jaculatorias ni quedarse en la lectura y en la meditación intelectual, sino buscar el diálogo con Dios hasta llegar, con su gracia, a la contemplación, así también en el trabajo, si queremos convertirlo en oración, es preciso no contentarse con ofrecerlo al principio y dar gracias al final, o procurar renovar ese ofrecimiento varias veces, unidos al Sacrificio del altar. Todo esto es ya muy agradable al Señor, pero un hijo de Dios ha de ser audaz y aspirar a más: a realizar su trabajo como Jesús en Nazaret, unido a Él. Un trabajo en el que, gracias al amor sobrenatural con que se lleva a cabo, se contempla a Dios que es Amor<sup>7</sup>.

Puesto que la contemplación es como un anticipo de la visión beatífica, fin último de nuestra vida, es lógico que cualquier actividad que Dios quiera que realicemos — como el trabajo y las tareas familiares y sociales, que son Voluntad suya para cada uno — pueda ser cauce para la vida contemplativa. Por lo mismo que cualquiera de esas actividades se puede realizar por amor a Dios y con amor a Dios, también se pueden convertir en medio de contemplación, que no es otra cosa que un modo especialmente familiar de conocerle y amarle.

Enseñanza constante y característica de San Josemaría es que la contemplación es posible no sólo mientras se realiza una actividad, sino por medio de las actividades que Él quiere que realicemos, en esas mismas tareas y a través de ellas, incluso cuando se trata de trabajos que exigen toda la concentración de la mente. San Josemaría enseña que llega un momento en el que no se es capaz de distinguir la contemplación de la acción, terminando estos conceptos por significar lo mismo en la mente y en la conciencia.

En este sentido, resulta iluminadora una explicación de Santo Tomás: cuando de dos cosas una es la razón de la otra, la ocupación del alma en una no impide ni disminuye la ocupación en la otra... Y como Dios es aprehendido por los santos como la razón de todo cuanto hacen o conocen, su ocupación en percibir las cosas sensibles, o en contemplar o hacer cualquier otra cosa, en nada les impide la divina contemplación, ni viceversa<sup>8</sup>. De ahí que un cristiano que quiera recibir el don de la contemplación, deba ante todo poner al Señor como fin de sus trabajos, realizándolos non quasi hominibus placentes, sed Deo qui probat corda nostra; no para agradar a los hombres, sino a Dios que sondea nuestros corazones<sup>9</sup>.

Podemos contemplar a Dios en las actividades que realizamos por amor suyo, porque ese amor es participación del Amor infinito que es el Espíritu Santo, que escruta las profundidades de Dios<sup>10</sup>. El que trabaja por amor a Dios puede darse cuenta — sin pensar en otra cosa, sin distraerse — de que le ama cuando trabaja, con el amor que infunde el Paráclito en los corazones de los hijos de Dios en Cristo<sup>11</sup>. «Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor»<sup>12</sup>. Así se comprende que la contemplación sea posible en trabajos que exigen poner todas las energías de la mente, como son — por ejemplo — el estudio, o la docencia.

También podemos contemplar a Dios a través del trabajo porque, así como le vemos cuando contemplamos sus obras en las que se manifiesta su gloria, también podemos contemplarle a través de las nuestras, en la medida en que participan de su poder creador y de algún modo lo prolongan.

Si un trabajo está hecho por amor, será un trabajo realizado con la mayor perfección de que seamos capaces en esas circunstancias y reflejará entonces las perfecciones divinas, como el trabajo de Cristo. Muchas veces las reflejará incluso externamente, porque el trabajo ha salido bien y podremos contemplar una obra bien hecha que manifiesta las perfecciones de Dios. Pero también es posible que el trabajo salga mal por circunstancias ajenas a la propia voluntad y que, sin embargo, haya estado bien hecho a los ojos de Dios porque se han practicado las virtudes cristianas, informadas por el amor, y hemos crecido en identificación con Cristo al realizarlo. Entonces también podemos contemplar a Dios en los efectos de nuestro trabajo. Con otras palabras, puede suceder que humanamente hayamos fracasado en un trabajo pero que lo haya estado bien hecho ante Dios, con

rectitud de intención, con espíritu de servicio, con la práctica de las virtudes: en una palabra, con perfección humana y cristiana. Un trabajo así es medio de contemplación.

El cristiano que trabaja o cumple sus deberes por amor a Dios, trabaja en unión vital con Cristo. Sus obras se convierten en obras de Dios, en *operatio Dei*, y por eso mismo son medio de contemplación. Pero no basta estar en gracia de Dios y que las obras sean moralmente buenas. Han de estar informadas por una caridad heroica, y realizadas con virtudes heroicas, y con ese modo divino de obrar que confieren los Dones del Espíritu Santo en quien es dócil a su acción.

La contemplación en la vida ordinaria hace pregustar la unión definitiva con Dios en el Cielo. A la vez que lleva a obrar cada vez con más amor, enciende el deseo de verle no ya por medio de las actividades que realizamos, sino cara a cara. «Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto.» (...) «Un nuevo modo de pisar en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso. Recordando a tantos escritores castellanos del quinientos, quizá nos gustará paladear por nuestra cuenta: ¡que vivo porque no vivo: que es Cristo quien vive en mí! (cfr. Gal 2, 20)»<sup>13</sup>.

---

1 Lc 10, 38-42.

2 Amigos de Dios, n. 307.

3 Amigos de Dios, n. 296.

4 Camino, n. 92.

5 Apuntes íntimos, n. 673 (del 26-III-1932). Citado en A. Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei, vol. I, Rialp, Madrid 1997, p. 420.

6 Camino, n. 815.

7 Cfr. 1 Jn 4, 8.

8 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, Suppl., q. 82, a. 3 ad 4.

9 1 Ts 2, 4.

10 1 Cor 2, 10.

11 Rm 5, 5.

12 Es Cristo que pasa, n. 48.

13 Amigos de Dios, n. 297.

## TRABAJO DE DIOS

San Josemaría solía hablar de la «vieja novedad» del mensaje que recibió de Dios: «viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»<sup>1</sup>. Viejo, porque era lo que habían vivido los primeros cristianos, que se sabían llamados a la santidad y al apostolado sin salirse del mundo, en sus ocupaciones y tareas diarias. Por eso afirmaba que «la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo»<sup>2</sup>.

Le llenaba de alegría encontrar en los escritos de los Padres de la Iglesia los rasgos fundamentales de su mensaje. Bien claras a este respecto son las palabras que San Juan Crisóstomo dirige a los fieles en el siglo IV y que san Josemaría recoge en una de sus Cartas: «No os digo: abandonad la ciudad y apartaos de los negocios ciudadanos. No. Permaneced donde estáis, pero practicad la virtud. A decir verdad, más quisiera que brillaran por su virtud los que viven en medio de las ciudades, que los que se han ido a vivir en los montes. Porque de esto se seguiría un bien inmenso, ya que nadie enciende una luz y la pone debajo del celemín... Y no me vengas con que: tengo hijos, tengo mujer, tengo que atender la casa y no puedo cumplir lo que me dices. Si nada de eso tuvieras y fueras tibio, todo estaba perdido; aun cuando todo eso te rodee, si eres fervoroso, practicarás la virtud. Sólo una cosa se requiere: una generosa disposición. Si la hay, ni edad, ni pobreza, ni riqueza, ni negocios, ni otra cosa alguna puede constituir obstáculo a la virtud. Y, a la verdad, viejos y jóvenes; casados y padres de familia; artesanos y soldados, han cumplido ya cuanto fue mandado por el Señor. Joven era David; José, esclavo; Aquila ejercía una profesión manual; la vendedora de púrpura estaba al frente de un taller; otro era guardián de una prisión; otro centurión, como Cornelio; otro estaba enfermo, como Timoteo; otro era un esclavo fugitivo, como Onésimo, y, sin embargo, nada de eso fue obstáculo para ninguno de ellos, y todos brillaron por su virtud: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, esclavos y libres, soldados y paisanos»<sup>3</sup>.

Las circunstancias de la vida ordinaria no son obstáculo, sino materia y camino de santificación. Con las debilidades y defectos propios de cada uno, los discípulos de Cristo han de ser hoy como aquellos primeros: «ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe»<sup>4</sup>. La enseñanza de san Josemaría se dirige a hombres y mujeres que no necesitan salirse de su propio lugar para encontrar y amar a Dios, precisamente porque – como ha recordado Juan Pablo II glosando la enseñanza de San Josemaría – «el Señor quiere entrar en comunión de amor con cada uno de sus hijos, en la trama de las ocupaciones de cada día, en el contexto ordinario en el que se desarrolla la existencia»<sup>5</sup>.

Estaba convencido de que el Señor, al confiarle el mensaje que había de difundir, «ha querido que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben



santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario (...): que haya personas de todas las profesiones y oficios, que busquen la santidad en su estado, en esa profesión o en ese oficio suyo, siendo almas contemplativas en medio de la calle»6.

### **Santidad y crecimiento en santidad, en el trabajo**

Con su trabajo, «el hombre no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo»7. Si esto es verdad ya en el plano humano, no lo es menos en el sobrenatural. El perfeccionamiento de la persona por medio del trabajo no es otra cosa que el crecimiento en santidad del que lo realiza. Pero esto sólo sucede cuando el que trabaja es ya “santo”, es decir, cuando está en gracia de Dios: de lo contrario no podría crecer en santidad por medio de su trabajo. O sea, sólo quien ya es “santo” puede santificar su trabajo y crecer entonces en santidad si santifica el trabajo.

«Con la gracia de Dios, dais a vuestro trabajo profesional en medio del mundo su sentido más hondo y más pleno, al orientarlo hacia la salvación de las almas, al ponerlo en relación con la misión redentora de Cristo (...). Pero es necesario que Jesús y, con Él, el Padre y el Espíritu Santo, habiten realmente en nosotros. Por eso, santificaremos el trabajo, si somos santos, si nos esforzamos verdaderamente por ser santos. (...) Si no tuvierais vida interior, al dedicaros a vuestro trabajo, en lugar de divinizarlo, os podría suceder lo que sucede al hierro, cuando está al rojo y se mete en el agua fría: se destempla y se apaga. Habéis de tener un fuego que venga de dentro, que no se apague, que encienda todo lo que toque»8.

El proceso de santificación de un cristiano no es otra cosa que su crecimiento como hijo de Dios, desde el Bautismo hasta la plenitud de la filiación divina en la gloria. Por eso, la idea de que “santificaremos el trabajo si somos santos”, contenida en las palabras anterior, se puede expresar también en términos de filiación divina. El cristiano está llamado a crecer en identificación con Jesucristo por medio del trabajo, y esto sólo es posible si es ya hijo adoptivo de Dios por la gracia.

Así como Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia durante los años de Nazaret, análogamente el cristiano, viviendo vida sobrenatural, debe crecer como hijo de Dios, identificándose progresivamente con Cristo por medio de sus deberes ordinarios y, concretamente, del trabajo profesional. “Santificarse en el trabajo” significa procurar crecer como hijos de Dios en el trabajo: avanzar en la identificación con Cristo por la acción del Espíritu Santo, mediante el trabajo.

Sin embargo, también hay que decir que no basta ser hijo de Dios para trabajar como hijo de Dios y crecer en identificación con Cristo. Muchos son hijos de Dios por la gracia, pero realizan su trabajo al margen de esta magnífica realidad. Por eso san

Josemaría aconseja cultivar el “sentido” de la filiación divina en el trabajo, ser conscientes cuando se trabaja de que «Cristo vive en mí»<sup>9</sup>.

El trabajo profesional de un cristiano puede ser trabajo de Dios, *operatio Dei*, porque somos hijos adoptivos de Dios y formamos una sola cosa con Cristo. El Hijo Unigénito se ha hecho Hombre para unirnos a Sí — como los miembros de un cuerpo están unidos a la cabeza — y obrar a través de nosotros. Verdaderamente, somos de Cristo como Cristo es de Dios. Él vive y obra en el cristiano por la gracia. «Se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei*, *opus Dei*»<sup>10</sup>.

Saberse hijo de Dios en el trabajo conduce a realizarlo como un encargo divino: «tú y yo hemos de recordarnos y de recordar a los demás que somos hijos de Dios, a los que, como a aquellos personajes de la parábola evangélica, nuestro Padre nos ha dirigido idéntica invitación: hijo, ve a trabajar a mi viña (Mt 21,28)»<sup>11</sup>.

La conciencia de la filiación divina lleva a fijar la mirada en el Hijo de Dios hecho hombre, especialmente durante aquellos «años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente (...); en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección»<sup>12</sup>. El convencimiento de vivir la vida de Cristo proporciona, a quien se sabe hijo de Dios, la certeza de que es posible convertir el trabajo en oración. «Estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios»<sup>13</sup>.

### **La dignidad de todo trabajo**

Por esta razón san Josemaría predicó incansablemente que cualquier trabajo honesto puede santificarse — hacerse santo —, convertirse en obra de Dios. Y que el trabajo así santificado nos identifica con Cristo — perfecto Dios y perfecto Hombre —, nos santifica y perfecciona, haciéndonos imagen suya. En cualquier trabajo honesto el hombre puede desarrollar su vocación al amor. Por eso san Josemaría repite que «no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras»<sup>14</sup>, porque «la categoría del oficio depende del que lo ejercita»<sup>15</sup>. Para san Josemaría, «todo trabajo» —incluido ciertamente el trabajo manual— «es testimonio de la dignidad del hombre (...), ocasión de desarrollo de la propia personalidad (...) medio de contribuir a la mejora de la sociedad y al progreso de toda la Humanidad»<sup>16</sup>. «Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios»<sup>17</sup>: no un castigo o maldición, sino una realidad querida y bendecida por el Creador antes del pecado original<sup>18</sup>, una realidad que el Hijo de Dios encarnado asumió en Nazaret, donde llevó una vida de largos años de trabajo cotidiano en compañía de Santa María y San José, sin brillo humano pero con esplendor divino. «En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el

mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación»<sup>19</sup>. El mismo esfuerzo que exige el trabajo ha sido elevado por Cristo a instrumento de liberación del pecado, de redención y santificación<sup>20</sup>. No existe trabajo humano limpio que no pueda «transformarse en ámbito y materia de santificación, en terreno de ejercicio de las virtudes y en diálogo de amor»<sup>21</sup>.

Dios había formado al hombre del barro de la tierra y lo había hecho partícipe de su poder creador para que perfeccionara el mundo con su ingenio<sup>22</sup>. Sin embargo, después del pecado, en vez de elevar las realidades terrenas a la gloria de Dios con su trabajo, frecuentemente el hombre se ciega y se degrada. Unos no quieren trabajar, otros lo hacen sólo para conseguir los medios económicos que necesitan o con otros horizontes solamente humanos, otros ven en el trabajo un instrumento para la propia afirmación sobre los demás... Pero Jesús, que convirtió el barro en colirio para devolverle la vista a un ciego<sup>23</sup>, emplea el trabajo para curar nuestra ceguera, devolviéndole su dignidad de medio para la santidad y el apostolado. Cuando descubrimos que es posible santificar el trabajo, todo se ilumina con un nuevo sentido, y empezamos a ver y amar a Dios – a ser contemplativos – en las situaciones que antes parecían monótonas y vulgares, que entonces adquieren un alcance eterno y sobrenatural.

Un espléndido panorama se presenta ante nosotros: «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo»<sup>24</sup>. Somos protagonistas del designio divino de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Designio que Dios quiso que san Josemaría Padre comprendiera con una visión clarividente que le llevaba a escribir, lleno de fe en la gracia y de confianza en quienes recibirían su mensaje: «Contemplo ya, a lo largo de los tiempos, hasta al último de mis hijos – porque somos hijos de Dios, repito – actuar profesionalmente, con sabiduría de artista, con felicidad de poeta, con seguridad de maestro y con un pudor más persuasivo que la elocuencia, buscando – al buscar la perfección cristiana en su profesión y en su estado en el mundo – el bien de toda la humanidad»<sup>25</sup>.

Oh Dios, ¡qué preciosa es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres a la sombra de tus alas se cobijan (...). En ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz<sup>26</sup>. La Santísima Trinidad concedió a san Josemaría su luz para que contemplara profundamente el misterio de Jesucristo, luz de los hombres<sup>27</sup>: le otorgó «una vivísima contemplación del misterio del Verbo Encarnado, gracias a la cual comprendió con hondura que el entramado de las realidades humanas se compenetra íntimamente, en el corazón del hombre renacido en Cristo, con la economía de la vida sobrenatural, convirtiéndose así en lugar y medio de santificación»<sup>28</sup>. La enseñanza de san Josemaría ha iluminado ya la vida de multitud de hombres y mujeres de las más diversas condiciones y culturas, que han emprendido la aventura de ser santos en la naturalidad de la vida ordinaria. Una aventura de amor abnegado y fuerte, que colma de felicidad el alma y siembra en el mundo la paz de Cristo<sup>29</sup>.

San Juan Pablo II invitó a seguir fielmente el ejemplo de San Josemaría. «Tras las huellas de vuestro Fundador, proseguid con celo y fidelidad vuestra misión. Mostrad con vuestro esfuerzo diario que el amor de Cristo puede animar todo el arco de la existencia»<sup>30</sup>. Contamos sobre todo con la intercesión de Nuestra Madre. A Ella le pedimos que nos prepare diariamente el camino de santidad en la vida ordinaria y nos lo conserve siempre.

---

1 Conversaciones, n. 24.

2 Ibidem.

3 San Juan Crisóstomo, In Matth. hom., XLIII, 5.

4 Conversaciones, n. 24.

5 San Juan Pablo II, Alocución en la Audiencia a los participantes en el Congreso “La grandeza de la vida corriente”, 12-I-2002, n. 2.

6 Carta 9-I-1932, nn. 91-92. Citado en A. Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei, vol. I, Rialp, Madrid 1997, p. 304.

7 Conc. Vaticano II, Const. past. Gaudium et spes,, n. 35.

8 Carta 15-X-1948, n. 20.

9 Ga, 2, 20.

10 Conversaciones, n. 10.

11 Amigos de Dios, n. 57.

12 Ibidem, n. 56.

13 Es Cristo que pasa, n. 65.

14 Ibidem, n. 47.

15 Apuntes de la predicación (AGP, P10, n. 62)

16 Es Cristo que pasa, n. 47.

17 Ibidem.

18 Gn 2, 15.

19 Conversaciones, n. 55.

20 Cfr. E, Burkhart - J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, Rialp, Madrid 2013, vol. III, pp. 43 ss.

21 San Juan Pablo II, *Alocución en la Audiencia a los participantes en el Congreso "La grandeza de la vida corriente"*, 12-I-2002, n. 2.

22 Gn 2, 7.15.

23 Cfr. Jn 7, 7.

24 *Es Cristo que pasa*, n. 44.

25 Carta 9-I-1932, n. 4.

26 Sal 35, 8.10.

27 Jn, 1, 4.

28 Congregación para las Causas de los Santos, *Decreto sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, 9-IV-1990, §3.

29 Cfr. Ef 1, 10.

30 San Juan Pablo II, *Alocución en la Audiencia a los participantes en el Congreso "La grandeza de la vida corriente"*, 12-I-2002, n. 4.

## SANTIFICAR EL DESCANSO

«Terminó Dios en el día séptimo la obra que había hecho, y descansó en el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque ese día descansó Dios de toda la obra que había realizado en la creación»<sup>1</sup>. Estas palabras del Génesis se encuentran resumidas en una frase del libro del Éxodo: «En seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó»<sup>2</sup>. La doctrina de la Iglesia ha aplicado estos textos al deber de descansar: «El hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, puesto que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creadora bajo la forma del trabajo y del descanso»<sup>3</sup>. «Así como Dios “cesó el día séptimo de toda la tarea que había hecho” (Gn 2,2), la vida humana sigue un ritmo de trabajo y descanso»<sup>4</sup>.

Corresponde a la persona humana prolongar la obra creadora mediante su trabajo<sup>5</sup>, pero sin olvidar el descanso. El día séptimo, que Dios santifica, tiene un hondo significado: por una parte, es tiempo apropiado para reconocer a Dios como autor y Señor de todo lo creado; por otra, es anticipo del descanso y alegría definitivos en la resurrección, y es una necesidad para seguir trabajando.

El mensaje de san Josemaría valora mucho el trabajo, pero señalándole un límite. No lo glorifica como si fuera el fin último, ni mucho menos presenta el éxito profesional como un ídolo al que el hombre debe sacrificar la vida. El descanso no es una eventualidad opcional, es un deber de ley moral natural y un precepto de la Iglesia, establecido como parte constitutiva de la santificación de las fiestas <sup>6</sup>.

Una vida que transcurriese sumergida en los afanes del trabajo, como si todo dependiera de su tarea, «correría el peligro de olvidar que Dios es el Creador, del cual depende todo»<sup>7</sup>. El cristiano ha de hacer todo para la gloria de Dios<sup>8</sup>, y en ese "todo" está incluido el descanso, que es parte del camino de santificación. «Todo es medio de santidad: el trabajo y el descanso (...): en todo debemos amar y cumplir la Voluntad de Dios»<sup>9</sup>.

### **Armonizar el trabajo y el descanso**

Dios es un Padre que conoce perfectamente a sus hijos. Al mismo tiempo que nos invita a colaborar con Él en el perfeccionamiento de la creación mediante el trabajo, nos manda descansar para recordarnos que el trabajo no es el fin último de nuestra vida y para que no olvidemos nuestros límites, ni la condición frágil y quebradiza de nuestra naturaleza. La llamada divina a trabajar incluye el deber de interrumpir el trabajo, la obligación del descanso. «La alternancia entre trabajo y descanso, propia de la naturaleza humana, ha sido querida por Dios mismo»<sup>10</sup>.

Sobrestimar las propias fuerzas podría dar lugar a daños para la salud física y psíquica que Dios no quiere y que serían obstáculo para servir a los demás. El descanso – escribe San Juan Pablo II- «es cosa sagrada, siendo para el hombre la condición para liberarse de la serie, a veces excesivamente absorbente, de los compromisos terrenos y tomar conciencia de que todo es obra de Dios»<sup>11</sup>.

Ciertamente hay momentos en los que el Señor puede pedir esfuerzos que conlleven un mayor desgaste, pero estas situaciones han de ser moderadas en la dirección espiritual, porque sólo entonces tendremos la garantía de que es Dios quien nos lo pide y que no nos estamos engañando con motivos humanos poco claros.

San Josemaría impulsaba a trabajar con intensidad, combatiendo la pereza y el desorden, pero añadía: «¿cómo trabajará el burro si no se le da de comer, ni dispone de un tiempo para restaurar las fuerzas...?»<sup>12</sup>. «Me parece, por eso, oportuno recordaros la conveniencia del descanso. Si llegara la enfermedad, la recibiremos con alegría, como venida de la mano de Dios; pero no podemos provocarla con nuestra imprudencia: somos hombres, y necesitamos reponer las fuerzas de nuestro cuerpo»<sup>13</sup>. La vida del Beato Álvaro del Portillo es un ejemplo grandioso de esta disponibilidad para trabajar con heroico espíritu de sacrificio y, a la vez, de docilidad para descansar lo necesario.

El descanso no consiste en el simple ocio, en el sentido de molicie. No se ha de entender negativamente, sino como una actividad positiva. «El descanso no es no hacer nada: es distraernos en actividades que exigen menos esfuerzo»<sup>14</sup>. El descanso de Dios al concluir la creación no es inactividad. Se lee en la Escritura, en el contexto de la obra creadora, que Dios juega con el orbe de la tierra y que sus delicias son estar con los hijos de los hombres<sup>15</sup>. También el descanso del hombre es una actividad recreativa, y no la simple abstención del trabajo.

La razón de ser del descanso es el trabajo, no al revés. Se descansa para trabajar, no se trabaja para descansar o para obtener los medios económicos que permitan entregarse al ocio. Concluida la creación, Dios descansó de su obra, pero también siguió actuando: «obra con la fuerza creadora, sosteniendo en la existencia al mundo que ha llamado de la nada al ser, y obra con la fuerza salvífica en los corazones de los hombres, a quienes ha destinado desde el principio al descanso (Hb 4, 1; 9-16) en unión consigo mismo, en la casa del Padre (Jn 14, 2)»<sup>16</sup>.

«Siempre he entendido el descanso como apartamiento de lo contingente diario, nunca como días de ocio. Descanso significa represar: acopiar fuerzas, ideales, planes... En pocas palabras: cambiar de ocupación, para volver después –con nuevos bríos– al quehacer habitual»<sup>17</sup>. San Josemaría estima que la distracción y el descanso «son tan necesarios en la vida de cada uno como el trabajo»<sup>18</sup>.

El descanso es positivamente materia de santificación. No es sólo una exigencia de la santificación de las fiestas, un dejar de trabajar que permite dedicar tiempo al culto divino, sino una actividad que ha de ser santificada. Del mismo modo que el cristiano ha de “trabajar en Cristo” –vivir la vida de Cristo en el trabajo–, igualmente debe “descansar en Cristo”. Esta expresión se puede referir al reposo eterno, pero también se aplica al descanso en esta tierra. “Descansar en Cristo” significa, por una parte, abandonar en Él todas las preocupaciones<sup>19</sup>, y esto es posible en todo momento, incluso en medio del trabajo. Por otra parte, se puede referir a los tiempos dedicados específicamente al descanso, y entonces “descansar en Cristo” significa buscar en esos momentos la unión con Él, a la que el mismo Señor invita cuando dice a los Apóstoles: «Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco»<sup>20</sup>. Jesús quería que los suyos descansaran con Él, y «no rechazaba el descanso que le ofrecían sus amistades»<sup>21</sup>. La unión con Cristo no debe conocer pausas: el descanso no es paréntesis en el trato con Él.

En ambientes donde existe una competitividad exagerada que tiende a absorber casi todo el tiempo disponible, es especialmente importante no perder la visión cristiana del descanso. En particular, «el descanso dominical no sólo afirma la primacía absoluta de Dios, sino también la primacía y la dignidad de la persona en relación con las exigencias de la vida social y económica, anticipando, en cierto modo, los cielos nuevos y la tierra nueva, donde la liberación de la esclavitud de las necesidades será definitiva y total. El día del Señor se convierte así también, en el modo más propio, en el día del hombre»<sup>22</sup>.

### **Descansar como hijos de Dios**

Con la plenitud de la Revelación, en Cristo, alcanzamos una comprensión más plena del trabajo y del descanso, insertados en la dimensión salvadora: el descanso como anticipo de la Resurrección ilumina la fatiga del trabajo como unión a la Cruz de Cristo.

Así como en Cristo, Cruz y Resurrección forman una unidad inseparable, aunque sean dos acontecimientos históricos sucesivos, análogamente, el trabajo y el descanso deben estar integrados en unidad vital. Por eso, más allá de la sucesión temporal, del cambio de ocupación que supone el descanso respecto al trabajo, se trabaja y se descansa en el Señor: se trabaja y se descansa como hijos de Dios.

Esta nueva perspectiva introduce el descanso en el propio trabajo, realizándolo como una tarea filial, sin quitar lo que tiene de esfuerzo y fatiga. Lo que queda excluido es otro género de cansancio bien distinto, que procede de buscar en el trabajo principalmente la afirmación personal, y de trabajar sólo por motivos humanos. Ese cansancio, Dios no lo quiere: «En vano madrugáis, y os vais tarde a descansar los que coméis el pan de fatigas»<sup>23</sup>.

«Descansad, hijos, en la filiación divina. Dios es un Padre, lleno de ternura, de infinito amor. Llamadle Padre muchas veces, y decidle –a solas– que le queréis, que le



queréis muchísimo: que sentís el orgullo y la fuerza de ser hijos suyos»<sup>24</sup>. Los hijos de Dios hallamos descanso en el abandono filial de quien sabe que detrás de las dificultades y las preocupaciones propias de nuestra condición terrena, hay un Padre eterno y omnipotente, que nos ama y nos sostiene.

Saberse hijos de Dios; -otros Cristos, el mismo Cristo- conduce a un trabajo más sacrificado y abnegado, en el que se abraza la Cruz de cada día con el amor del Espíritu Santo, para cumplir la Voluntad de Dios sin desfallecer. El sentido de la filiación divina nos mueve a trabajar sin descanso, porque el cansancio del trabajo pasa a ser redentor. Entonces, vale la pena empeñarse con todas las energías en la tarea, ya que no sólo se están obteniendo frutos materiales, sino que se está llevando el mundo a Cristo.

En el episodio de la Transfiguración se narra que «seis días después» de anunciar su Pasión y muerte, «Jesús se llevó con él a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los condujo a un monte alto, a ellos solos. Y se transfiguró ante ellos»<sup>25</sup>. Santo Tomás, comentando este pasaje, relaciona el “seis días después”, que el Señor eligió para manifestar a sus discípulos un anticipo de la Resurrección gloriosa, con el día séptimo en el que Dios descansó de la obra creadora<sup>26</sup>. Los tres discípulos, admirados de la gloria del Señor, expresan la alegría de contemplarle y el deseo de prolongar ese anticipo del Cielo: «qué bien estamos aquí; si quieres haré aquí tres tiendas»<sup>27</sup>. Pero ese ese momento no debía perpetuarse todavía. El gozo del Tabor habría de darles, sin embargo, esperanza para continuar el camino que, pasando por la Cruz, conduce a la Resurrección.

Santificar el descanso, y especialmente el descanso dominical – paradigma del descanso cristiano que celebra la Resurrección del Señor –, ayuda a descubrir el sentido de eternidad y contribuye a renovar la esperanza: «el domingo significa el día verdaderamente único que seguirá al tiempo actual, el día sin término que no conocerá ni tarde ni mañana, el siglo imperecedero que no podrá envejecer; el domingo es el preanuncio incesante de la vida sin fin que reanima la esperanza de los cristianos y los alienta en su camino»<sup>28</sup>.

### **Santificar las diversiones en el hogar y fuera del hogar**

Los primeros cristianos vivían su fe en un ambiente hedonista y pagano. Desde el principio, se dieron cuenta de que no se puede compatibilizar el seguimiento de Cristo con formas de descansar y de divertirse que deshumanizan o degeneran. San Agustín se refería con palabras enérgicas, en una homilía, a la asistencia a espectáculos de este tipo: «Niégate a ir, reprimiendo en tu corazón la concupiscencia temporal, y mantente en una actitud fuerte y perseverante»<sup>29</sup>.

Es preciso discernir «entre los medios de la cultura y las diversiones que la sociedad ofrece, los que estén más de acuerdo con una vida conforme a los preceptos del Evangelio»<sup>30</sup>. Es necesaria la iniciativa, con valentía y verdadera preocupación por el bien

de los demás, para seleccionar diversiones dignas, que respondan al sentido cristiano del descanso. Ante todo en el propio hogar: hay que aprender a pasarlo bien en familia, superando la comodidad y la tendencia a pensar sólo en uno mismo, para ocuparse activamente del descanso de los demás. En las familias con hijos pequeños, se requiere no poca atención para seleccionar en la televisión los programas más convenientes y para verlos junto a los hijos, sin caer en la solución fácil de dejar a los más jóvenes solos frente al televisor o navegando en internet. La familia ha de ser una escuela para aprender a descansar pensando en los demás.

Pero no sólo se descansa en el propio hogar. El Beato Álvaro, siguiendo la enseñanza de san Josemaría, consideraba una labor importante la creación de lugares «en los que impere un tono cristiano en las relaciones sociales, en las diversiones, en el aprovechamiento del tiempo libre»<sup>31</sup>. El Concilio Vaticano II ha animado a todos los cristianos a cooperar en la imponente labor dirigida a lograr «que las manifestaciones y actividades culturales colectivas, propias de nuestro tiempo, se humanicen y se impregnen de espíritu cristiano»<sup>32</sup>.

«Familia, trabajo, fiesta: tres dones de Dios, tres dimensiones de nuestra existencia que han de encontrar un equilibrio armónico»<sup>33</sup>. En Jesús, María y José vemos este equilibrio armónico. La vida familiar y el trabajo no les impedían participar en las fiestas: «iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua»<sup>34</sup>. También éste es un modo de descansar, de cultivar el trato con los amigos, de conocer a otras familias y de dar tono a la sociedad.

La Iglesia está necesitada de personas que actúen, con mentalidad laical, en este campo de la nueva evangelización. «Urge recristianizar las fiestas y costumbres populares. —Urge evitar que los espectáculos públicos se vean en esta disyuntiva: o ñoños o paganos. Pide al Señor que haya quien trabaje en esa labor de urgencia, que podemos llamar apostolado de la diversión»<sup>35</sup>.

---

1 Gn 2, 1-3.

2 Ex 20, 11.

3 San Juan Pablo II, Enc. Laborem exercens, 14-IX-1981, n. 25.

4 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2184.

5 Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 307.

6 Cfr. Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 67; Código de Derecho Canónico, c. 1247; Catecismo de la Iglesia Católica, 2184 ss.; San Juan Pablo II, Carta *Dies Domini*, 31-V-1998.

7 San Juan Pablo II, Carta *Dies Domini*, 31-V-1998, n. 65.

8 Cfr. 1 Co, 10, 31.

9 *A solas con Dios*, n. 29.

10 San Juan Pablo II, Carta *Dies Domini*, 31-V-1998, n. 65.

11 *Ibidem*.

12 *Amigos de Dios*, n. 137.

13 Carta 15-X-1948, n. 14.

14 *Camino*, n. 357; cfr. *Amigos de Dios*, n. 62.

15 Cfr. *Prv* 8, 31.

16 San Juan Pablo II, Enc. *Laborem exercens*, 14-IX-1981, n. 25. Cfr. *Jn* 5, 17.

17 *Surco*, n. 514.

18 *Amigos de Dios*, n. 10.

19 Cfr. *Mt* 11, 28-30.

20 *Mc* 6, 31; cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 108.

21 *Amigos de Dios*, n. 121.

22 San Juan Pablo II, Carta *Dies Domini*, 31-V-1998, n. 68.

23 *Sal* 127 (126), 2.

24 *A solas con Dios*, n. 221.

25 *Mt* 17, 1-4.

26 Cfr. Santo Tomás de Aquino, *In Matth. Ev.*, XVII, 1.

27 *Mt* 17, 4.

28 Cfr. San Juan Pablo II, Carta *Dies Domini*, 31-V-1998, n. 26.

29 San Agustín, Sermo, 88, 17.

30 San Juan Pablo II, Carta Dies Domini, 31-V-1998, n. 68.

31 Beato Álvaro del Portillo, Carta pastoral, 1-VII-1988.

32 Conc. Vaticano II, Const. past. Gaudium et spes, n. 61.

33 Benedicto XVI, Homilía en Milán, 3-VI-2012.

34 Lc 2, 41.

35 Camino, n. 975.

## EL EJE DE NUESTRA SANTIFICACIÓN

Entre todas las actividades temporales que son materia de santificación, el trabajo profesional ocupa un lugar primordial en las enseñanzas de san Josemaría. De palabra y por escrito afirma constantemente que la santificación del trabajo es «como el quicio de la verdadera espiritualidad para los que — inmersos en las realidades temporales — estamos decididos a tratar a Dios»<sup>1</sup>.

«Dentro de la espiritualidad laical, la peculiar fisonomía espiritual, ascética, de la Obra aporta una idea, hijos míos, que es importante destacar. Os he dicho infinidad de veces, desde 1928, que el trabajo es para nosotros el eje, alrededor del cual ha de girar todo nuestro empeño por lograr la perfección cristiana. (...) Y, a la vez, ese trabajo profesional es eje alrededor del cual gira todo nuestro empeño apostólico»<sup>2</sup>.

Esta enseñanza es un rasgo peculiar del espíritu que Dios hizo ver a san Josemaría el 2 de octubre de 1928. No es el único modo de orientar la santificación de las realidades temporales, sino el modo específico y propio del espíritu del Opus Dei. «La vocación sobrenatural a la santidad y al apostolado según el espíritu del Opus Dei, confirma la vocación humana al trabajo (...). Uno de los signos esenciales de esa vocación es precisamente vivir en el mundo y desempeñar allí un trabajo — contando, vuelvo a decir, con las propias imperfecciones personales — de la manera más perfecta posible, tanto desde el punto de vista humano, como desde el sobrenatural»<sup>3</sup>.

### **Trabajo profesional**

«La actividad ordinaria no es un detalle de poca importancia, sino el quicio de nuestra santificación, ocasión continua para encontrarnos con Dios y alabarle y glorificarle con la operación de nuestra inteligencia o la de nuestras manos»<sup>4</sup>. En estos textos y en otras muchas ocasiones, con la expresión «quicio de nuestra santificación», san Josemaría se refiere unas veces al trabajo y otras a la santificación del trabajo. Al trabajo, porque es la materia misma con la que se construye el eje; y a la santificación del trabajo, porque no basta trabajar: si no se santifica, tampoco sirve de eje para la búsqueda de la santidad.

El trabajo que san Josemaría indica como eje de la vida espiritual no es cualquier actividad. No se trata de las tareas que se realizan por hobby, para cultivar una afición, o por otros motivos, a veces por necesidad y con esfuerzo. Se trata precisamente del trabajo profesional: el oficio públicamente reconocido — *munus publicum* — que cada uno realiza en la sociedad civil, como actividad que la sirve y construye, y que es objeto de unos deberes y responsabilidades así como de unos derechos, entre los cuales se encuentra generalmente el de la justa remuneración. Son profesionales, por ejemplo, los trabajos de arquitecto, de carpintero, de maestro, o los trabajos del hogar.

De algún modo se puede llamar también trabajo profesional al ministerio sacerdotal — así lo hace a veces san Josemaría<sup>5</sup> —, en cuanto que es una tarea pública al servicio de todas las personas y, concretamente, al servicio de la santificación de los fieles corrientes en el desempeño de las diversas profesiones, contribuyendo así a la edificación cristiana de la sociedad, misión que exige la cooperación del sacerdocio común y del ministerial. Siendo en sí mismo un ministerio sagrado, una tarea que no es profana sino santa, sin embargo no hace santo automáticamente a quien la realiza. El sacerdote ha de luchar para santificarse en el ejercicio de su ministerio y, en consecuencia, puede vivir el espíritu de santificación del trabajo que enseña el Fundador del Opus Dei, realizándolo con «alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical»<sup>6</sup>.

Conviene recordar que algunas veces san Josemaría también llama trabajo profesional a la enfermedad, a la vejez y a otras situaciones de la vida que absorben las energías que se dedicarían a la profesión, si se pudiera: es el caso, por ejemplo, de quien tiene que ocuparse de conseguir un puesto de trabajo. Al llamarlo trabajo profesional, indudablemente en sentido análogo, hace ver que quien se encuentra en esas circunstancias debe comportarse como ante un trabajo profesional que se desea santificar. Así como el amor a Dios lleva a realizar con perfección los deberes profesionales, así también, un enfermo puede cuidar, en lo que de él dependa, por amor a Dios y con sentido apostólico, las exigencias de un tratamiento, de unos ejercicios, o de una dieta, y ser un buen enfermo que sabe obedecer hasta identificarse con Cristo, «obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz»<sup>7</sup>. En este sentido, «la enfermedad y la vejez, cuando llegan, se transforman en labor profesional. Y así no se interrumpe la búsqueda de la santidad, según el espíritu de la Obra, que se apoya, como la puerta en el quicio, en el trabajo profesional»<sup>8</sup>. En otras ocasiones, refiriéndose a quienes están buscando trabajo, suele decir que su trabajo "profesional" es, en ese momento, precisamente el de "buscar trabajo", y que han de realizar lo mejor posible, por amor a Dios, todas las gestiones que exige esa tarea.

De todas formas, como es lógico, cuando se habla de trabajo profesional se piensa normalmente en las personas que ejercen su profesión civil, no en estas otras situaciones a las que se aplica la expresión por analogía. En el presente capítulo hablaremos del trabajo profesional, en sentido propio y principal, que constituye el eje o el gozne de la santificación en la enseñanza de san Josemaría.

### **El entramado de la vida ordinaria**

Las tareas familiares, profesionales y sociales forman un entramado que es la materia de santificación y el terreno de apostolado de un fiel corriente. Ese entramado se puede santificar de diversos modos. El que enseña san Josemaría tiene como una de sus características principales que el eje de esa santificación es el trabajo profesional, factor fundamental por el que la sociedad civil cualifica a los ciudadanos<sup>9</sup>.

Esta característica tiene su fundamento en las relaciones entre la santificación personal en medio del mundo, y el cumplimiento de los deberes profesionales, familiares y sociales, como se considerará a continuación. Se entiende aquí por mundo la sociedad civil que los fieles laicos, con la cooperación del sacerdocio ministerial, han de configurar y empapar de espíritu cristiano.

La santificación en medio del mundo exige «la santificación del mundo ab intra, desde las mismas entrañas de la sociedad civil»<sup>10</sup>, que consiste en «iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que los fieles laicos están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor»<sup>11</sup>. Para llevar a cabo esta misión es esencial santificar la familia, que es «origen y fundamento de la sociedad humana», y su «célula primera y vital»<sup>12</sup>, pero la sociedad no es simplemente un conjunto de familias, como tampoco un cuerpo es sólo un conglomerado de células.

Hay una organización y una estructura, una vida propia del cuerpo social. Para iluminar la sociedad con el espíritu cristiano es necesario santificar, además de la familia, las relaciones sociales, creando un clima de amistad y de servicio, cooperando por los cauces de participación social y política en el establecimiento de estructuras, como son las leyes civiles, conformes a la dignidad de la persona humana y por tanto a la ley moral natural, y dando tono cristiano a las costumbres, modas y diversiones. Sin embargo, para esto no bastan las relaciones sociales. Son las diversas actividades profesionales las que configuran radicalmente la sociedad, su organización y su vida, influyendo también, de modo profundo, en las mismas relaciones familiares y sociales.

La santificación del trabajo profesional no solo es necesaria, junto con la santificación de la vida familiar y social, para modelar la sociedad según el querer de Dios, sino que sirve de eje en el entramado que forman esas actividades. Esto no significa que los deberes profesionales sean más importantes que las tareas familiares y sociales, sino que son apoyo para formar la familia y la convivencia social. Así como serviría de nada un gozne sin puerta, del mismo modo apenas tendría sentido — por mucho que brillara — un trabajo profesional aislado del conjunto, convertido en fin de sí mismo: un trabajo que no fuera eje de la santificación de toda la vida ordinaria, profesional, familiar y social. Pero a la vez, ¿qué sería de la puerta sin el eje? Para san Josemaría, el trabajo profesional y el cumplimiento de los deberes familiares y sociales, no deben entrar en conflicto, sino al contrario: son elementos inseparables de la unidad de vida imprescindible para santificarse en medio del mundo santificándolo desde dentro.

Además de la función peculiar del trabajo para santificar la sociedad desde dentro, hay que considerar que la santificación del trabajo puede ser tomada como eje de la vida espiritual porque ordena la persona a Dios en aspectos profundos que preceden a la vida familiar y social; aspectos a los que esa misma vida familiar y social deben servir. En

efecto, con palabras del Concilio Vaticano II, «el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social»<sup>13</sup>. Al hablar de instituciones sociales se incluyen, como indica poco después el mismo documento, «la familia y la comunidad política que responden más inmediatamente a la íntima naturaleza del hombre»<sup>14</sup>. Por tanto, la familia y la sociedad se ordenan totalmente al bien de la persona, que tiene necesidad de la vida social. Por su parte, la persona ha de buscar el bien de la familia y de la sociedad, pero no se ordena totalmente a ese bien, con todo su ser y su obrar. En sentido estricto sólo se ordena totalmente a la unión con Dios, a la santidad<sup>15</sup>.

El trabajo puede ser eje de toda la vida espiritual porque, además de servir al bien de la familia y a la configuración cristiana de la sociedad, es campo para el perfeccionamiento del hombre y a su ordenación a Dios en aspectos que no están incluidos en la vida familiar y social sino que son específicos del ámbito profesional, como la justicia en las relaciones laborales, la responsabilidad en el mismo trabajo, la laboriosidad y muchas manifestaciones de fortaleza, constancia, lealtad, paciencia... – por mencionar solo algunos ejemplos –, que el trabajo profesional reclama.

En definitiva, la afirmación de que la santificación del trabajo es “eje” de la santificación en medio del mundo está sólidamente fundada en la visión cristiana de la persona y de la sociedad, tanto por razón de la misión de santificar la sociedad desde dentro, ya que ésta se configura principalmente por los diversos trabajos profesionales, como por la santificación personal en el cumplimiento de esa misión, ya que la santificación del trabajo sirve a la ordenación total de la persona a Dios: no sólo contribuye a ordenar cristianamente la vida familiar y social, sino que sirve a la completa identificación con Cristo a través del perfeccionamiento de otras dimensiones de la persona que no se encuentran englobadas en lo familiar y en lo social.

A todo este conjunto de elementos se refiere san Josemaría cuando invita a considerar que «el trabajo es el vehículo a través del cual el hombre se inserta en la sociedad, el medio por el que se ensambla en el conjunto de las relaciones humanas, el instrumento que le asigna un sitio, un lugar en la convivencia de los hombres. El trabajo profesional y la existencia en el mundo son dos caras de la misma moneda, son dos realidades que se exigen mutuamente, sin que sea posible entender la una al margen de la otra»<sup>16</sup>.

En definitiva, la afirmación de que la santificación del trabajo es “eje” de la santificación en medio del mundo, está sólidamente fundada en la visión cristiana de la persona y de la sociedad, tanto por razón de la misión de santificar la sociedad desde dentro, ya que la sociedad se configura principalmente por los diversos trabajos profesionales, como por la santificación personal en el cumplimiento de esa misión, ya que la santificación del trabajo sirve a la ordenación total de la persona a Dios: no sólo



contribuye a ordenar cristianamente la vida familiar y social, sino que sirve a la completa identificación con Cristo a través del perfeccionamiento de otras dimensiones de la persona que no se encuentran englobadas en lo familiar y en lo social.

### **La vocación profesional**

Por ser el trabajo el eje de la vida espiritual, se comprende que san Josemaría afirme que «la vocación profesional no es sólo una parte, sino una parte principal de nuestra vocación sobrenatural»<sup>17</sup>.

La vocación profesional se descubre por las cualidades y aptitudes que cada uno ha recibido de Dios, por los deberes que ha de cumplir en el lugar y en las circunstancias en que se encuentra, por las necesidades de su familia y de la sociedad, por las posibilidades reales de ejercer una profesión u otra. Todo esto, y no solamente los gustos o las inclinaciones —y menos aún los caprichos de la fantasía— es lo que configura la vocación profesional de cada uno. Se llama vocación porque ese conjunto de factores representa una llamada de Dios a elegir la actividad profesional más conveniente como materia de santificación y apostolado.

No hay que olvidar que la vocación profesional es parte de nuestra vocación divina «en tanto en cuanto es medio para santificarnos y para santificar a los demás»<sup>18</sup>; y por tanto, «si en algún momento la vocación profesional supone un obstáculo, (...) si absorbe de tal modo que dificulta o impide la vida interior o el fiel cumplimiento de los deberes de estado (...), no es parte de la vocación divina, porque ya no es vocación profesional»<sup>19</sup>.

Puesto que la vocación profesional está determinada en parte por la situación de cada uno, no es una llamada a ejercer un trabajo profesional fijo y predeterminado, independientemente de las circunstancias. «La vocación profesional es algo que se va concretando a lo largo de la vida: no pocas veces el que empezó unos estudios, descubre luego que está mejor dotado para otras tareas, y se dedica a ellas; o acaba especializándose en un campo distinto del que previó al principio; o encuentra, ya en pleno ejercicio de la profesión que eligió, un nuevo trabajo que le permite mejorar la posición social de los suyos, o contribuir más eficazmente al bien de la colectividad; o se ve obligado, por razones de salud, a cambiar de ambiente y de ocupación»<sup>20</sup>.

La vocación profesional es una llamada a desempeñar una profesión en la sociedad. No una cualquiera, sino aquélla —dentro de las que se presentan como posibles— con la que mejor se puede alcanzar el fin sobrenatural al que se ordena el trabajo como materia y medio de santificación y de apostolado, y con la que cada uno «se gana la vida, mantiene a su familia, contribuye al bien común, desarrolla su personalidad»<sup>21</sup>. No se ha de optar por el trabajo más sencillo como si diera igual uno u otro, ni elegir superficialmente guiados sólo por el gusto o por el brillo humano. El criterio de elección ha de ser el amor a Dios y a

las almas: el servicio que se puede prestar a la extensión del Reino de Cristo y al progreso humano, haciendo rendir los talentos que se han recibido.

Cuando el eje está bien puesto y engrasado, la puerta gira con seguridad y suavidad. Cuando el trabajo está firmemente asentado en el sentido de la filiación divina, cuando es trabajo de un hijo de Dios – obra de Dios, como el trabajo de Cristo –, todo el entramado de la vida ordinaria se puede mover con armonía, abriendo las entrañas de la sociedad a la gracia divina. Si falta ese eje, ¿cómo se podrá empapar la sociedad de espíritu cristiano? Y si el eje está oxidado, o torcido, o fuera de lugar, ¿de qué servirá, por muy valioso que sea el metal del que está hecho?

Si entra en conflicto con las tareas familiares y sociales, si las estorba, las complica y hasta las paraliza, habrá que preguntarse para qué vale un eje sin puerta. Y sobre todo, y en la raíz de todo, si el trabajo está desgajado de su fundamento que es la filiación divina, si no fuera un trabajo santificado, ¿qué sentido tendría para un cristiano?

«Vamos a pedir luz a Jesucristo Señor Nuestro, y rogarle que nos ayude a descubrir, en cada instante, ese sentido divino que transforma nuestra vocación profesional en el quicio sobre el que se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad. En el Evangelio encontraréis que Jesús era conocido como *faber, filius Mariæ* (Mc 6, 3), el obrero, el hijo de María: pues también nosotros, con orgullo santo, tenemos que demostrar con los hechos que ¡somos trabajadores!, ¡hombres y mujeres de labor!»<sup>22</sup>.

---

1 Amigos de Dios, n. 61.

2 Carta 25-I-1961, n. 10.

3 *Ibidem*, n. 70.

4 Amigos de Dios, n. 81.

5 Cfr. Amigos de Dios, n. 265.

6 Carta 28-III-1955, n. 3, citada por A. de Fuenmayor, V. Gómez Iglesias, J. L. Illanes, *El itinerario jurídico del Opus Dei, historia y defensa de un carisma*, Eunsa, 1989, p. 286.

7 Flp 2, 8.

8 Apuntes de la predicación (AGP, P01 III-65, p. 11).

9 Cfr. Ernst Burkhardt y Javier López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, Rialp, Madrid 2013, vol. III, pp. 222 y ss.

10 Carta 14-II-1950, n. 20.

11 Conc. Vaticano II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, n. 31. Cfr. Ef 1, 10.

12 Conc. Vaticano II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 11.

13 Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 25.

14 *Ibidem*.

15 Cfr. Santo Tomás de Aquino, S. Th. I-II, q. 21, a. 4 ad 3.

16 Carta 6-V-1945, n. 13.

17 Texto del 31-V-1954, citado por José Luis Illanes en *La santificación del trabajo*. Palabra, Madrid 1981, p. 42.

18 Carta 15-X-1948, n. 7.

19 *Ibidem*.

20 *Ibidem*, n. 33.

21 *Conversaciones*, n. 70.

22 *Amigos de Dios*, n. 62.

## TRABAJAR POR AMOR

«El hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»<sup>1</sup>. Al leer estas palabras de san Josemaría, es posible que dentro de nuestras almas surjan algunas preguntas que den paso a un diálogo sincero con Dios: ¿para qué trabajo?, ¿cómo es mi trabajo?, ¿qué pretendo o qué busco con mi labor profesional? Es la hora de recordar que el fin de nuestra vida no es hacer cosas sino amar a Dios. «La santidad no consiste en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada día con más amor»<sup>2</sup>.

Mucha gente trabaja —y trabaja mucho—, pero no santifica su trabajo. Hacen cosas, construyen objetos, buscan resultados, por sentido del deber, por ganar dinero, o por ambición; unas veces triunfan y otras fracasan; se alegran o se entristecen; sienten interés y pasión por su tarea, o bien, decepción y hastío; tienen satisfacciones junto con inquietudes, temores y preocupaciones; unos se dejan llevar por la inclinación a la actividad, otros por la pereza...

Todo esto tiene en común que pertenece al mismo plano, el plano de la naturaleza humana herida por las consecuencias del pecado, con sus conflictos y contrastes, como un laberinto en el que el hombre que vive según la carne, en palabras de san Pablo —el *animalis homo*—, deambula, atrapado en un ir de aquí para allá, sin encontrar el camino de la libertad y su sentido. Pero hay otra posibilidad, de la que también habla san Pablo: la vida según el Espíritu, que es la vida de los hijos de Dios que se dejan guiar por el Amor<sup>3</sup>

### **El trabajo nace del amor**

¿Qué significa para un cristiano que «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»<sup>4</sup>? Primero conviene considerar a qué amor se refiere san Josemaría. Hay un amor llamado de concupiscencia, cuando se ama algo para satisfacer el propio gusto sensible o el deseo de placer. No es éste el amor del que nace, en último término, el trabajo de un hijo de Dios, aunque muchas veces trabaje con gusto y le apasione su tarea profesional.

Un cristiano no ha de trabajar solo o principalmente cuando tenga ganas, o le vayan las cosas bien. El trabajo nace de otro amor más alto: el amor de benevolencia, que busca directamente el bien de la persona amada, no el propio interés. Si el amor de benevolencia es mutuo se llama amor de amistad<sup>5</sup>, que es tanto mayor cuanto más se está dispuesto no sólo a dar algo sino a entregarse uno mismo por el bien del amigo: «Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos»<sup>6</sup>.

Los cristianos podemos amar a Dios con amor de amistad sobrenatural, porque Él nos ha hecho hijos suyos y quiere que le tratemos con confianza filial, y veamos en los demás hijos suyos a hermanos nuestros. A este amor se refiere san Josemaría cuando

escribe que «el trabajo nace del amor»: es el amor de los hijos de Dios que son amigos de Dios, el amor sobrenatural a Dios y a los demás por Dios: «la caridad que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»<sup>7</sup>.

Querer el bien de una persona no siempre lleva a complacer su voluntad. Puede ocurrir que lo que quiere no sea un bien, como sucede muy a menudo a las madres, que no dan a sus hijos todo lo que piden, si les puede hacer daño. En cambio, amar a Dios es siempre querer su Voluntad, porque la Voluntad de Dios es el bien.

Por eso, para un cristiano, el trabajo nace del amor a Dios, ya que el amor filial nos lleva a cumplir su Voluntad, y la Voluntad divina es que trabajemos<sup>8</sup>. Decía san Josemaría que «si queremos de veras santificar el trabajo, hay que cumplir ineludiblemente la primera condición: trabajar»<sup>9</sup>. Él mismo quería trabajar como un borrico de noria, por amor a Dios, que ha bendecido su generosidad con innumerables frutos de santidad en todo el mundo.

Cumplir esta condición básica y necesaria, equivale a “trabajar todo lo que Dios quiere”, ni más ni menos. La actividad de trabajar es objeto de una virtud moral, la laboriosidad, que marca el “justo medio” –la excelencia, que eso es la virtud– entre trabajar poco o nada, dejándose dominar por la pereza, y trabajar en exceso, descuidando otros deberes que se han de atender.

Para quien desea santificar el trabajo, la pereza es «el primer frente en el que hay que luchar»<sup>10</sup>. Por el extremo opuesto, la laboriosidad se deforma cuando no se ponen los debidos límites al trabajo, exigidos por el necesario descanso o por la atención a la familia y a otras relaciones que se han de cuidar. San Josemaría pone en guardia ante el peligro de una dedicación desmedida al trabajo: la “profesionalitis”, como llama a este defecto para dar a entender que se trata de una especie de inflamación patológica de la actividad profesional. «Rechazad la excesiva profesionalitis, es decir, el apegamiento sin medida al propio trabajo profesional, que llega a mudarse en un fetiche, en un fin, dejando de ser un medio»<sup>11</sup>.

### **El trabajo manifiesta el amor**

El trabajo de un cristiano manifiesta el amor, no sólo porque el amor a Dios lleva a trabajar, como hemos considerado, sino porque lleva a trabajar bien, pues así lo quiere Dios. El trabajo humano es, en efecto, participación de su obra creadora<sup>12</sup>, y Él –que ha creado todo por Amor– ha querido que sus obras fueran perfectas<sup>13</sup> y que nosotros imitemos su modo de obrar.

Modelo perfecto de trabajo humano es el trabajo de Cristo, de quien dice el Evangelio que «todo lo hizo bien»<sup>14</sup>. Estas palabras de alabanza, que brotaron espontáneas al contemplar sus milagros, obrados en virtud de su divinidad, pueden

aplicarse también — así lo hace san Josemaría — al trabajo de Jesús en el taller de Nazaret, realizado en virtud de su humanidad. Era un trabajo cumplido por Amor al Padre y a nosotros. Un trabajo que manifestaba ese Amor por la perfección con que estaba hecho. No sólo una perfección técnica sino fundamentalmente perfección moral, humana: perfección de todas las virtudes que el amor logra poner en ejercicio dándoles un tono inconfundible: el tono de la felicidad de un corazón lleno de Amor que arde con el deseo de entregar la vida.

La tarea profesional de un cristiano manifiesta el amor a Dios cuando está bien hecha. No significa que el resultado salga bien, sino que se ha intentado hacer del mejor modo posible, poniendo en juego las virtudes y empleando los medios disponibles en las circunstancias concretas.

«Para un católico, trabajar no es cumplir, ¡es amar!: excederse gustosamente, y siempre, en el deber y en el sacrificio»<sup>15</sup>. «Realizad pues vuestro trabajo sabiendo que Dios lo contempla: laborem manuum mearum respexit Deus (Gn 31, 42). Ha de ser la nuestra, por tanto, tarea santa y digna de Él: no sólo acabada hasta el detalle, sino llevada a cabo con rectitud moral, con honrría de bien, con nobleza, con lealtad, con justicia»<sup>16</sup>. El motivo para trabajar bien, en último término, es que «no podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta las chapuzas»<sup>17</sup>. Entre el trabajo de una persona que pretende ofrecer a Dios un trabajo mal hecho (voluntariamente), y el de esa misma persona si comienza a trabajar bien para ofrecer a Dios lo mejor, hay tanta diferencia como entre el sacrificio de Caín y el de Abel. Dios aceptó la ofrenda de éste último, mientras que rechazó la del primero.

El amor a Dios se manifiesta siempre, de un modo u otro, en la actividad profesional de quien realiza su tarea para agradarle. Puede ser que una simple mirada a varias personas que estén realizando la misma actividad, no sea suficiente para captar el motivo por el que la realizan. Pero si se pudiera observar con más detalle y atención el conjunto de la conducta en el trabajo — no sólo los aspectos técnicos, sino también las relaciones con los demás colegas, el espíritu de servicio, el modo de vivir la lealtad, la alegría y las demás virtudes —, sería difícil que pasara inadvertido el «bonus odor Christi»<sup>18</sup>, el aroma del amor de Cristo que desprende el trabajo de alguno de ellos.

¿Cómo va a pasar inadvertido, por ejemplo, que la justicia está informada por la caridad, y que no es simple justicia humana dura y seca? O ¿cómo no se ha de distinguir la honradez por amor a Dios de la honradez por miedo a que se descubra una falta, o de aquella que busca sólo quedar bien ante los demás, o la afirmación de sí mismo? ¿Cómo no se ha de notar el amor a Dios en el sacrificio que requiere el servicio a los demás, en la ayuda generosa que no se explica con cálculos humanos...?

Si el trabajo no manifiesta el amor a Dios, quizá es que se está apagando el fuego de ese amor. Si no se nota el calor, si después de un cierto tiempo de trato diario con los colegas de profesión, no saben si tienen a su lado un cristiano cabal o sólo un hombre decente y cumplidor, entonces quizá es que la sal se ha vuelto insípida<sup>19</sup>. El amor a Dios no necesita etiquetas para darse a conocer. Es contagioso, es difusivo de por sí. Vale la pena examinarse: ¿manifiesta mi trabajo el amor a Dios? ¡Cuánta oración puede manar de esta pregunta!

### **El trabajo se ordena al amor**

«Pongamos al Señor como fin de todos nuestros trabajos, que hemos de hacer non quasi hominibus placentes, sed Deo qui probat corda nostra (1 Ts 2,4); no para agradar a los hombres, sino a Dios que sondea nuestros corazones»<sup>20</sup>. Aunque san Josemaría menciona este aspecto (la finalidad del trabajo) en tercer lugar – después de decir que el trabajo nace del amor y que manifiesta el amor –, es el motor que pone en marcha los otros dos, porque ordenar el trabajo al amor de Dios no es una finalidad yuxtapuesta al trabajo, sino de la causa final conscientemente asumida que impulsa a trabajar y a trabajar bien.

Conviene preguntarse con frecuencia por qué trabajamos. ¿Por amor a Dios o por amor propio? Puede parecer que existen otras posibilidades como, por ejemplo, trabajar por costumbre, o por quedar bien, o por necesidad... Pero esto indica que no se ha ido a fondo en el examen, porque esos motivos no pueden ser la respuesta última. También hay que alimentarse por necesidad, para vivir, pero hay que preguntarse ¿para qué queremos vivir, para la gloria de Dios o para la propia gloria? Pues lo mismo sucede con el trabajo. No hay más alternativas. Por eso san Josemaría exhorta: «Trabajad cara a Dios, sin ambicionar gloria humana». Y a continuación hace notar que «algunos ven en el trabajo un medio para conquistar honores, o para adquirir poder o riqueza que satisfaga su ambición personal, o para sentir el orgullo de la propia capacidad de obrar»<sup>21</sup>.

Quien se examina sinceramente, pidiendo luces a Dios, descubrirá dónde tiene puesto su corazón al realizar las tareas profesionales. Y de esto depende, en último término, el valor de su tarea. Al final de los tiempos – enseña Jesús – «dos estarán en el campo: uno será tomado y el otro dejado. Dos mujeres estarán moliendo en el molino: una será tomada y la otra dejada»<sup>22</sup>. Realizaban el mismo trabajo pero no tenían lo mismo en el corazón, y su destino fue diverso.

«Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo»<sup>23</sup>. Estas palabras compendian todos los aspectos anteriores. Poner un motivo sobrenatural es lo mismo que ordenar el trabajo al amor de Dios y de los demás por Dios, y esto equivale a convertir el trabajo en oración.

Hay que considerar también que un trabajo que se ordena al amor de Dios es un acto que deja una huella profunda en quien lo realiza. Trabajar por amor hace crecer en el amor, en la caridad que es la esencia de la santidad. El trabajo realizado por amor nos santifica, porque al trabajar así se dilata la capacidad de recibir en mayor medida el amor que el Espíritu Santo derrama en los corazones. Es, en definitiva, un trabajo que nos hace crecer como hijos de Dios.

Cuando el trabajo se ordena al amor nos identifica con Cristo, *perfectus Deus, perfectus homo*<sup>24</sup>, perfecto Dios y perfecto hombre. Aquí se advierte que este tercer aspecto encierra el anterior, al que ya nos hemos referido. Porque trabajar por amor a Dios y a los demás por Dios reclama poner en ejercicio las virtudes cristianas. Ante todo la fe y la esperanza, a las que la caridad presupone y vivifica. Y después las virtudes humanas, a través de las cuales obra y se despliega la caridad. La tarea profesional, si se realiza por amor, se convierte en palestra donde se ejercitan las más variadas virtudes humanas y sobrenaturales: la laboriosidad, el orden, el aprovechamiento del tiempo, la fortaleza para rematar la faena, el cuidado de las cosas pequeñas...; y tantos detalles de atención a los demás, que son manifestaciones de una caridad sincera y delicada<sup>25</sup>. Y esa práctica de las virtudes humanas es imprescindible para ser contemplativos en medio del mundo.

«Contemplo porque trabajo; y trabajo porque contemplo»<sup>26</sup>, comentaba san Josemaría en una ocasión. El amor y el conocimiento de Dios —la contemplación— le llevaban a trabajar, y por eso afirma: «trabajo porque contemplo». Y ese trabajo se convertía en medio de santificación y de contemplación: «contemplo porque trabajo».

Es como un movimiento circular —de la contemplación al trabajo, y del trabajo a la contemplación— que se va estrechando cada vez más en torno a su centro, Cristo, que nos atrae hacia sí atrayendo con nosotros todas las cosas, para que por Él, con Él y en Él sea dado todo honor y toda gloria a Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo<sup>27</sup>.

La realidad de que el trabajo de un hijo de Dios se ordena al amor y por eso le santifica, es el motivo profundo de que no se pueda hablar, bajo la perspectiva de la santidad —que es en definitiva la que cuenta—, de profesiones de mayor o de menor categoría.

La «dignidad del trabajo está fundada en el Amor»<sup>28</sup>. «Todos los trabajos pueden tener la misma calidad sobrenatural: no hay tareas grandes o pequeñas; todas son grandes, si se hacen por amor. Las que se tienen como tareas grandes se empequeñecen, cuando se pierde el sentido cristiano de la vida»<sup>29</sup>.

Si faltara la caridad, el trabajo perdería su valor ante Dios, por brillante que resultara ante los hombres. «Aunque conociera todos los misterios y toda la ciencia,... si no tengo caridad, nada soy»<sup>30</sup>, escribe san Pablo. Lo que importa es «el empeño para



hacer a lo divino las cosas humanas, grandes o pequeñas, porque por el Amor todas adquieren una nueva dimensión»<sup>31</sup>.

---

1 Es Cristo que pasa, n. 48.

2 Apuntes de la predicación (AGP, P10, n. 25).

3 Cfr. Ga 5, 16.18.22; Rm 8, 14.

4 Es Cristo que pasa, n. 48.

5 Cfr. Santo Tomás de Aquino, S. Th. II-II, q. 23, a. 1, c.

6 Jn 15, 13.

7 Rm 5, 5.

8 Cfr. Gn 2, 15; 3, 23; Mc 6, 3; 2 Ts 3, 6-12.

9 Forja, n. 698; cfr. Camino, n. 998.

10 Carta 24-III-1931, n. 10.

11 Carta 24-XII-1951, n. 82.

12 Cfr. San Juan Pablo II, Enc. Laborem exercens, 14-IX-1981, n. 25; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2460.

13 Cfr. Dt 32, 4 (Vg). Gn 1, 10, 12, 18, 21, 25, 31. Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 302.

14 Mc 7, 37.

15 Surco, n. 527.

16 Carta 15-X-1948, n. 26.

17 Amigos de Dios, n. 55.

18 2 Cor 2, 15.

19 Cfr. Mt 5, 13.

20 Carta 9-I-1932, n. 15.

21 Carta 15-X-1948, n. 18.

22 Mt 24, 40-41.

23 Camino, n. 359.

24 Símbolo atanasiano.

25 Cfr. Mons. Javier Echevarría, Carta pastoral, 4-VII-2002, n. 13.

26 Apuntes de la predicación, 2-XI-1964.

27 Cfr. Misal Romano, conclusión de la Plegaria Eucarística.

28 Es Cristo que pasa, n. 48.

29 Conversaciones, n. 109.

30 1 Cor 13, 2.

31 Es Cristo que pasa, n. 60.

## CRUZ Y RESURRECCIÓN EN EL TRABAJO

Con la luz recibida de Dios, san Josemaría comprendió profundamente el sentido del trabajo en la vida del cristiano llamado a identificarse con Cristo en medio del mundo. Los años de Jesús en Nazaret se le presentaban plenos de significado al considerar que, en sus manos, «el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación»<sup>1</sup>.

La conciencia de que el cristiano, por el Bautismo, es hijo de Dios y partícipe del sacerdocio de Jesucristo, le llevaba a contemplar en el trabajo de Jesús el modelo de nuestra tarea profesional. Un modelo vivo que se ha de plasmar en nosotros, no simplemente un ejemplo que se imita. Más que trabajar como Cristo el cristiano está llamado a trabajar en Cristo, unido vitalmente a Él.

Por eso nos interesa contemplar con mucha atención el quehacer del Señor en Nazaret. No basta una mirada superficial. Es preciso considerar la unión de su tarea diaria con la entrega de su vida en la Cruz y con su Resurrección y Ascensión al Cielo, porque sólo así podremos descubrir que su trabajo –y el nuestro, en la medida que estemos unidos a Él– es redentor y santificador.

### **En Nazaret y en el Calvario**

El hombre ha sido creado para amar a Dios, y el amor se manifiesta en el cumplimiento de su Voluntad, con obediencia de hijos. Pero desde el inicio ha desobedecido, y por la desobediencia ha entrado en el mundo el dolor y la muerte. El Hijo de Dios ha asumido nuestra naturaleza para reparar por el pecado, obedeciendo perfectamente con su voluntad humana a la Voluntad divina. «Pues como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos»<sup>2</sup>.

El Sacrificio del Calvario es la culminación de la obediencia de Cristo al Padre: «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»<sup>3</sup>. Al aceptar libremente el dolor y la muerte, que son lo más contrario al deseo natural de la voluntad humana, ha manifestado de modo supremo que no ha venido para hacer su voluntad sino la Voluntad del que le ha enviado<sup>4</sup>. Pero la entrega del Señor en su Pasión y muerte de Cruz, no es un acto aislado de obediencia por Amor. Es la expresión suprema de una obediencia plena y absoluta que ha estado presente a lo largo de toda su vida, con manifestaciones diversas en cada momento: «¡He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu Voluntad!»<sup>5</sup>.

A los doce años, cuando María y José le encuentran entre los doctores en el Templo después de tres días de búsqueda, Jesús les responde: «¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre?»<sup>6</sup>. El Evangelio no vuelve a decir nada más de su vida

oculta, salvo que obedecía a José y a María – «les estaba sujeto»<sup>7</sup> –, y que trabajaba: era «el carpintero»<sup>8</sup>.

Sin embargo, las palabras de Jesús en el Templo iluminan los años en Nazaret. Indican que, cuando obedecía a sus padres y cuando trabajaba, estaba «en las cosas de su Padre», cumplía la Voluntad divina. Y así como al quedarse en el Templo no rehusó sufrir durante tres días – tres, como en el triduo pascual –, porque conocía el sufrimiento de sus padres, que le buscaban afligidos; tampoco rehusó las dificultades que conlleva el cumplimiento del deber en el trabajo y en toda la vida ordinaria.

No era la de Nazaret una obediencia menor, sino la misma disposición interior que le llevó a dar la vida en el Calvario. Una obediencia con todas las energías humanas, una identificación plena con la Voluntad divina en cada momento. En el Calvario se manifestó derramando toda su Sangre; en Nazaret, entregándola día a día, gota a gota, en su trabajo de artesano que construye instrumentos para el cultivo de los campos y útiles para las casas.

«Era el faber, filius Mariae (Mc 6, 3), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba atrayendo a sí todas las cosas (Jn 12, 32)»<sup>9</sup>. El valor redentor de la vida de Jesús en Nazaret no se puede entender si se separa de la Cruz, si no se comprende que en su trabajo diario cumplía perfectamente la Voluntad del Padre, por Amor, con la disposición de consumir su obediencia en el Calvario<sup>10</sup>.

Por eso mismo, cuando llega el momento supremo del Golgota, el Señor ofrece toda su vida, también el trabajo de Nazaret. La Cruz es la última piedra de su obediencia, como la clave de un arco en una catedral: aquella piedra que no sólo se sostiene en las otras sino que con su peso mantiene la cohesión de las demás. Así también el cumplimiento de la Voluntad divina en la vida ordinaria de Jesús posee toda la fuerza de la obediencia de la Cruz; y, a la vez, culmina en ésta, la sostiene, y por medio de ella se eleva al Padre en Sacrificio redentor por todos los hombres.

### **Cumplimiento del deber**

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame»<sup>11</sup>. Seguir a Cristo en el trabajo diario es cumplir ahí la Voluntad divina con la misma obediencia de Cristo: «usque ad mortem», hasta la muerte<sup>12</sup>. Esto no significa sólo que el cristiano debe estar dispuesto a morir antes que pecar. Es mucho más. En cada momento ha de procurar morir a la propia voluntad, entregando lo que hay de propio en su querer, para hacer propia la Voluntad de Dios.

Jesús tiene como suyo propio en la voluntad humana, las inclinaciones buenas y rectas de nuestra naturaleza, y eso lo ofrece al Padre en el Huerto de los Olivos, cuando

reza: «no se haga mi voluntad, sino la tuya»<sup>13</sup>. En nosotros, en cambio, la voluntad propia es también el egoísmo, el amor desordenado a uno mismo. El Señor no lo llevaba dentro de sí, pero lo cargó sobre sí en la Cruz para redimirnos. Por nuestra parte, con su gracia, podemos ofrecer a Dios la lucha por amor contra el egoísmo que sí anida en nuestros corazones. Para identificarse con la Voluntad divina, cada uno tiene que llegar a decir, como san Pablo: «estoy crucificado con Cristo»<sup>14</sup>.

«Hay que darse del todo, hay que negarse del todo: es preciso que el sacrificio sea holocausto»<sup>15</sup>. No se trata de prescindir de ideales y proyectos nobles, sino de ordenarlos siempre al cumplimiento de la Voluntad de Dios. Él quiere que hagamos rendir los talentos que nos ha concedido. La obediencia y el sacrificio de la propia voluntad en el trabajo consiste en emplearlos para su gloria y en servicio a los demás, no por vanagloria e interés propio.

¿Y cómo quiere Dios que usemos los talentos?, ¿qué hemos de hacer para cumplir su Voluntad en nuestro trabajo? A esta pregunta se puede responder brevemente, si se entiende bien todo lo que está implicado en la respuesta: Dios quiere que cumplamos nuestro deber. «¿Quieres de verdad ser santo? – Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces»<sup>16</sup>.

En los deberes de la vida ordinaria se manifiesta la Voluntad de Dios. Por su naturaleza, el cumplimiento del deber exige someter la propia voluntad a lo que hay que hacer, y esto es constitutivo de la obediencia de un hijo de Dios. Es no tomar como norma suprema de conducta el propio gusto, o las inclinaciones, o lo que apetece, sino lo que Dios quiere: que cumplamos esos deberes nuestros.

¿Cuáles? El mismo trabajo es un deber señalado por Dios desde el principio, y por eso debemos empezar luchando contra la pereza. Después, este deber general se concreta para cada uno en la profesión que realiza – de acuerdo con su vocación profesional que forma parte de su vocación divina –<sup>17</sup>, con unas obligaciones específicas. Entre ellas, las exigencias generales de moral profesional, fundamentales en la vida cristiana, y otros que derivan de las circunstancias de cada uno.

El cumplimiento de estos deberes es Voluntad de Dios, porque Él ha creado al hombre para que con su trabajo perfeccione la creación<sup>18</sup>, y esto comporta, en el caso de los fieles corrientes, realizar las actividades temporales con perfección, de acuerdo con sus leyes propias, y para el bien de las personas, de la familia y de la sociedad: bien que se descubre con la razón y, de modo más seguro y pleno, con la razón iluminada por la fe viva, «la fe que obra por la caridad»<sup>19</sup>. Conducirse así, realizando la Voluntad de Dios, es tener buena voluntad. En ocasiones puede pedir heroísmo, y ciertamente se requiere en todo caso el heroísmo en el cuidado de las cosas pequeñas de cada día. Un heroísmo que Dios bendice con la paz y la alegría del corazón: «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»<sup>20</sup>; «los mandamientos del Señor alegran el corazón»<sup>21</sup>.

El ideal cristiano de cumplimiento del deber no es la persona cumplidora que desempeña estrictamente sus obligaciones de justicia. Un hijo de Dios tiene un concepto mucho más amplio y profundo del deber. Considera que el mismo amor es el primer deber, el primer mandamiento de la Voluntad divina. Por eso trata de cumplir por amor y con amor los deberes profesionales de justicia; más aún, se excede en esos deberes, sin considerar, no obstante, que está exagerando en el deber, porque Jesucristo ha entregado su vida por nosotros. Por ser este amor —la caridad de los hijos de Dios— la esencia de la santidad, se comprende que San Josemaría enseñe que ser santos se resume en cumplir el deber de cada momento.

### **El valor del esfuerzo y de la fatiga**

«El trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa»<sup>22</sup>. Dios creó al hombre para que labrase y cuidase la tierra<sup>23</sup>, y sólo después del pecado le dijo: con el sudor de tu frente comerás el pan<sup>24</sup>. La pena del pecado es la fatiga que acompaña al trabajo, no el trabajo en sí mismo, y la Sabiduría divina la ha convertido en instrumento de redención. Asumirla es para nosotros parte integrante de la obediencia a la Voluntad de Dios. Obediencia redentora, en el cumplimiento diario del deber. «Con mentalidad plenamente laical, ejercitáis ese espíritu sacerdotal, al ofrecer a Dios el trabajo, el descanso, la alegría y las contrariedades de la jornada, el holocausto de vuestros cuerpos rendidos por el esfuerzo del servicio constante. Todo eso es hostia viva, santa, grata a Dios: ése es vuestro culto racional (Rm 12, 1)»<sup>25</sup>.

Un cristiano no rehuye el sacrificio en el trabajo, no se irrita ante el esfuerzo, no deja de cumplir su deber por desgana o para no cansarse. En las dificultades ve la Cruz de Cristo que da sentido redentor a su tarea, la Cruz que «está pidiendo unas espaldas que carguen con ella»<sup>26</sup>. Por eso el Fundador del Opus Dei da un consejo de comprobada eficacia: «Antes de empezar a trabajar, pon sobre tu mesa o junto a los útiles de tu labor, un crucifijo. De cuando en cuando, échale una mirada... Cuando llegue la fatiga, los ojos se te irán hacia Jesús, y hallarás nueva fuerza para proseguir en tu empeño»<sup>27</sup>.

Tampoco se abate un hijo de Dios por los fracasos, ni deposita toda su esperanza y complacencia en los éxitos humanos. El valor redentor de su trabajo no depende de las victorias terrenas sino del cumplimiento amoroso de la Voluntad de Dios. No olvida que en Nazaret Jesús cumple la Voluntad divina trabajando activamente, pero que en la Cruz consume su obediencia padeciendo. El culmen del «no se haga mi voluntad sino la tuya»<sup>28</sup>, no consiste en realizar tal o cual proyecto humano, sino en padecer hasta la muerte, con un abandono absoluto en su Padre Dios<sup>29</sup>. Por eso hemos de comprender que más que con lo que hacemos —con nuestros trabajos e iniciativas— podemos corredimir con Cristo con lo que padecemos, cuando Dios permite que en nuestra vida se haga más patente el «yugo suave y la carga ligera de la Cruz»<sup>30</sup>.

San Josemaría enseña esta lección de santidad con palabras que traslucen su propia experiencia. «No olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que El permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios. Es la hora de amar la mortificación pasiva (...). Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas Santísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. Acudiremos como las palomas que, al decir de la Escritura (cfr. Ct 2, 14), se cobijan en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad. Nos ocultamos en ese refugio, para hallar la intimidad de Cristo: y veremos que su modo de conversar es apacible y su rostro hermoso (cfr. Ct 2, 14)»<sup>31</sup>.

### **La luz de la resurrección**

Después de escribir en la Epístola a los Filipenses que Jesucristo se hizo «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»<sup>32</sup>, San Pablo prosigue: «Y por eso Dios lo exaltó»<sup>33</sup>. La exaltación del Señor, su Resurrección y Ascensión al Cielo «donde está sentado a la diestra de Dios»<sup>34</sup>, son inseparables de su obediencia en la Cruz, y arrojan, junto con ésta, una intensa luz sobre el trabajo de Jesús en Nazaret y sobre nuestro quehacer diario.

Vida humana y divina es la de Jesús en Nazaret, y no sólo humana: vida del Hijo de Dios hecho hombre. Aunque sólo después de la Resurrección será vida inmortal y gloriosa, ya en la Transfiguración manifestará por un momento una gloria oculta durante años en el taller de José. Aquél a quien vemos trabajar como carpintero, cumpliendo su deber con sudor y con fatiga, es el Hijo de Dios hecho hombre, «lleno de gracia y de verdad»<sup>35</sup>, que vive en su Humanidad Santísima una vida nueva, sobrenatural: la vida según el Espíritu Santo. Aquél a quien vemos someterse a las exigencias del trabajo y obedecer a quienes tienen autoridad, en la familia y en la sociedad, para obedecer así a la Voluntad divina, es el que vemos ascender a los Cielos con poder y majestad, como Rey y Señor del Universo. Su Resurrección y su Ascensión a los Cielos nos permiten contemplar que el trabajo, la obediencia y las fatigas de Nazaret, son un sacrificio costoso pero nunca oscuro o triste, sino luminoso y triunfante, como una nueva creación.

«Así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva»<sup>36</sup>. También nosotros podemos vivir en medio de la calle «endiosados, pendientes de Jesús todo el día»<sup>37</sup>, porque Dios, «aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos dio vida en Cristo – por gracia habéis sido salvados –, y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos por Cristo Jesús»<sup>38</sup>. Dios exaltó la Humanidad Santísima de Jesucristo por su obediencia, para que nosotros vivamos esa vida nueva, guiada por el Amor de Dios, muriendo al amor propio desordenado. «Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde

Cristo está sentado a la derecha de Dios; sentid las cosas de arriba, no las de la tierra. Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»<sup>39</sup>.

Si en el trabajo cumplimos por amor y con amor la Voluntad divina, cueste lo que cueste, Dios nos exalta junto con Cristo. No sólo al final de los tiempos. Ya ahora nos concede una prenda de la gloria por el don del Espíritu Santo<sup>40</sup>. Gracias al Paráclito nuestro trabajo se convierte en algo santo, nosotros mismos somos santificados y el mundo comienza a ser renovado. «En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la Resurrección de Cristo, encontramos siempre un tenue resplandor de la vida nueva, del nuevo bien, casi como un anuncio de los nuevos cielos y la tierra nueva (2 Pe 3, 13; Ap 21, 1), los cuales, precisamente mediante la fatiga del trabajo son participados por el hombre y por el mundo (...). Se descubre, en esta cruz y fatiga, un bien nuevo que comienza con el mismo trabajo»<sup>41</sup>.

Junto con la obediencia de la Cruz y la alegría de la Resurrección —la nueva vida sobrenatural—, en el cumplimiento amoroso de la Voluntad de Dios en el trabajo, ha de estar presente el señorío de la Ascensión. Hemos recibido el mundo por herencia, para plasmar en todas las realidades temporales el querer de Dios. «Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios»<sup>42</sup>.

Esta es la fibra del amor redentor de un hijo de Dios, el tono inconfundible de su trabajo. «Ocúpate de tus deberes profesionales por Amor: lleva a cabo todo por Amor, insisto, y comprobarás —precisamente porque amas, aunque saborees la amargura de la incomprensión, de la injusticia, del desagradecimiento y aun del mismo fracaso humano— las maravillas que produce tu trabajo. ¡Frutos sabrosos, semillas de eternidad!»<sup>43</sup>

### **«En unión con el sacrificio de la misa»**

El Sacrificio de la Cruz, la Resurrección y Ascensión del Señor a los Cielos, constituyen la unidad del misterio pascual, paso de la vida temporal a la eterna. Su trabajo en Nazaret es redentor y santificador por la unidad con este misterio pascual.

Esta realidad se refleja en la vida de los hijos de Dios gracias a la Santa Misa que «no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección»<sup>44</sup>. «Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes»<sup>45</sup>.

Gracias a la Misa, podemos hacer que nuestro trabajo esté empapado por la obediencia hasta la muerte, por la nueva vida de la Resurrección, y por el dominio que tenemos sobre todas las cosas por su Ascensión como Señor de Cielos y tierra. No sólo ofrecemos nuestro trabajo en la Misa, sino que podemos hacer de nuestro trabajo una misa. «Todas las obras de los hombres se hacen como en un altar, y cada uno de vosotros,



en esa unión de almas contemplativas que es vuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el fin de nuestra vida»<sup>46</sup>. Así somos en nuestro trabajo «otros Cristos, el mismo Cristo»<sup>47</sup>.

---

1 Conversaciones, n. 55.

2 Rm 5, 19.

3 Flp 2, 8.

4 Cfr. Jn 6, 38; Lc 22, 42.

5 Hb 10, 7; Sal 40 8-9.

6 Lc 2, 49.

7 Lc 2, 51.

8 Mc 6, 3. Cfr. Mt 13, 55.

9 Es Cristo que pasa, n. 14.

10 Cfr. Mc 10, 33-34; Lc 12, 49-50.

11 Lc 9, 23.

12 Flp 2, 8.

13 Lc 22, 42.

14 Gal 2, 19.

15 Camino, n. 186.

16 Ibidem n. 815.

17 Cfr. Conversaciones. n. 60.

18 Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 302.

19 Gal 5, 6.

20 Lc 2, 14.

21 Sal 19 (18), 9.

22 Es Cristo que pasa, n. 47.

23 Cfr. Gn 2, 15.

24 Cfr. Gn 3, 19.

25 Carta 6-V-1945, n. 27.

26 Camino, n. 277.

27 Vía Crucis, XI estación, punto 5.

28 Lc 22, 42.

29 Cfr. Lc 23, 46; Mt 27, 46.

30 Mt 11, 30.

31 Amigos de Dios, nn. 301-302.

32 Flp 2, 8.

33 Ibid. 2, 9.

34 1 Pe 3, 22. Cfr. Mt 26, 64; Hb 1, 13; 10, 12.

35 Jn 1, 14.

36 Rm 6, 4.

37 Cfr. Es Cristo que pasa, n. 8.

38 Ef 2, 5-6.

39 Col 3, 1-3.

40 Cfr. 2 Cor 1, 22; 5, 5; Ef 1, 14.

41 San Juan Pablo II, Enc. Laborem exercens, 14-IX-1981, n. 27.

42 1 Cor 3, 22-23.

43 Amigos de Dios, n. 68.

44 San Juan Pablo II, Enc. Ecclesia de Eucharistia, 17-IV-2003, n. 14.

45 Ibidem, n. 11.

46 Notas de una meditación, 19-III-1968, citado en Mons. Javier Echevarría, Carta Pastoral, 1-XI-2009.

47 Es Cristo que pasa, n. 106.

## SANTIFICAR CON EL TRABAJO

En la historia de la Iglesia y de la humanidad, el espíritu que Dios hizo ver a san Josemaría Escrivá de Balaguer, en 1928, lleva consigo una enseñanza nueva y antigua como el Evangelio, con toda su fuerza transformadora de los hombres y del mundo.

La santificación del trabajo profesional es semilla viva, capaz de dar fruto de santidad en una inmensa multitud de almas: «para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo»<sup>1</sup>. «En esta frase gráfica – afirmó el Prelado del Opus Dei en la homilía del 7 de octubre de 2002, día siguiente a la canonización de San Josemaría – resumía el Fundador del Opus Dei el núcleo del mensaje que Dios le había confiado, para recordarlo a los cristianos»<sup>2</sup>.

El Sembrador divino ha sembrado esta semilla en las vidas de miles de personas para que crezca y se multiplique su fruto: «el treinta por uno, el sesenta por uno y el ciento por uno»<sup>3</sup>. Repasar con calma cada uno de estos tres aspectos puede constituir frecuentemente una trama de diálogo con Dios en la oración. ¿Estoy santificando mi trabajo? ¿Me estoy santificando en el trabajo?, es decir, ¿me voy transformando en otro Cristo a través de mi profesión? ¿Qué frutos de apostolado estoy dando con mi trabajo?

Un hijo de Dios no ha de temer hacerse estas preguntas sobre el sentido último de su tarea. Más bien ha de temer no hacérselas porque correría el peligro de que la corriente de sus días no acabase de encontrar el cauce hacia el verdadero fin, disipando sus fuerzas en actividades dispersas, como regueros estériles.

### **En unidad vital**

Esos tres aspectos en los que san Josemaría resume el espíritu de santificación del trabajo, se encuentran intrínsecamente unidos, como en una espiga de trigo lo están la raíz, el tallo y el grano que es su fruto.

El primero – santificar el trabajo: hacer santa la actividad de trabajar realizándola por amor a Dios, con la mayor perfección que cada uno pueda lograr, para ofrecerla en unión con Cristo – , es el más básico y como la raíz de los demás.

El segundo – santificarse en el trabajo – es, en cierto modo, consecuencia del anterior. Quien procura santificar el trabajo, necesariamente se santifica: es decir, permite que el Espíritu Santo le santifique, identificándole cada vez más con Cristo. Sin embargo, lo mismo que en una planta no basta regar la raíz, sino que también hay que cuidar el tallo para que crezca derecho, y a veces ponerle un apoyo – un rodrigón – para que no lo quiebre el viento, o protegerlo de los animales y de las plagas..., así también hay que poner muchos medios para identificarse con Cristo en el trabajo: oración, sacramentos y medios de formación, con los que se van cultivando las virtudes cristianas. Gracias a esas

virtudes se fortalece también la misma raíz y resulta cada vez más connatural santificar el trabajo.

Con el tercero –santificar con el trabajo– ocurre algo semejante. Ciertamente se puede considerar como una consecuencia de los otros dos, pues al santificar su trabajo e identificarse ahí con Cristo, el cristiano necesariamente da fruto –santifica a los demás con su trabajo–, según las palabras del Señor: «El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto»<sup>4</sup>. Esto no significa que un cristiano se pueda despreocupar de dar fruto, como si éste surgiese de la raíz y del tallo sin necesidad de hacer nada.

En la santificación del trabajo, los tres aspectos están vitalmente unidos entre sí, de modo que unos influyen en otros. Quien no buscara santificar a los demás con su trabajo, preocupándose sólo de santificar el suyo, en realidad no lo estaría santificando. Sería como la higuera estéril, que tanto desagradó a Jesús porque, aún teniendo raíces y hojas, carecía de fruto<sup>5</sup>. De hecho, «un buen índice de la rectitud de intención, con la que debéis realizar vuestro trabajo profesional es precisamente el modo en que aprovecháis las relaciones sociales o de amistad, que nacen al desempeñar la profesión, para acercar a Dios esas almas»<sup>6</sup>.

Vamos a considerar ahora con más detalle este último aspecto de la santificación del trabajo, que de algún modo da a conocer también los otros dos, como los frutos manifiestan la planta y la raíz. «Por sus frutos los conoceréis»<sup>7</sup>, dice el Señor.

### **«Yo os he elegido para que vayáis y déis fruto» (Jn 15, 16)**

Si se considera el trabajo profesional con visión humana, seguramente se pensará que uno se encuentra allí como resultado de diversas circunstancias –capacidades y preferencias, obligaciones y casualidades, etc.– que le han llevado a realizar esa tarea y no otra. Un cristiano ha de mirar las cosas con más profundidad y altura, con un visión sobrenatural que le haga descubrir ahí la llamada personal de Dios a la santidad y al apostolado.

Lo que parece una situación fortuita adquiere entonces sentido de misión, y se comienza a estar de un modo nuevo en el mismo trabajo que se realizaba<sup>8</sup>. No ya como quien ha caído por un caso en ese lugar, sino como quien ha sido enviado allí por Cristo. «Yo os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca»<sup>9</sup>. El lugar de trabajo, el ambiente profesional en el que cada uno se encuentra, es su campo de apostolado, la tierra apropiada en la que sembrar y cultivar la buena semilla de Cristo. La promesa de Jesús no puede fallar: cuando se busca la unión con Él en el propio trabajo, siempre hay fruto apostólico.

Es preciso, sin embargo, no dejarse llevar por las apariencias. El Señor advierte también que el Padre celestial poda al que ya produce, para que dé más fruto<sup>10</sup>. Obra de

este modo porque quiere bendecir aún más a sus hijos. Los poda para mejorarles, aunque la podadura sea dolorosa. Muchas veces consiste en dificultades que Él permite para purificar el alma, quitando lo que sobra. En ocasiones, por ejemplo, desaparece la ilusión humana por el propio trabajo, y se ha de realizar a contrapelo, por un amor sin más complacencia que la de agradar a Dios; otras veces es una dificultad económica seria, que quizá Dios permite para que sigamos poniendo todos los medios humanos, pero con más confianza filial en Él, como Jesús nos enseña<sup>11</sup>, sin dejarnos dominar por la tristeza y el agobio del futuro. Otras, en fin, se trata de un fracaso profesional, de esos que pueden hundir a quienes trabajan sólo con miras humanas y que, en cambio, elevan sobre la Cruz a los que desean corredimir con Cristo. La poda lleva frecuentemente consigo que los frutos se retrasen, pero es garantía de que habrá "más fruto".

En todo caso, sería un error confundir esta situación con aquella otra a la que también se refiere Jesús en una parábola: «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña y fue a buscar en ella fruto y no lo encontró; entonces dijo al viñador: "Mira, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a ocupar terreno en balde?"»<sup>12</sup>. Es el caso de quien no da fruto apostólico en su trabajo a causa de su comodidad y poltronería, del aburguesamiento y de estar pendiente sólo o principalmente de sí mismo. Entonces la ausencia de fruto no es sólo aparente. No lo hay porque no hay generosidad, ni empeño, ni sacrificio; en último término, porque falta buena voluntad.

Cristo mismo nos enseña a distinguir las situaciones por los signos. «Aprended de la higuera esta parábola: cuando sus ramas están ya tiernas y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano»<sup>13</sup>. A quienes el Señor poda, parece que no llevan fruto, pero están llenos de vida. Su amor a Dios tiene otras señales evidentes, como la delicadeza en el cuidado de los tiempos de oración, la caridad con todos, el empeño perseverante en poner todos los medios humanos y sobrenaturales en el apostolado...: signos tan inconfundibles como los brotes tiernos de la higuera, mensajeros de los frutos que llegarán a su tiempo. En realidad, están santificando a otras almas con su tarea profesional porque «todo trabajo que es oración, es apostolado»<sup>14</sup>. El trabajo convertido en oración alcanza efectivamente de Dios una lluvia de gracias que fructifica en muchos corazones.

Los otros, en cambio, ni dan fruto ni van camino de darlo. Pero aún están vivos y pueden cambiar, si quieren. No les faltarán los cuidados que Dios les envía, escuchando los ruegos de sus amigos, como los del viñador que le pedía por la higuera: «Señor, déjala también este año hasta que cave a su alrededor y eche estiércol, por si produce fruto; si no, ya la cortarás»<sup>15</sup>. Siempre es posible salir de esa situación de esterilidad apostólica de algún modo voluntaria. Siempre es hora de convertirse y de dar mucho fruto, con la gracia divina. «Que tu vida no sea una vida estéril. — Sé útil. — Deja poso. — Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor...»<sup>16</sup>. Y sólo entonces se llena de sentido la labor profesional, aparece todo el atractivo de su belleza y surge un entusiasmo nuevo, hasta

entonces desconocido. Un entusiasmo como el de San Pedro después de obedecer el mandato de Jesús: ¡Mar adentro!<sup>17</sup>, y escuchar, tras la pesca milagrosa, la promesa de un fruto de otro orden e importancia: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres»<sup>18</sup>.

En nuestra vida se pueden presentar las dos situaciones anteriores, en unos momentos la primera y en otros la segunda. Externamente quizá coincidan en que no se ven los frutos apostólicos del propio trabajo profesional, pero no es difícil saber si responde a la una o a la otra. Basta ser sinceros en la oración. Responder con claridad a la siguiente pregunta: ¿estoy poniendo todos los medios a mi alcance para santificar a los demás con el trabajo, o me desentiendo y me conformo con poco, pudiendo realmente hacer mucho más? ¿Quiero a los que trabajan conmigo? ¿Trato de servirlos? Y siempre, buscar la ayuda exigente en la dirección espiritual. Este es el camino de la santidad y de la fecundidad apostólica.

### **Como brasa encendida**

Transformar la profesión en medio de apostolado es parte esencial del espíritu de santificación del trabajo, y señal de que, efectivamente, se está santificando. Santidad y apostolado son inseparables, como el amor a Dios y a los demás por Dios.

«Tú has de comportarte como una brasa encendida, que pega fuego donde quiera que esté; o, por lo menos, procura elevar la temperatura espiritual de los que te rodean, llevándoles a vivir una intensa vida cristiana»<sup>19</sup>. El trabajo profesional es lugar natural en el que nos encontramos, como las brasas en el brasero. Ahí deben realizarse estas palabras de San Josemaría, de modo que las personas que nos rodean reciban el calor de la caridad de Cristo. Se trata de dar ejemplo de serenidad, de sonreír, de saber escuchar y comprender, de mostrarse servicial.

Cualquiera debería poder percibir a nuestro lado el influjo de alguien que eleva el tono del ambiente porque —junto a la competencia profesional— el espíritu de servicio, la lealtad, la amabilidad, la alegría, y el empeño por superar los propios defectos, no pasan desapercibidos.

Todo eso forma parte del prestigio profesional que han de cultivar quienes desean atraer a los demás a Cristo. El prestigio profesional de un cristiano no se deriva del simple realizar técnicamente bien el trabajo. Es un prestigio humano, tejido de virtudes informadas por la caridad. Con ese prestigio, «el trabajo profesional — sea el que sea — se convierte en un candelero que ilumina a vuestros colegas y amigos»<sup>20</sup>. Sin caridad, en cambio, no puede haber prestigio profesional cristiano, no al menos el que Dios pide, el «anzuelo de pescador de hombres»<sup>21</sup> instrumento de apostolado. Sin caridad no es posible atraer las almas a Dios, porque Dios es amor<sup>22</sup>. Vale la pena remarcarlo: un buen profesional, eficaz y competente, si no procura vivir no ya la justicia sino la caridad, no tendrá el prestigio profesional propio de un hijo de Dios.

El prestigio, de todas formas, no es fin sino medio: medio para «acercar las almas a Dios con la palabra conveniente (...) mediante un apostolado que he llamado alguna vez de amistad y de confianza»<sup>23</sup>. Conscientes de que, junto con la filiación divina, hemos recibido por el Bautismo una participación en el sacerdocio de Cristo y, por tanto, el triple oficio de santificar, enseñar y guiar a otros, tenemos un título para entrar en la vida de los demás, para llegar a ese trato profundo de amistad y confianza con todos los que sea posible, en el amplio campo abarcado por las relaciones profesionales.

Ese campo no se reduce a las personas que trabajan en el mismo lugar o que tienen una edad semejante, sino que se extiende a todas aquellas con las que, de un modo u otro, se puede tomar contacto con ocasión del trabajo. El cristiano buscará oportunidades para convivir, para poder hablar a solas, fomentando el trato: un almuerzo, un rato de deporte, un paseo. Habrá, pues, que dedicar tiempo a los demás, ser asequible, sabiendo encontrar el momento oportuno. «Hemos de dar lo que recibimos, enseñar lo que aprendemos; hacer partícipes a los demás — sin engreimiento, con sencillez — de ese conocimiento del amor de Cristo. Al realizar cada uno vuestro trabajo, al ejercer vuestra profesión en la sociedad, podéis y debéis convertir vuestra ocupación en una tarea de servicio»<sup>24</sup>.

### **Orientar la sociedad**

Con el trabajo profesional — cada uno con el suyo —, los cristianos pueden contribuir eficazmente a orientar la entera sociedad con el espíritu de Cristo. Más aún, el trabajo santificado es necesariamente santificador de la sociedad, «porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales»<sup>25</sup>.

En este sentido, san Josemaría escribió en Forja: «Esfuézate para que las instituciones y las estructuras humanas, en las que trabajas y te mueves con pleno derecho de ciudadano, se conformen con los principios que rigen una concepción cristiana de la vida. Así, no lo dudes, aseguras a los hombres los medios para vivir de acuerdo con su dignidad, y facilitarás a muchas almas que, con la gracia de Dios, puedan responder personalmente a la vocación cristiana»<sup>26</sup>.

Poner en práctica seriamente las normas de moral profesional propias de cada trabajo, es una exigencia básica y fundamental en esta labor apostólica. Pero hay que aspirar además a difundirlas, haciendo lo posible para que otros las conozcan y las vivan. No cabe la excusa de que es poco lo que uno puede hacer en un ambiente en el que han arraigado costumbres inmorales. Del mismo modo que esas costumbres son consecuencia de la acumulación de pecados personales, sólo desaparecerán como fruto del empeño en poner práctica personalmente las virtudes cristianas<sup>27</sup>. Muchas veces será necesario pedir consejo. En la oración y en los sacramentos el trabajador encontrará la fortaleza, cuando haga falta, para mostrar con los hechos que ama la verdad sobre todas las cosas, a costa, si es necesario, del propio empleo.



«Desde que el 7 de agosto de 1931, durante la celebración de la Santa Misa, resonaron en su alma las palabras de Jesús: «cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32), Josemaría Escrivá comprendió más claramente que la misión de los bautizados consiste en elevar la Cruz de Cristo sobre toda realidad humana, y sintió surgir de su interior la apasionante llamada a evangelizar todos los ambientes»<sup>28</sup>. Este ideal de orientar la sociedad con el espíritu cristiano «es realizable, no es un sueño inútil»<sup>29</sup>. San Josemaría — afirmaba san Juan Pablo II el día de la canonización — «continúa recordándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior»<sup>30</sup>.

El Señor previene de un peligro: dice que llegará un tiempo en que «al desbordarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos»<sup>31</sup>. Los cristianos, avisados por sus palabras, en lugar de desanimarnos por la abundancia de mal — también por las propias miserias — reaccionaremos con humildad y confianza en Dios, acudiendo a la intercesión de Santa María. «Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios»<sup>32</sup>.

---

1 Conversaciones, n. 55. Cfr. Es Cristo que pasa, nn. 45, 122.

2 Mons. Javier Echevarría, Homilía en la misa de acción de gracias por la canonización de san Josemaría, 7-X-2002.

3 Mc 4, 20.

4 Jn 15, 5.

5 Mt 21, 19.

6 Carta 15-X-1948, n. 18, citado por Mons. Javier Echevarría, Carta Pastoral, 2-X-2011, n. 34.

7 Mt 7, 16.

8 Cfr. Santo Tomás de Aquino, S. Th. I, q. 43, a. 1, c.

9 Jn 15, 16.

10 Jn 15, 2.

11 Cfr. Mt 6, 31-34.

12 Lc 13, 6-7.

13 Mt 24, 32.

14 Es Cristo que pasa, n. 10.

15 Lc 13, 8-9.

16 Camino, n. 1.

17 Lc 5, 4.

18 Ibidem, 5, 10.

19 Forja, n. 570.

20 Amigos de Dios, n. 61.

21 Camino, n. 372.

22 1 Jn 3, 8.

23 Carta 24-III-1930, n. 11, citado por Luis Ignacio Seco, *La Herencia de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, Palabra, 1986.

24 Es Cristo que pasa, n. 166.

25 Conversaciones, n. 10.

26 Forja, 718.

27 Cfr. san Juan Pablo II, Ex. ap. *Reconciliatio et paenitentia*, 2-XII-1984, n. 16; Enc. *Centesimus annus*, 1-V-1991, n. 38.

28 San Juan Pablo II, Homilía en la canonización de San Josemaría, 6-X-2002.

29 Es Cristo que pasa, n. 183.

30 San Juan Pablo II, Homilía en la canonización de San Josemaría, 6-X-2002.

31 Mt 24, 12.

32 Rm 8, 28.

## UNIDAD DE VIDA EN LA PROFESIÓN

«Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte»<sup>1</sup>.

Trabajo, oración, apostolado: tres términos que, para quien se sabe hijo de Dios no resultan ámbitos diversos, porque se van fundiendo en la vida como notas de un acorde hasta componer una partitura armónica.

Al inicio de la actividad profesional, es posible escuchar únicamente el sonido aislado del propio trabajo, monótono y sin gracia. Pero al descubrir cómo transformarlo en oración que se eleva al Cielo y en apostolado que fecunda la tierra, las notas se combinan y el sonido comienza a adquirir ritmo y belleza. Si abandonásemos el esfuerzo de crear y componer, volveríamos a las notas sueltas, a los sonidos sin melodía. En cambio, apenas permitimos que el Espíritu Santo gobierne nuestra vida profesional y dirija la orquesta, surge otra vez la música, composición estupenda de amor a Dios y a los hombres – de oración y apostolado – en el trabajo diario. Cada una de las facultades de nuestro ser: voluntad, inteligencia, afectos..., interpreta su parte con maestría, y se alcanza esa unidad de vida sencilla y fuerte que agrada a Dios y atrae a los hombres hacia Él.

En la actividad profesional hay tres aspectos que conviene examinar con atención para alcanzar la armonía de la unidad de vida: la intención, el criterio y la conducta coherente con ambos.

### **Rectitud de intención**

La unidad de vida en el trabajo profesional depende, en primer lugar, de la rectitud de intención: de la clara y firme decisión de trabajar por amor a Dios, no por ambición u otra forma de egoísmo; de cara a Dios y buscando su gloria, no de cara a los hombres y buscando la propia gloria, la satisfacción personal o la admiración de los demás.

«Nadie puede servir a dos señores»<sup>2</sup>. No podemos admitir componendas, no pueden convivir en el corazón «una vela encendida a San Miguel, y otra al diablo»<sup>3</sup>. La intención debe ser transparente. Sin embargo, es posible experimentar que, aun queriendo vivir para la gloria de Dios, la rectitud de la voluntad fácilmente se tuerce en las acciones concretas, en las que junto a motivos santos se pueden encontrar muchas veces aspiraciones menos claras<sup>4</sup>. Por eso, san Josemaría aconseja purificar la voluntad, rectificando constantemente la intención. «Rectificar. – Cada día un poco. – Esta es tu labor constante si de veras quieres hacerte santo»<sup>5</sup>.

Quien trabaja con rectitud de intención procura realizar bien su tarea siempre. No trabaja de un modo cuando los demás le ven y de otro cuando nadie le ve. Sabe que le mira Dios y por eso trata de cumplir su deber con perfección, como a Él le agrada. Cuida detalles de orden, de laboriosidad, de espíritu de pobreza..., también si nadie lo advierte o

si se encuentra sin ganas. En los días grises de labor corriente, cuando la monotonía amenaza, un hijo de Dios se esfuerza en poner las últimas piedras por amor, y su trabajo se convierte así en oración.

Los momentos de éxito o de fracaso ponen a prueba la calidad de nuestra intención, ante la tentación del envanecimiento o ante el desánimo. San Josemaría enseña a prepararse para esas circunstancias, que podrían conducir al repliegue sobre uno mismo, torciendo el querer de la voluntad. «Has de permanecer vigilante, para que tus éxitos profesionales o tus fracasos – ¡que vendrán! – no te hagan olvidar, aunque sólo sea momentáneamente, cuál es el verdadero fin de tu trabajo: ¡la gloria de Dios!»<sup>6</sup>.

Para fortalecer la rectitud de intención, verdadero pilar de la unidad de vida, es necesario buscar la presencia de Dios en el trabajo – ofrecerlo al comenzar, renovar ese ofrecimiento cuando sea posible, dar gracias al terminar... – y procurar que las prácticas de piedad, sobre todo la Santa Misa si nos es posible asistir, se dilaten a lo largo de la jornada en un trato continuo con el Señor. Olvidarse de Dios en la profesión indica poca unidad de vida y no simplemente un carácter distraído: quien ama de veras no se olvida del amado.

### **Recto criterio**

La rectitud de intención es esencial para la unidad de vida, pero no hay que olvidar que la voluntad necesita la guía de la razón iluminada por la fe. Hay personas que no aciertan a llevar una conducta coherentemente cristiana no por mala voluntad inicial, sino por falta de criterio. Cuando no se ponen los medios para formar bien la conciencia, para adquirir un conocimiento profundo de las implicaciones morales de cada profesión, se corre el peligro de aceptar como norma lo que es normal. Es posible entonces que se cometan con buena voluntad graves desvaríos e injusticias, y, por no saber juzgar con prudencia, se deje de hacer el bien que se debe hacer. La falta de criterio impide alcanzar la unidad de vida.

Un hombre de criterio acierta con lo bueno, sin caer en los extremos ni pactar con lo mediocre. A veces, la falta de criterio lleva a pensar que la alternativa a un defecto es el defecto opuesto: que para no ser rígidos hay que ser débiles, o para no ser agresivos, bondadosos... En la práctica, no se ha entendido bien la naturaleza de las virtudes. El punto medio en que consiste la virtud – *in medio virtus* – no es quedarse a medias, sin aspirar a la cima, sino alcanzar la cumbre entre dos defectos<sup>7</sup>. Se puede ser enérgico y manso a la vez, comprensivo y exigente con los deberes, veraz y discreto, alegre sin ser ingenuo. «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas»<sup>8</sup>, dice el Señor.

El criterio necesario para la unidad de vida es un criterio cristiano, no simplemente humano, pues su regla no es únicamente la recta razón sino la razón iluminada por la fe

viva, la fe informada por la caridad. Sólo entonces las virtudes humanas son virtudes cristianas. Un hijo de Dios no ha de cultivar dos clases de virtudes, unas humanas y otras cristianas, unas sin la caridad y otras con ella, porque esto sería una doble vida. En su trabajo no debe conformarse con practicar en unas cosas una justicia sólo humana — limitándose, por ejemplo, al estricto cumplimiento de la ley — y en otras una justicia cristiana, con el alma de la caridad, sino siempre y en todo esta última, la justicia de Cristo. «Considerad especialmente los consejos y las advertencias con que preparaba a aquel puñado de hombres que serían sus Apóstoles, sus mensajeros, de uno a otro confín de la tierra. ¿Cuál es la pauta principal que les marca? ¿No es el mandato nuevo de la caridad? Fue con amor como se abrieron paso en aquel mundo pagano y corrompido. (...) Cuando se hace justicia a secas, no os extrañéis si la gente se queda herida: pide mucho más la dignidad del hombre, que es hijo de Dios. La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica: Dios es amor(1 Jn 4, 16) (...).»

«La caridad, que es como un generoso desorbitarse de la justicia, exige primero el cumplimiento del deber: se empieza por lo justo; se continúa por lo más equitativo...; pero para amar se requiere mucha finura, mucha delicadeza, mucho respeto, mucha afabilidad: en una palabra, seguir aquel consejo del Apóstol: llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gal 6,2). (...) Eso requiere la entereza de someter la propia voluntad al modelo divino, trabajar por todos, luchar por la felicidad eterna y el bienestar de los demás. No conozco mejor camino para ser justo que el de una vida de entrega y de servicio»<sup>9</sup>. Esto es tener criterio cristiano, luz imprescindible para la unidad de vida. Adquirir ese criterio exige dedicar tiempo a la formación, y en particular al estudio de la doctrina. Sería temerario fiarse de la intuición y no poner los medios para formar la cabeza. Pero además, tampoco basta un estudio teórico. La unidad de vida cristiana requiere una doctrina asimilada en la oración.

## **Valentía**

Además de querer y de saber, la unidad de vida reclama actuar, pues «obras son amores y no buenas razones»<sup>10</sup>. «Que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos»<sup>11</sup>, dice el Señor. Conviene examinarse con franqueza, como aconseja San Josemaría: «¿Cunde a tu alrededor la vida cristiana? Piénsalo a diario»<sup>12</sup>.

Cuando hay unidad de vida es lógico que se note, con naturalidad, a nuestro alrededor. Quien ocultase su condición de cristiano por miedo a que le encasillen, o por timidez o por vergüenza, quebraría la unidad de vida, no podría ser sal y luz, sus obras serían estériles en orden a la vida sobrenatural. El Señor nos dice a cada uno: dabo te in lucem gentium, ut sit salus mea usque ad extremum terrae<sup>13</sup>, te pondré por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.

Hemos de tener «la valentía de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe»<sup>14</sup>, escribe San Josemaría, haciendo eco a la advertencia del Señor: «quien se

avergüence de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria»<sup>15</sup>. Jesús nos impulsa también con una maravillosa promesa: «a todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos»<sup>16</sup>. No caben ambigüedades. No hay que tener miedo a hablar de Dios: con la palabra, porque el mismo Cristo ha mandado «id y enseñad el Evangelio a todas las gentes»<sup>17</sup>, y con el ejemplo de una fe que obra por la caridad<sup>18</sup>.

Es natural que los demás, en el ambiente en que se mueve un cristiano, conozcan su fe viva y operante. Con mayor razón ha de resultar fácilmente reconocible, por contraste, en una sociedad en la que predominan el materialismo y el hedonismo. Si pasara largo tiempo inadvertida, no sería por naturalidad sino por doble vida. Esto es lo que sucede tristemente en quienes relegan la fe a la vida “privada”. Esta actitud, si no es simple cobardía, si responde a la idea de que la fe no debe influir en la conducta profesional, refleja una mentalidad no laical sino laicista, que pretende arrojar a Dios de la vida social, y muchas veces prescindir también de la ley moral. Es justamente lo opuesto al ideal de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. A esto estamos llamados los cristianos, y es bueno que muchos a nuestro alrededor lo sepan. Más aún, ciertamente el apostolado del cristiano que vive en medio del mundo debe ser de «amistad y confianza»<sup>19</sup> con los colegas de profesión, uno a uno, pero esto no excluye que a veces sea conveniente o necesario – exigencia de la unidad de vida – hablar en público y explicar las razones de una conducta moral, humana y cristiana. Las dificultades pueden ser muchas, pero la fe asiste al cristiano y le da la fortaleza que necesita para defender la verdad y ayudar a todos a descubrirla.

En la práctica, sin embargo, la experiencia nos dice que, aun rechazando los extremos, es fácil dejarse influir por esa mentalidad laicista y convencerse, por ejemplo, de que en un determinado ambiente profesional no es oportuno en ningún caso hablar de Dios, porque sería chocante o estaría fuera de lugar, o porque otros aducirían que las posturas de un cristiano en cuestiones profesionales están condicionadas por la religión. Se presenta entonces la tentación de poner entre paréntesis la propia fe, precisamente cuando debería manifestarse.

«Aconfesionalismo. Neutralidad. – Viejos mitos que intentan siempre remozarse. ¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?»<sup>20</sup>. San Josemaría no invita a hacer alardes, ni mucho menos a utilizar etiquetas de católico que no se compaginan con la mentalidad laical. Lo que pide es molestarse en meditar, cada uno en sus circunstancias, cuáles son las exigencias externas y visibles de la unidad de vida en la propia profesión y actuación social. «Habéis de tener la valentía, que en ocasiones no será poca, dadas las circunstancias de los tiempos, de hacer presente – tangible, diré mejor – vuestra fe: que vean vuestras

obras buenas y el motivo de vuestras obras, aun cuando venga a veces la crítica y la contradicción de unos y de otros»<sup>21</sup>.

La unidad de vida es un don de Dios y, a la vez, una conquista que exige lucha personal. El trabajo profesional es terreno en el que se forja esa unidad a través de decisiones concretas de actuar en todo cara a Dios y con afán apostólico. Con la gracia de Dios hemos de aspirar y llegar a amarle con totalidad: ex todo corde, ex tota anima, ex tota mente, ex tota virtute<sup>22</sup>, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas.

---

1 Es Cristo que pasa, n. 10.

2 Mt 6, 24.

3 Camino, n. 724.

4 Cfr. Ibidem, n. 788.

5 Ibidem, n. 290.

6 Forja, n. 704.

7 Cfr. Amigos de Dios, n. 83.

8 Mt 10, 16.

9 Amigos de Dios, n. 173.

10 Cfr. Camino, n. 933.

11 Mt 5, 16.

12 Forja, n. 856.

13 Is 49, 6.

14 Surco, n. 46.

15 Lc 9, 26.

16 Mt 10, 32.

17 Mc 16, 15.

18 Gal 5, 6.

19 Camino, n. 192.

20 Camino, n. 353.

21 Instrucción, 8-XII-1941, n. 13.

22 Mc 12, 30.



## SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO Y CRISTIANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Las luces y sombras de la época que vivimos están patentes a los ojos de todos. El desarrollo humano y las plagas que lo infectan; el progreso civil en muchos aspectos y la barbarie en otros...: son contrastes que tanto san Juan Pablo II como sus sucesores han señalado repetidas veces<sup>1</sup>, animando a los cristianos a iluminar la sociedad con la luz del Evangelio.

Sin embargo, aunque todos estamos llamados a transformar la sociedad según el querer de Dios, muchos no saben cómo hacerlo. Piensan que esa tarea depende casi exclusivamente de quienes gobiernan o tienen capacidad de influir por su posición social o económica y que ellos sólo pueden hacer de espectadores: aplaudir o silbar, pero sin entrar en el terreno de juego, sin intervenir en el partido.

No ha de ser esa la actitud del cristiano, porque no responde a la realidad de su vocación. «Quiere el Señor que seamos nosotros, los cristianos – porque tenemos la responsabilidad sobrenatural de cooperar con el poder de Dios, ya que El así lo ha dispuesto en su misericordia infinita –, quienes procuremos restablecer el orden quebrantado y devolver a las estructuras temporales, en todas las naciones, su función natural de instrumento para el progreso de la humanidad, y su función sobrenatural de medio para llegar a Dios, para la Redención»<sup>2</sup>.

No somos espectadores. Al contrario, es misión específica de los laicos santificar el mundo «desde dentro»<sup>3</sup>: «orientar con sentido cristiano las profesiones, las instituciones y las estructuras humanas»<sup>4</sup>. Como enseña el Concilio Vaticano II, los laicos han de «iluminar y ordenar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen constantemente según Cristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor»<sup>5</sup>. En una palabra: «cristianizar desde dentro el mundo entero, mostrando que Jesucristo ha redimido a toda la humanidad: ésa es la misión del cristiano»<sup>6</sup>.

Y para esto los cristianos tenemos el poder necesario, aunque no tengamos poder humano. Nuestra fuerza es la oración y las obras convertidas en oración. «La oración es el arma más poderosa del cristiano. La oración nos hace eficaces. La oración nos hace felices. La oración nos da toda la fuerza necesaria, para cumplir los mandatos de Dios»<sup>7</sup>. Concretamente, el arma específica que poseen la mayoría de cristianos para transformar la sociedad es el trabajo convertido en oración. No simplemente el trabajo, sino el trabajo santificado.

Dios se lo hizo comprender a San Josemaría en un momento preciso, el 7 de agosto de 1931, durante la Santa Misa. Al llegar a la elevación, trajo a su alma con fuerza extraordinaria las palabras de Jesús: «cuando seré levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí»<sup>8</sup>. «Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: ¡si vosotros me ponéis

en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces omnia traham ad meipsum! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»<sup>9</sup>.

### **Cristianizar la sociedad**

Dios ha confiado al hombre la tarea de edificar la sociedad al servicio de su bien temporal y eterno, de modo acorde con su dignidad<sup>10</sup>: una sociedad en la que las leyes, las costumbres y las instituciones que la conforman y estructuran, favorezcan el bien integral de las personas con todas sus exigencias; una sociedad en la que cada uno se perfeccione buscando el bien de los demás, ya que el hombre «no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»<sup>11</sup>.

Sin embargo, todo se ha trastocado a causa del pecado del primer hombre y de la sucesiva proliferación de los pecados que – como enseña el Catecismo de la Iglesia – hacen «reinar entre los hombres la concupiscencia, la violencia y la injusticia. Los pecados provocan situaciones sociales e instituciones contrarias a la bondad divina. Las “estructuras de pecado” son expresión y efecto de los pecados personales»<sup>12</sup>.

El Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo nuestro Señor, ha venido al mundo para redimirnos del pecado y de sus consecuencias. Cristianizar la sociedad no es otra cosa que liberarla de esas secuelas que el Catecismo resume con las palabras que acabamos de leer. Es, por una parte, liberarla de las estructuras de pecado – por ejemplo, de las leyes injustas y de las costumbres contrarias a la ley moral –, y por otra, más a fondo, procurar que las relaciones humanas estén presididas por el amor de Cristo, y no viciadas por el egoísmo de la concupiscencia, la violencia y la injusticia. «Esta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social»<sup>13</sup>.

Cristianizar la sociedad no es imponer a la fuerza la fe verdadera. Precisamente el espíritu cristiano reclama el respeto del derecho a la libertad social y civil en materia religiosa, de modo que no se debe impedir a nadie que practique su religión, según su conciencia, aun cuando estuviera en el error, siempre que respete las exigencias del orden público, de la paz y la moralidad pública, que el Estado tiene obligación de tutelar<sup>14</sup>. A quienes están en el error hay que ayudarles a conocer la verdad, que sólo se encuentra plenamente en la fe católica, enseñándoles con el ejemplo y con la palabra, nunca con la coacción. El acto de fe sólo puede ser auténtico si es libre.

Pero cuando un cristiano intenta que la ley civil promueva el respeto de la vida humana desde el momento de la concepción, la estabilidad de la familia a través del reconocimiento de la indisolubilidad del matrimonio, los derechos de los padres en la educación de los hijos tanto en escuelas públicas como en privadas, la verdad en la

información, la moralidad pública, la justicia en las relaciones laborales, etc., no está pretendiendo imponer su fe a los demás, sino cumpliendo con su deber de ciudadano y contribuyendo a edificar, en lo que está de su parte, una sociedad conforme a la dignidad de la persona humana. Ciertamente, el cristiano, gracias a la Revelación divina, posee una especial certeza sobre la importancia que esos principios y verdades poseen para edificar una sociedad más justa; pero su conocimiento está al alcance de la razón humana y cualquier persona, independientemente de su actitud religiosa, puede descubrirlos y compartirlos.

«Esfuézate para que las instituciones y las estructuras humanas, en las que trabajas y te mueves con pleno derecho de ciudadano, se conformen con los principios que rigen una concepción cristiana de la vida. Así, no lo dudes, aseguras a los hombres los medios para vivir de acuerdo con su dignidad, y facilitarás a muchas almas que, con la gracia de Dios, puedan responder personalmente a la vocación cristiana»<sup>15</sup>. Se trata de «sanear las estructuras y los ambientes del mundo (...) de modo que favorezcan la práctica de las virtudes en vez de impedirla»<sup>16</sup>. La fe cristiana hace sentir hondamente la aspiración, propia de todo ciudadano, de buscar el bien común de la sociedad. Un bien común que no se reduce al desarrollo económico, aunque ciertamente lo incluye. Incluye también, y antes – en sentido cualitativo, no siempre en el de urgencia temporal –, las mejores condiciones posibles de libertad, de justicia, de vida moral en todos sus aspectos, y de paz, que corresponden a la dignidad de la persona humana.

Cuando un cristiano hace lo posible para configurar de este modo la sociedad lo hace en virtud de su fe, no en nombre de una ideología opinable de partido político. Actúa como «actuaron los primeros cristianos. No tenían, por razón de su vocación sobrenatural, programas sociales ni humanos que cumplir; pero estaban penetrados de un espíritu, de una concepción de la vida y del mundo, que no podía dejar de tener consecuencias en la sociedad en la que se movían»<sup>17</sup>. «La tarea apostólica que Cristo ha encomendado a todos sus discípulos produce, por tanto, resultados concretos en el ámbito social. No es admisible pensar que, para ser cristiano, haya que dar la espalda al mundo, ser un derrotista de la naturaleza humana»<sup>18</sup>.

Es necesario procurar sanear las estructuras de la sociedad para empaparlas de espíritu cristiano, pero no es suficiente. Aunque parezca una meta alta, no pasa de ser una exigencia básica. Hace falta mucho más: procurar sobre todo que las personas sean cristianas, que cada uno irradie a su alrededor, en su conducta diaria, la luz y el amor de Cristo, el buen olor de Jesucristo<sup>19</sup>. El fin no es que las estructuras sean sanas, sino que las personas sean santas. Tan equivocado sería despreocuparse de que las leyes y las costumbres de la sociedad sean conformes al espíritu cristiano, como contentarse sólo con esto. Porque además, en ese mismo momento peligrarían de nuevo las mismas estructuras sanas. Siempre hay que estar recomenzando. «No hay humanidad nueva, si antes no hay hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio»<sup>20</sup>.

## Por medio del trabajo

«De que tú y yo nos portemos como Dios quiere – no lo olvides – dependen muchas cosas grandes»<sup>21</sup> Si queremos cristianizar la sociedad, lo primero es la santidad personal, nuestra unión con Dios. «Hemos de ser, cada uno de nosotros, alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención»<sup>22</sup>. Es necesario que no perdamos la sal, la luz y el fuego que Dios ha puesto dentro de nosotros para transformar el ambiente que nos rodea. El Papa san Juan Pablo II ha señalado que «es un cometido que exige valentía y paciencia»<sup>23</sup>: valentía porque no hay que tener miedo a chocar con el ambiente cuando es necesario; y paciencia, porque cambiar la sociedad desde dentro requiere tiempo, y mientras tanto no hay que acostumbrarse a la presencia del mal cristalizado en la sociedad, porque acostumbrarse a una enfermedad mortal es tanto como sucumbir a ella. «El cristiano ha de encontrarse siempre dispuesto a santificar la sociedad “desde dentro”, estando plenamente en el mundo, pero no siendo del mundo, en lo que tiene – no por característica real, sino por defecto voluntario, por el pecado – de negación de Dios, de oposición a su amable voluntad salvífica»<sup>24</sup>.

Dios quiere que infundamos espíritu cristiano a la sociedad a través de la santificación del trabajo profesional, ya que «por el trabajo, somete el cristiano la creación (cfr. Gn 1,28) y la ordena a Cristo Jesús, centro en el que están destinadas a recapitularse todas las cosas»<sup>25</sup>. El trabajo profesional es, concretamente, «medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres»<sup>26</sup>.

Cada uno se ha de proponer la tarea de cristianizar la sociedad a través de su trabajo: primero mediante el afán de acercar a Dios a sus colegas y a las personas con las que entra en contacto profesional, para que también ellos lleguen a santificar su trabajo y a dar el tono cristiano a la sociedad; y después, e inseparablemente, mediante el empeño por cristianizar las estructuras del propio ambiente profesional, procurando que sean conformes a la ley moral. Quien se dedica a la empresa, a la profesión farmacéutica, a la abogacía, a la información o a la publicidad..., puede influir cristianamente en su ambiente: en las relaciones y en las instituciones profesionales y laborales. No es suficiente no mancharse con prácticas inmorales; hay que proponerse limpiar el propio ámbito profesional, hacerlo conforme a la dignidad humana y cristiana.

Para todo esto «debemos recibir una formación tal que suscite en nuestras almas, a la hora de acometer el trabajo profesional de cada uno, el instinto y la sana inquietud de conformar esa tarea a las exigencias de la conciencia cristiana, a los imperativos divinos que deben regir en la sociedad y en las actividades de los hombres»<sup>27</sup>.

Las posibilidades de contribuir a la cristianización de la sociedad en virtud del trabajo profesional van más allá de lo que puede realizarse en el estricto ambiente de trabajo. La condición de ciudadano que ejerce una profesión en la sociedad es un título para emprender o colaborar en iniciativas de diverso género, junto con otros ciudadanos que comparten los mismos ideales: iniciativas educativas de la juventud – escuelas donde se imparta una formación humana y cristiana, tan necesarias y urgentes en nuestro tiempo –, iniciativas asistenciales, asociaciones para promover el respeto a la vida, o la verdad en la información, o el derecho a un ambiente moral sano... Todo realizado con la mentalidad profesional de los hijos de Dios llamados a santificarse en medio del mundo.

«Que entreguemos plenamente nuestras vidas al Señor Dios Nuestro, trabajando con perfección, cada uno en su tarea profesional y en su estado, sin olvidar que debemos tener una sola aspiración, en todas nuestras obras: poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres»<sup>28</sup>.

---

1 Cfr. san Juan Pablo II, Ex. ap. *Ecclesia in Europa*, 28-VI-2003, c. I.

2 Carta 30-IV-1946, n. 19.

3 Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

4 Carta 9-I-1959, n. 17.

5 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

6 *Conversaciones*, n. 112.

7 *Forja*, n. 439.

8 *Jn* 12, 32.

9 *Apuntes de una meditación*, 27-X-1963.

10 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 353, 1929, 1930.

11 Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 24.

12 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1869.

13 *Surco*, n. 302.

14 Cfr. Conc. vaticano II, Decr. *Dignitatis humanae*, nn. 1, 2 y 7.

15 *Forja*, n. 718.

- 16 Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 36.
- 17 Carta 9-I-1959, n. 22.
- 18 Es Cristo que pasa, n. 125.
- 19 Cfr. 2 Cor 2, 15.
- 20 Beato Pablo VI, Ex. ap. Evangelii nuntiandi, 8-XII-1975, n. 18.
- 21 Camino, n. 755.
- 22 Es Cristo que pasa, n. 183.
- 23 San Juan Pablo II, Enc. Centesimus annus, 1-V-1991, n. 38.
- 24 Es Cristo que pasa, n. 125.
- 25 Carta 6-V-1945, n. 14.
- 26 Conversaciones, n. 10.
- 27 Carta 6-V-1945, n. 15.
- 28 Carta 15-X-1948, n. 41.

## PRESTIGIO PROFESIONAL

«La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado»<sup>1</sup>. Como a los primeros discípulos, Cristo nos ha llamado para que le sigamos y le llevemos otras almas: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres<sup>2</sup>.

Valiéndose de esta comparación del Señor, San Josemaría enseña que el prestigio profesional tiene una función en los designios de Dios para quienes han sido llamados a santificar a los demás con su trabajo: es un importante medio de apostolado, «anzuelo de pescador de hombres»<sup>3</sup>.

Por esto señala a quien se acerca a la formación que ofrece el Opus Dei que busquen el prestigio en su profesión: «Tú también tienes una vocación profesional, que te “aguijonea”. – Pues, ese “aguijón” es el anzuelo para pescar hombres. Rectifica, por tanto, la intención, y no dejes de adquirir todo el prestigio profesional posible, en servicio de Dios y de las almas. El Señor cuenta también con esto»<sup>4</sup>.

### **Prestigio y humildad**

Dios ha creado todas las cosas para manifestar y comunicar su gloria<sup>5</sup>, y al hacer que nuestro trabajo sea una participación en su poder creador, ha querido que refleje ante los demás su gloria. «Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos»<sup>6</sup>.

La santificación del trabajo profesional reclama que lo realicemos con perfección, por amor a Dios, y que esa perfección por amor sea luz que atraiga hacia Dios a quienes nos rodean.

No deberíamos buscar nuestra gloria, sino la gloria de Dios, como reza el salmo: Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam<sup>7</sup>: «no a nosotros, Señor, no a nosotros; sino a tu nombre da gloria». ¡Cuántas ocasiones de repetir estas palabras! «Deo omnis gloria. – Para Dios toda la gloria. (...) Nuestra vanagloria sería eso: gloria vana; sería un robo sacrílego; el “yo” no debe aparecer en ninguna parte»<sup>8</sup>.

En muchas ocasiones será preciso rectificar la intención. Pero un hijo de Dios no ha de ser apocado, dejando de buscar el prestigio profesional por temor a la vanagloria o por miedo a no ser humilde, ya que es una cualidad que sirve a la misión apostólica propia de los laicos, un talento que se debe hacer rendir.

El Magisterio de la Iglesia recuerda que los laicos «deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos»<sup>9</sup>. «Los fieles laicos han de cumplir su trabajo con competencia profesional, con honestidad humana, con espíritu cristiano, como camino de la propia santificación»<sup>10</sup>.

San Josemaría invita a considerar que el prestigio profesional no impide la humildad: «Al ser el trabajo el eje de nuestra santidad, deberemos conseguir un prestigio profesional y, cada uno en su puesto y condición social, se verá rodeado de la dignidad y el buen nombre que corresponden a sus méritos, ganados en lid honesta con sus colegas, con sus compañeros de oficio o profesión.»

«Nuestra humildad no consiste en mostrarnos tímidos, apocados o faltos de audacia en ese campo noble de los afanes humanos. Con espíritu sobrenatural, con deseo de servicio – con espíritu cristiano de servicio –, hemos de procurar estar entre los primeros, en el grupo de nuestros iguales.»

«Algunos, con mentalidad poco laical, entienden la humildad como falta de aplomo, como indecisión que impide actuar, como dejación de derechos – a veces de los derechos de la verdad y de la justicia –, con el fin de no disgustarse con nadie y resultar amables a todos. Por eso, habrá quienes no comprendan nuestra práctica de la humildad profunda – verdadera –, y aun la llamarán orgullo. Se ha deformado mucho el concepto cristiano de esta virtud, tal vez por intentar aplicar a su ejercicio, en medio de la calle, moldes de naturaleza conventual, que no pueden ir bien a los cristianos que han de vivir, por vocación, en las encrucijadas del mundo»<sup>11</sup>.

### **Por amor a Dios y a las almas**

El prestigio profesional de un cristiano no consiste necesariamente en el éxito. Es cierto que el triunfo humano es como una luz que atrae a la gente. Pero si al acercarse al que triunfa no encuentran al cristiano, al hombre de corazón humilde y enamorado de Dios, sino al presuntuoso pagado de sí mismo, entonces sucede lo que describe el punto de Camino: «Desde lejos, atraes: tienes luz. – De cerca, repeles: te falta calor. – ¡Qué lástima!»<sup>12</sup>.

El prestigio que sirve para llevar almas a Dios es el de las virtudes cristianas, vivificadas por la caridad: el prestigio de la persona trabajadora, competente en su tarea, justa, alegre, noble y leal, honrada, amable, sincera, servicial..., virtudes que pueden darse tanto en el éxito como en el fracaso humano. Es el prestigio de quien cultiva día a día esas cualidades por amor a Dios y a los demás.

San Josemaría ha escrito que «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»<sup>13</sup>. Lo mismo se ha de decir del prestigio en el trabajo: «nace del amor», porque éste ha de ser el motivo que lleva a procurarlo, no la vanidad ni el egocentrismo; «manifiesta el amor», porque en un cristiano con prestigio profesional ha de ser patente el espíritu de servicio; y «se ordena al amor», porque el prestigio no se ha de convertir en el fin del trabajo, sino en medio para acercar almas a Dios, concreta y diariamente.



Un prestigio profesional sin fruto apostólico sería un prestigio estéril, una luz que no ilumina. El prestigio ha de ser anzuelo de pescador, y ¿acaso puede decirse de alguien que es pescador, si no pesca? No es una joya para mirarla y guardarla, como un avaro custodia tesoros, sino para jugársela al servicio de Dios, sin miedo.

No hay que ignorar los riesgos. Los cristianos pueden con su prestigio profesional a personas que, cuando les habla de Dios, se retraen y dejan de apreciarles como antes. Incluso, como se sabe, hay ambientes – clubs, grupos, sociedades influyentes... – que abren sus puertas a profesionales de prestigio, ofreciendo ventajas de relaciones y apoyos mutuos, a condición de que no manifiesten su fe, aceptando implícitamente un planteamiento de la vida en el que la religión debe quedar confinada a la esfera privada. Pretenden justificar esta actitud con el respeto a la libertad, pero en realidad excluyen que exista la verdad en materia religiosa, y de este modo perecen juntas en esos ambientes la verdad y la libertad, al negar el vínculo que enseña el Señor: «conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»<sup>14</sup>. En esos clubs constitutivamente laicistas, en los que está prohibido – esta es la palabra que refleja la realidad – hablar de Dios y, en definitiva, hacer apostolado, no se ve cómo puede estar presente un cristiano, obligado a dejar su fe en la puerta como se deja un sombrero.

La conclusión no puede ser aislarse, sino emprender una labor apostólica más audaz, con la fuerza y la alegría de los hijos de Dios que han recibido este mundo por herencia, para poseerlo y configurarlo. Una labor basada en el apostolado personal de amistad y de confianza, que llegue también a crear ambientes abiertos y libres – ajenos a ese fanatismo indiferentista, sin necesidad de etiquetas confesionales –, en los que sea posible dialogar y colaborar con todas las personas de buena voluntad que quieran construir una sociedad acorde con la dignidad trascendente de la persona humana. No es tarea fácil, pero es irrenunciable. El cristiano debe conquistar prestigio profesional y saberlo emplear para infundir espíritu cristiano a la sociedad.

### **En todos los trabajos**

Durante los años de vida en Nazaret, Jesús «crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres»<sup>15</sup>. El Evangelio nos dice también que era conocido como «el artesano»<sup>16</sup>. Sólo tenemos que unir estos dos datos para apreciar el prestigio que tenía el Señor en su trabajo.

En su tarea diaria de carpintero, sin realizar prodigios extraordinarios, sus conciudadanos le veían crecer no sólo en edad, sino también en sabiduría y en gracia. ¡Cuántos detalles encierran estas palabras! En el modo de atender a las personas, de recibir los encargos y de cumplirlos con maestría profesional, de practicar la justicia con caridad, de servir a los demás, de trabajar con orden e intensidad, de descansar y de procurar que los demás descansasen...; en su serenidad, en su paz, en su alegría, y en todo su quehacer se percibía un algo que atraía, que llevaba a buscar su trato, a confiar en Él y a seguir su

ejemplo: el ejemplo de un hombre que veían tan humano y tan divino, que transmitía amor a Dios y amor a los hombres, que les hacía sentirse en el cielo y en la tierra a la vez, animándoles a ser mejores. ¡Qué distinto sería el mundo, pensarían muchos de ellos, si procurásemos ser como Jesús en nuestro trabajo! ¡Qué distinta la vida en la ciudad o en el campo!

El crecimiento de Jesús en edad, sabiduría y gracia, el progresivo manifestarse de la plenitud de vida divina que llenaba su naturaleza humana desde el momento de la Encarnación, ocurría en un trabajo tan corriente como el de carpintero. «Ante Dios, ninguna ocupación es por sí misma grande ni pequeña. Todo adquiere el valor del Amor con que se realiza»<sup>17</sup>. El prestigio profesional es, en último término, el manifestarse del amor con el que se realiza el trabajo. Es una cualidad de la persona, no de la tarea que se realiza. No consiste en dedicarse a una profesión prestigiosa a los ojos humanos, sino en llevar a cabo de modo prestigioso cualquier profesión, brillante o no.

Ante los hombres sí que hay unos trabajos más brillantes que otros, como son los que llevan consigo el ejercicio de la autoridad en la sociedad, o los que tienen más influjo en la cultura, o mayor proyección en los medios de comunicación, en el deporte, etc. Precisamente por esto — porque gozan de mejor consideración e influyen mucho en la sociedad —, es más necesario que quienes los ejercen tengan un prestigio no sólo técnico sino moral: un prestigio profesional cristiano. Es de vital importancia que los hijos de Dios realicen con prestigio esas actividades de las que depende en buena medida el tono de nuestra sociedad.

Generalmente son los intelectuales quienes las llevan a cabo, y por eso «hemos de procurar que, en todas las actividades intelectuales, haya personas rectas, de auténtica conciencia cristiana, de vida coherente, que empleen las armas de la ciencia en servicio de la humanidad y de la Iglesia»<sup>18</sup>. San Josemaría lo tiene muy presente cuando escribe, explicando la labor apostólica del Opus Dei, que «nos ha elegido el mismo Jesucristo, para que en medio del mundo — en el que nos puso y del que no ha querido segregarnos — busquemos cada uno la santificación en el propio estado y — enseñando, con el testimonio de la vida y de la palabra, que la llamada a la santidad es universal — promovamos entre personas de todas las condiciones sociales, y especialmente entre los intelectuales, la perfección cristiana en la misma entraña de la vida civil»<sup>19</sup>.

---

1 Conc. Vaticano II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

2 Mc 1, 17.

3 Camino, n. 372.

4 Surco, n. 491.

5 Cfr. Conc. Vaticano I, Const. dogm. Dei Filius, canon 5.

6 Mt 5, 16.

7 Sal 115 (113 b), 1.

8 Camino, n. 780.

9 Conc. Vaticano II, Const. past. Gaudium et spes, n. 43.

10 San Juan Pablo II, Ex. ap. Christifideles laici, 30-XII-1988, n. 43.

11 Carta 6-V-1945, nn. 30-31.

12 Camino, n. 459.

13 Es Cristo que pasa, n. 48.

14 Jn 8, 32.

15 Lc 2, 52.

16 Mc 6, 3.

17 Surco, n. 487.

18 Forja, n. 636.

19 Carta 14-II-1944, n. 1, citado en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, I, Rialp, Madrid 1997, pp. 304-305.

## TRABAJO Y FAMILIA

El Papa Francisco ha recordado que en la Exhortación Apostólica *Amoris laetitia* (n. 31) que el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia. Para alcanzar ese bien es necesario tener en cuenta que «el trabajo es el fundamento sobre el que se forma la vida familiar (...). Estos dos ámbitos de valores – uno relacionado con el trabajo y otro consecuente con el carácter familiar de la vida humana – deben unirse entre sí correctamente y correctamente compenetrarse»<sup>1</sup>.

Armonizar las exigencias de la vocación familiar y de la vocación profesional no siempre es fácil, pero forma parte importante del empeño por vivir en unidad de vida. Es el amor de Dios el que da unidad, pone orden en el corazón, enseña cuáles son las prioridades. Entre esas prioridades está saber situar siempre el bien de las personas por encima de otros intereses, trabajando para servir, como manifestación de la caridad; y vivir la caridad de manera ordenada, empezando por los que Dios ha puesto más directamente a nuestro cuidado.

La vida familiar y la vida profesional se sostienen mutuamente. El trabajo, dentro y fuera de casa, «es, en un cierto sentido, una condición para hacer posible la fundación de una familia». En primer lugar, porque la familia «exige los medios de subsistencia, que el hombre adquiere normalmente mediante el trabajo»<sup>2</sup>.

A su vez, el trabajo es un elemento fundamental para alcanzar los fines de la familia. «Trabajo y laboriosidad condicionan todo el proceso de educación dentro de la familia, precisamente por la razón de que cada uno “se hace hombre”, entre otras cosas, mediante el trabajo, y ese hacerse hombre expresa precisamente el fin principal de todo el proceso educativo»<sup>3</sup>.

La Sagrada Familia nos muestra cómo compenetrar estos dos ámbitos. San Josemaría aprendió y enseñó las lecciones de Santa María y de San José. Con su trabajo proporcionaron a Jesús un hogar en el que crecer y desarrollarse.

El ejemplo de Nazaret resonaba en el alma del fundador del Opus Dei, como escuela de servicio, donde «nadie se reserva nada. Allí no se oye hablar de mi honra, ni de mi tiempo, ni de mi trabajo, ni de mis ideas, ni de mis gustos, ni de mi dinero. Allí se coloca todo al servicio del grandioso juego de Dios con la humanidad, que es la Redención»<sup>4</sup>.

### **Imitar a san José**

«Mirad: ¿qué hace José, con María y con Jesús, para seguir el mandato del Padre, la moción del Espíritu Santo? Entregarle su ser entero, poner a su servicio su vida de trabajador. José, que es una criatura, alimenta al Creador; él, que es un pobre artesano, santifica su trabajo profesional, cosa de la que se habían olvidado por siglos los cristianos,

y que el Opus Dei ha venido a recordar. Le da su vida, le entrega el amor de su corazón y la ternura de sus cuidados, le presta la fortaleza de sus brazos, le da... todo lo que es y puede: el trabajo profesional ordinario, propio de su condición»<sup>5</sup>.

San José trabajó para servir al Hijo de Dios y a su Madre. Nada sabemos del producto material de su trabajo, ni nos han llegado los objetos que habrá fabricado o reparado; pero sí conocemos que su tarea sirvió a la obra de la Redención. José enseñó a Jesús el oficio al que dedicó largos años de su vida, y trabajó profundamente unido a quien, ya en esos momentos, nos estaba redimiendo. Con su trabajo, edificó el hogar de Nazaret en el que había de crecer Jesús, hogar que es imagen de la Iglesia. No desatendió nunca la Familia por dedicarse a su trabajo de artesano, o por el cansancio de la jornada, sino que lo puso enteramente al servicio del Hijo de Dios y de la María Virgen y no les privó de las atenciones propias del cabeza de familia. Y su trabajo, lejos de verse empequeñecido por las exigencias que le imponían esas atenciones — viajes, cambios de país y de domicilio, dificultades y peligros — se vio infinitamente enriquecido.

¡Qué gran lección para quienes fácilmente nos dejamos fascinar por el deseo de afirmación personal y por el éxito en el trabajo! La gloria de San José fue ver crecer a Jesús en sabiduría, en edad y en gracia<sup>6</sup>, y servir a la Madre de Dios. Las horas de esfuerzo continuado del santo Patriarca tenían rostro. No terminaban en una obra material, por bien hecha que estuviese, sino en el bien de Jesús y María. Eran cauce para amar a Dios en su Hijo y en su Madre.

Dios nos ha dado también la posibilidad de descubrirle y amarle, sirviendo a la familia con nuestra tarea profesional. Muchas personas colocan fotografías de sus seres queridos en la mesa o en el lugar de trabajo, el cristiano pone también algo que le recuerde el sentido divino del amor humano: a veces un crucifijo, o una imagen de la Sagrada Familia, u otro recordatorio oportuno, según el lugar en el que se encuentre, porque si hay amor a Dios entonces se unen familia y trabajo.

Da pena ver personas interiormente divididas, que sufren inútilmente. Las obligaciones familiares les parecen un obstáculo para crecer profesionalmente. Tratan de conciliar multitud de compromisos que no son compatibles y se lamentan de que no tienen tiempo para la familia. Pero tantas veces no es tiempo lo que les falta, sino un corazón ordenado y enamorado. El ejemplo de San José puede ayudarnos a todos. El cuidado de la Sagrada Familia y el trabajo de artesano no eran ámbitos comunicados, sino una misma realidad. El amor a María y a Jesús le llevaba a trabajar, y con su trabajo servía a la Sagrada Familia.

### **Apostolado urgente**

«La familia constituye uno de los puntos de referencia más importantes, según los cuales debe formarse el orden socio-ético del trabajo humano (...). En efecto, la familia es,

al mismo tiempo, una comunidad hecha posible gracias al trabajo y la primera escuela interior de trabajo para todo hombre»<sup>7</sup>.

Nos enfrentamos hoy al reto de lograr que se otorgue a la familia el lugar central que le corresponde en la vida de las personas y en el mundo del trabajo. Este reto asume muchas facetas. En primer lugar, es preciso valorizar aquellas profesiones más estrechamente ligadas a los fines propios de la familia, como son las labores domésticas, la tarea educativa, muy especialmente en los primeros años de vida, y las distintas formas de colaboración en la asistencia a los enfermos y ancianos.

También es un desafío urgente conseguir que la organización del trabajo no genere incompatibilidades con las obligaciones del hogar. Estas situaciones se dan a menudo, a causa de salarios insuficientes para sostener una familia; a horarios que obligan a reducir mucho la presencia del padre o de la madre en el hogar; a trabas a la actitud abierta a la vida de muchas madres que desean compatibilizar la dedicación a la familia con profesiones fuera del hogar. Estas y otras dificultades afectan de modo particular a los profesionales jóvenes que se ven sometidos a presión de un ambiente, una organización social, un sistema de vida, que dificultan la formación de una familia ni su estabilidad.

Ciertamente hay que pedir al Señor la fortaleza para saber decir que no a supuestas exigencias del trabajo, sin dejarse absorber por lo que no es más que un medio. Pero también es necesario implantar una cultura y una legislación sobre el trabajo que facilite la necesaria dedicación a la familia. Una sociedad que no proteja la familia está caminando hacia su destrucción. El Magisterio de la Iglesia no se cansa de recordarlo: «Nadie puede pensar que debilitar a la familia como sociedad natural fundada en el matrimonio es algo que favorece a la sociedad»<sup>8</sup>

«El empeño que pongáis, hijas e hijos míos, para imprimir un tono profundamente cristiano en vuestros hogares y en la educación de vuestros hijos, hará de vuestras familias focos de vida cristiana, remansos de aguas limpias que influirán en muchas otras familias, facilitando también que broten vocaciones»<sup>9</sup>.

---

1 San Juan Pablo II, Enc. Laborem exercens, 14-IX-1981, n. 10

2 Ibidem.

3 Ibidem.

4 Carta 14-II-1974, n. 2, citado en F. Requena, J. Sesé, Fuentes para la historia del Opus Dei, Ariel, Madrid 2002, pp. 144-145.

5 Meditación “San José, Nuestro Padre y Señor” (19-III-1968), citado en J. M. Casciaro, La encarnación del Verbo y la corporalidad humana, en “Scripta Theologica” 18 (1986/3) 751-770.

6 Lc 2, 52.

7 San Juan Pablo II, Enc. Laborem exercens, 14-IX-1981, n. 10.

8 Francisco. Ex. ap. Amoris laetitia, 19-III-2016, n. 52.

9 Mons. Javier Echevarría, Carta, 28-XI-02, nn. 11-12.

## LA FUERZA DEL FERMENTO

La sociedad es como un tejido de relaciones entre los hombres. El trabajo, la familia y las demás circunstancias de la vida crean una trama de vínculos, en la que nuestra existencia se encuentra como entretejida<sup>1</sup>, de modo que cuando procuramos santificar la concreta profesión, la particular situación familiar o el resto de los deberes ordinarios, no estamos santificando una fibra aislada, sino el entero tejido social.

Esta labor santificadora convierte a los cristianos en poderoso fermento de ordenación del mundo, de modo que éste refleje mejor el amor con el que ha sido creado. Cuando la caridad está presente en cualquier actividad humana, se reducen los espacios de egoísmo, principal factor de desorden en el hombre, en sus relaciones con los demás y con las cosas. Portadores del Amor del Padre en medio de la sociedad, los fieles laicos «están llamados allí por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo»<sup>2</sup>.

La eficacia transformadora de esa levadura cristiana depende, en gran medida, de que cada uno procure alcanzar una preparación adecuada para su trabajo. Ésta no debe limitarse a la instrucción específica — técnica o intelectual — que requiere cada profesión. Hay otros aspectos que, por ser imprescindibles para alcanzar una verdadera “competencia” humana y cristiana, influyen directísimamente en las relaciones laborales y sociales que se originan en torno al trabajo y que son fundamentales para ordenar a Dios el tejido social.

### **Ser del mundo sin ser mundanos**

El cristiano que está llamado a santificarse en su profesión ha de ser del mundo pero no mundano. Ha de buscar el bienestar temporal sin considerarlo como el bien supremo. Debe reconocer con realismo la presencia del mal, sin desanimarse cuando lo encuentra en su camino, tratando, en cambio, de reparar y de luchar con más empeño para purificarlo del pecado. «No debe faltar nunca la ilusión, ni en vuestro trabajo ni en vuestro empeño por construir la ciudad temporal. Aunque, al mismo tiempo, como discípulos de Cristo que han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias (Gal 5, 24), procuréis mantener vivo el sentido del pecado y de la reparación generosa, frente a los falsos optimismos de quienes, enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18), todo lo cifran en el progreso y en las energías humanas»<sup>3</sup>.

“Ser del mundo”, en sentido positivo, lleva a «tener espíritu contemplativo en medio de todas las actividades humanas (...), haciendo realidad este programa: cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios»<sup>4</sup>. Este afán, lejos de producir retraimiento ante las dificultades del ambiente, impulsa a una mayor audacia, fruto de una presencia de Dios más intensa y constante. Porque somos del mundo y somos



de Dios, no podemos encerrarnos: «no es lícito a los cristianos abandonar su misión en el mundo, como al alma no le está permitido separarse voluntariamente del cuerpo»<sup>5</sup>. San Josemaría concreta esa tarea de ciudadanos cristianos en «contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social»<sup>6</sup>.

Manifestación capital del espíritu cristiano es reconocer que la plena felicidad humana se encuentra en la unión con Dios, no en la posesión de bienes terrenos. Es justamente lo contrario de ser mundano. El mundano pone todo el corazón en los bienes de este mundo, sin acordarse de que están hechos para conducirlo hacia el Creador. Puede que alguna vez, ante la experiencia de personas que, alejadas de Dios, parecen encontrar felicidad en los bienes que poseen, venga el pensamiento de que la unión con Dios no es la única fuente de alegría plena. Pero no debemos engañarnos. Se trata de una felicidad inconsistente, superficial y no exenta de inquietudes. Esas mismas personas serían incomparablemente más felices, ya en esta tierra y después plenamente en el Cielo, si trataran a Dios y ordenaran a su gloria el uso de esos bienes. La suya dejaría de ser una felicidad frágil, expuesta a muchas eventualidades, y no temerían — con ese temor que les quita la paz — que llegaran a faltarles unos u otros bienes, ni les asustaría la realidad del dolor y de la muerte.

Las bienaventuranzas del Sermón de la montaña — «bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. Bienaventurados los mansos..., los que tienen hambre y sed de justicia..., los que padecen persecución por causa de la justicia...»<sup>7</sup> —, muestran que la plena felicidad (la bienaventuranza), no se encuentra en los bienes de este mundo. San Josemaría se dolía porque, a veces, «se engaña a las almas. Se les habla de una liberación que no es la de Cristo. Las enseñanzas de Jesús, su Sermón de la Montaña, esas bienaventuranzas que son un poema del amor divino, se ignoran. Sólo se busca una felicidad terrena, que no es posible alcanzar en este mundo»<sup>8</sup>.

Las palabras del Señor no justifican, sin embargo, una visión negativa de los bienes terrenos, como si fueran malos o impedimento para alcanzar el Cielo. No son obstáculo, sino materia de santificación, y el Señor no invita a rechazarlos. Enseña más bien que lo único necesario<sup>9</sup> para la santidad y la felicidad es amar a Dios. Quien no dispone de esos bienes o quien sufre, debe saber no sólo que la alegría plena pertenece al Cielo, sino que ya en esta tierra es “bienaventurado” — puede tener un anticipo de la felicidad del Cielo —, porque el dolor y, en general, la carencia de un bien terreno, tiene valor redentor si se acoge como la Cruz de Cristo, por amor a la Voluntad de nuestro Padre Dios, que todo lo ordena a nuestro bien<sup>10</sup>. Buscar el bienestar material para quienes nos rodean es muy agradable a Dios, es una forma maravillosa de empapar de caridad las realidades temporales, y es perfectamente compatible con la actitud personal de desprendimiento que el Señor nos ha enseñado.

## **Mentalidad laical, con alma sacerdotal**

Un hijo de Dios ha de tener «alma sacerdotal», porque ha sido hecho partícipe del sacerdocio de Cristo para corredimir con Él. En la enseñanza de san Josemaría, por dirigirse a quienes están llamados a santificarse en medio del mundo, esta característica se encuentra intrínsecamente unida a la «mentalidad laical», que lleva a realizar el trabajo y los diversos quehaceres con competencia, de acuerdo con sus leyes propias, queridas por Dios<sup>11</sup>.

Dentro del marco básico de las normas de moral profesional, que es preciso cuidar delicadamente como presupuesto necesario para santificar el trabajo, hay muchos modos de llevar a cabo las tareas humanas según el querer de Dios. Dentro de las leyes propias de cada actividad, y en la amplia perspectiva que abre la moral cristiana, caben multitud de opciones, todas ellas santificables, entre las que cada uno puede elegir con responsabilidad y libertad personales, respetando la libertad de los demás. Esa libertad intransferible hace que la participación de cada uno en la vida social –en el hogar, en el trabajo, en la convivencia– sea única, original e irrepetible, como es irrepetible la respuesta de cada alma al amor a Dios. No debemos privar a los demás del buen ejercicio de nuestra libertad, fuente de iniciativas de servicio para la gloria de Dios. Asumir profundamente este hecho es característica esencial del espíritu que transmite san Josemaría: «Libertad, hijos míos, libertad, que es la clave de esa mentalidad laical que todos tenemos»<sup>12</sup>.

El alma sacerdotal y la mentalidad laical son dos aspectos inseparables en el camino de santidad que enseña. «En todo y siempre hemos de tener – tanto los sacerdotes como los seglares – alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical, para que podamos entender y ejercitar en nuestra vida personal aquella libertad de que gozamos en la esfera de la Iglesia y en las cosas temporales, considerándonos a un tiempo ciudadanos de la ciudad de Dios (cfr. Ef 2, 19) y de la ciudad de los hombres»<sup>13</sup>.

Para ser fermento de espíritu cristiano en la sociedad es preciso que en nuestra vida se cumpla esta unión, de modo que todo nuestro quehacer profesional, realizado con mentalidad laical, esté empapado de alma sacerdotal.

Señal clara de esta unión es poner en primer lugar el trato con Dios, la piedad, concretada en un plan de vida espiritual. Necesitamos alimentar el Amor como impulso vital de nuestra vida, porque no es posible trabajar realmente para Dios, sin una vida interior cada vez más honda. Como recordaba san Josemaría: «Si no tuvierais vida interior, al dedicaros a vuestro trabajo, en lugar de divinizarlo, os podría suceder lo que sucede al hierro, cuando está al rojo y se mete en el agua fría: se destempla y se apaga. Habéis de tener un fuego que venga de dentro, que no se apague, que encienda todo lo que toque. Por eso he podido decir que no quiero ninguna obra, ninguna labor, si mis hijos no se mejoran en ella. Mido la eficacia y el valor de las obras, por el grado de santidad que adquieren los instrumentos que la realizan».

«Con la misma fuerza con que antes os invitaba a trabajar, y a trabajar bien, sin miedo al cansancio; con esa misma insistencia, os invito ahora a tener vida interior. Nunca me cansaré de repetirlo: nuestras Normas de piedad, nuestra oración, son lo primero. Sin la lucha ascética, nuestra vida no valdría nada, seríamos ineficaces, ovejas sin pastor, ciegos que guían a otros ciegos (cfr. Mt 9, 36; 15, 4)»<sup>14</sup>.

Para que el fermento no se desvirtúe, ha de tener la fuerza de Dios. Él es quien transforma las personas y el ambiente que nos rodea. Sólo cuando permanecemos unidos a Él somos verdaderamente fermento de santidad. De otro modo estaremos en la masa como simple masa, sin aportar lo que se espera de la levadura. El empeño por cuidar un plan de vida espiritual acabará produciendo el milagro de la acción transformadora de Dios: primero en nosotros mismos, por ser ese plan un camino de unión con Él y, como consecuencia, en los demás, en la sociedad entera.

---

1 Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31. Cfr. san Juan Pablo II, Ex. ap. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 15.

2 *Ibidem*.

3 Carta 9-I-1959, n. 19. Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 95-101.

4 *Forja*, n. 740.

5 *Epistola ad Diognetum*, 6.

6 *Surco*, n. 302.

7 Mt 5, 3 ss.

8 *Apuntes de una meditación*, 25-XII-1972.

9 Lc 10, 42.

10 Cfr. Rm 8, 28.

11 Cfr. Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 36.

12 Carta 29-IX-1957, citado por A. Cattaneo, *Tracce per una spiritualità laicale offerte dall'omelia Amare il mondo appassionatamente*, en "*Annales Theologici*" 16 (2002)128.

13 Carta 2-II-1945, n. 1, en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, II, Rialp, Madrid 2002, p. 670.

14 Carta 15-X-1948, n. 20.

## TRABAJAR EN TODO TIEMPO

San Josemaría escribió que el trabajo es «una enfermedad contagiosa, incurable y progresiva»<sup>1</sup>. Uno de los síntomas de esta "enfermedad" consiste en no saber estar sin hacer nada. El deseo de dar gloria a Dios es la razón última de esa laboriosidad, de ese afán por santificar el tiempo, de querer ofrecer a Dios cada minuto de cada hora, cada hora de cada día... cada etapa de la vida. «El que es laborioso aprovecha el tiempo, que no sólo es oro, ¡es gloria de Dios! Hace lo que debe y está en lo que hace, no por rutina, ni por ocupar las horas, sino como fruto de una reflexión atenta y ponderada»<sup>2</sup>.

«El hombre cauto medita sus pasos»<sup>3</sup>, dice el libro de los Proverbios. Meditar los pasos en la tarea profesional es esa reflexión atenta y ponderada de la que habla san Josemaría, que lleva a pensar hacia donde caminamos con nuestro trabajo, y a rectificar la intención. El prudente discierne en cada circunstancia el mejor modo de dirigirse hacia su fin. Y nuestra meta es el Señor. Cuando cambian las circunstancias conviene tener el corazón despierto para percibir las llamadas de Dios en y a través de los cambios, de las nuevas situaciones.

Vamos a detenernos en dos momentos concretos de la vida profesional: el inicio y el final. Dentro de su especificidad, ayudan a considerar algunos aspectos de la santificación del trabajo. Entre otros: la disposición vigilante, con la fortaleza de la fe, para mantener la rectitud de intención; el valor relativo de la materialidad de lo que hacemos; la fugacidad de los éxitos o de los fracasos; la necesidad de mantener siempre una actitud joven y deportiva, dispuesta a recomenzar, por amor a Dios y a los demás, cuantas veces sea necesario...

### **Los inicios de la vida profesional**

Una de las notas esenciales de la enseñanza de san Josemaría es la unidad de vida. Vivir en unidad significa orientar todo hacia un único fin; buscar «solo y en todo la gloria de Dios»<sup>4</sup>. Para quienes dedican la mayor parte de la jornada a desarrollar una profesión, es necesario aprender a integrarla en el conjunto del proyecto de vida. El inicio de la vida profesional es uno de los momentos más importantes en ese aprendizaje. Es una situación de cambio, de nuevos retos y posibilidades... y también de dificultades que conviene conocer.

En algunos ámbitos se reclama de los jóvenes profesionales una dedicación sin límite de horario ni de compromiso, como si el trabajo fuese la única dimensión de su vida. Estas prácticas se inspiran, por una parte, en técnicas de motivación; pero también responden a una mentalidad que absolutiza el éxito profesional sobre cualquier otra dimensión de la existencia. Se busca fomentar una actitud en la que el compromiso con la empresa o con el equipo de trabajo esté por encima de cualquier otro interés. Y es precisamente en personas con vocación profesional, que quieren hacer bien su trabajo, en

las que pueden cuajar estos planteamientos. San Josemaría, maestro de la santificación del trabajo, advertía del peligro de trastocar el orden de las aspiraciones. «Interesa que bregues, que arrimes el hombro... De todos modos, coloca los quehaceres profesionales en su sitio: constituyen exclusivamente medios para llegar al fin; nunca pueden tomarse, ni mucho menos, como lo fundamental. ¡Cuántas “profesionalitis” impiden la unión con Dios!»<sup>5</sup>.

Los medios que se usan para reclamar esa exclusividad no suelen consistir en rígidas imposiciones, sino más bien en hacer entender que la estima, la consideración y las posibilidades futuras de una persona dependen de su disponibilidad incondicionada. De este modo se fomenta pasar el máximo número de horas en la empresa, renunciando incluso al fin de semana o a períodos de descanso —habitualmente dedicados a la familia, al cultivo de las amistades, etc.— incluso sin que exista para ello una real necesidad. Estas y otras formas de demostrar la máxima disponibilidad se ven a menudo incentivadas con gratificaciones o con beneficios que permiten moverse en un alto status social: hoteles y ambientes exclusivos cuando se viaja por motivos de trabajo, regalos... Por el contrario, cualquier limitación de la disponibilidad se ve como una peligrosa desviación de la “mentalidad de equipo”. El grupo de trabajo o la empresa pretenden así absorber la totalidad de las energías y los demás compromisos externos han de supeditarse siempre a los del trabajo. Estas circunstancias se puede desviar la rectitud de intención, pensando que forma parte del prestigio profesional conveniente para el apostolado. San Josemaría prevenía contra posibles falsos razonamientos en este sentido. «Una impaciente y desordenada preocupación por subir profesionalmente, puede disfrazar el amor propio so capa “de servir a las almas”. Con falsía —no quito una letra—, nos forjamos la justificación de que no debemos desaprovechar ciertas coyunturas, ciertas circunstancias favorables...»<sup>6</sup>.

Cuando se descuidan la fortaleza y la templanza necesarias para mantener las aspiraciones profesionales dentro de un orden que permite orientarlas al amor a Dios, no es difícil imaginar las consecuencias. Basta pensar en las crisis que se producen en la vida familiar cuando el padre o la madre no quieren recortar el trabajo, pudiendo hacerlo, y regatean la necesaria dedicación de tiempo y energías al hogar; o el enfriamiento en el trato con Dios cuando el plan de vida espiritual no se pone en primer lugar; o la languidez del apostolado de amistad y de confianza cuando la atención a las personas se ve habitualmente como un estorbo para los compromisos profesionales.

La actitud de quien se deja seducir por el éxito humano —muy distinto del prestigio profesional que es anzuelo del apóstol—, imposibilita la unidad de vida cristiana. La profesión deja de estar integrada en el conjunto de las actividades según el orden de la caridad, que incluye atender a otros deberes espirituales, familiares y sociales. Lo que realmente debe interesar a un hijo de Dios es cumplir la voluntad de su Padre, tratando de trabajar en su amorosa presencia. Esto es lo que da sentido a todo, lo que nos debe mover

a trabajar y a descansar, a hacer esto o lo otro; lo que nos da paz y alegría. Para cristianizar los ambientes profesionales se requiere madurez humana y sobrenatural, un prestigio profesional cristiano que no se reduce a la mera productividad.

Los hijos de Dios hemos sido liberados por Cristo en la Cruz. Podemos acoger esa liberación o rechazarla. Si la acogemos con nuestra correspondencia, viviremos libres de la esclavitud de las opiniones de los demás, de la tiranía de nuestras pasiones, y de cualquier presión que pretenda doblegar nuestro corazón para que sirvamos a señores distintos de nuestro Padre Dios.

A menudo será necesaria una buena dosis de fortaleza para decir que no a propuestas profesionales que sinceramente sabemos que no están en nuestro camino personal de santificación y de apostolado, aunque puedan estarlo en el de otro. Pero no hay recetas para esto. La actuación prudente en un asunto de tanta importancia requiere una vida interior sólida, un deseo firme de dar gloria a Dios, y la actitud humilde, vigilante y abierta, de dejarse aconsejar.

### **El final de una etapa, el comienzo de otra**

Otra fase que tiene sus exigencias específicas es el momento de la jubilación. Este cambio en la condición de vida, requiere adaptar muchos aspectos prácticos y, sobre todo, un espíritu joven, dispuesto a buscar y realizar lo que Dios pide en esa nueva etapa.

Es un buen momento para volver a meditar sobre el significado de la santificación del trabajo, comenzando por el primer requisito, el de trabajar, precisamente en una situación en la que las circunstancias no obligan a hacerlo como antes. Se pone en primer plano que el motivo para trabajar no es sólo la necesidad sino el amor a Dios, que nos ha creado para que trabajemos mientras podamos.

Es una ocasión espléndida para pensar cómo ser útiles al Señor y a los demás, con un renovado espíritu de servicio, más sereno y más recto, en tantas cosas pequeñas o en grandes iniciativas. Las posibilidades son variadísimas. Hay quienes, durante un tiempo, mantienen la actividad profesional anterior, preparando a las personas que habrán de sustituirles. Otros se orientan a actividades de carácter asistencial, de gran valor: atención a enfermos, apoyo a centros educativos o formativos que necesitan personas con experiencia y posibilidad de dedicación de tiempo. Otros aprovechan la ocasión para poner en juego capacidades que apenas se habían podido desarrollar antes: colaborando en actividades culturales que es posible realizar a través de internet; intervienen en la formación de la opinión pública; impulsan asociaciones familiares y culturales; promueven agrupaciones de telespectadores o de consumidores que mejoran la sociedad... En todo caso se ha de tratar de actividades realizadas con profesionalidad, con la mentalidad profesional que se ha tenido hasta entonces y que ahora ha de continuar manifestándose en la perfección con que se lleva a cabo el nuevo trabajo, en la preparación

que se procura adquirir para realizarlo, en la seriedad con que se respeta el horario y todos los compromisos que se adquieren.

Los horizontes apostólicos de esta etapa de la vida son muy amplios. El paso a una situación de mayor libertad en la organización del tiempo, no debe dejar sitio al aburguesamiento. Todo ha de estar empapado de afán apostólico. Las ocasiones de entrar en contacto con otras personas pueden ser, en estas nuevas circunstancias, mucho mayores que antes, incluso se puede presentar la oportunidad de llevar a cabo una labor apostólica con personas jóvenes, no sólo colaborando con alguna iniciativa sino creándola: un club, unas actividades de formación que permitan dar cauce al bagaje de espíritu cristiano que se lleva dentro.

«El espíritu humano, aun participando del envejecimiento del cuerpo, en un cierto sentido permanece siempre joven si vive orientado hacia lo eterno»<sup>7</sup>. San Josemaría, en los últimos años de su vida en la tierra, cuando las fuerzas físicas menguaban, no dejó de emprender proyectos llenos de audacia, como por ejemplo el santuario de Torreciudad. Era igualmente sorprendente el ejemplo de san Juan Pablo II, quien promovió numerosas iniciativas de evangelización, a cual más audaz, con fuerza y vigor pese a la enfermedad que le acompañó durante años, hasta su muerte santa.

A él mismo se le pueden aplicar estas palabras suyas, con las que nos invita a tener en gran estima la última etapa de la vida: «Todos conocemos ejemplos elocuentes de ancianos con una sorprendente juventud y vigor de espíritu....»<sup>8</sup>.

---

1 Carta 15-X-1948, citado por A. Nieto, Josemaría Escrivá, sacerdote de Dios, trabajador ejemplar, Discurso pronunciado en la Universidad de Navarra el 26-VI-1985.

2 Amigos de Dios, n. 81.

3 Prv 14, 15.

4 Forja, n. 921.

5 Surco, n. 502.

6 Surco, n. 701.

7 San Juan Pablo II, Carta a los ancianos, 1-X-1999, n. 12.

8 Ibidem.



## JESUCRISTO EN LA ENTRAÑA DEL TRABAJO

«Ésta ha sido mi predicación constante desde 1928: urge cristianizar la sociedad»<sup>1</sup>, afirma san Josemaría en una homilía; y poco después señala el modo que propone para alcanzarlo: «elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio»<sup>2</sup>. Se trata, con otras palabras, de santificar el trabajo. «Por el trabajo –escribe–, somete el cristiano la creación (cfr. Gn 1, 28) y la ordena a Cristo Jesús, centro en el que están destinadas a recapitularse todas las cosas»<sup>3</sup>. Se abre aquí una perspectiva fascinante cuyo origen se encuentra en un hecho histórico que es preciso recordar para comprender el alcance del mensaje.

### “Cuando seré levantado sobre la tierra...”

El 7 de agosto de 1931 fue una fecha memorable para san Josemaría. Muchas veces recordará que ese día el Señor le hizo ver con claridad inusitada una característica del espíritu que venía transmitiendo desde 1928. Comprendió que Jesucristo reinará en el mundo si los cristianos le pondrán en la entraña y en la cumbre de su actividad profesional, santificando su trabajo. De este modo Él atraerá a todos los hombres y a todas las cosas hacia sí, y su Reino será una realidad, porque la sociedad entera –las personas, las instituciones y las costumbres–, edificada con el entramado de las diversas profesiones, llegará a estar configurada cristianamente.

Este mensaje quedó impreso en su alma a partir de entonces, al entender en un sentido nuevo las palabras del Señor recogidas en Jn 12, 32 (según la Vulgata, en uso por entonces en la liturgia): *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*: y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí. He aquí uno de los pasajes en los que se refiere a ese momento: «Cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! –no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo–, pensaba: ¿tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? (...). Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: ¡si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces *omnia traham ad meipsum!* ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»<sup>4</sup>.

Las biografías de san Josemaría narran la profunda conmoción que experimentó en su alma al recibir esta luz<sup>5</sup>. Las palabras de Jn 12, 32, esculpidas al pie de su imagen en los muros de la Basílica de San Pedro, bendecida por Benedicto XVI el 14 de septiembre de 2005, recuerdan la importancia de este acontecimiento para la vida de la Iglesia.

En otro lugar –escribiendo en tercera persona– explica el sentido que descubrió en este pasaje del Evangelio: «[Aquel sacerdote] entendió claramente que, con el trabajo

ordinario en todas las tareas del mundo, era necesario reconciliar la tierra con Dios, de modo que lo profano –aun siendo profano– se convirtiese en sagrado, en consagrado a Dios, fin último de todas las cosas»6. Convertir lo profano en sagrado “aun siendo profano”, significa que una actividad profesional –la medicina, la construcción, la hostelería, etc.–, sin cambiar su naturaleza y su función en la sociedad, con su autonomía y sus leyes propias, se puede convertir en oración, en diálogo con Dios, y así se santifica: se purifica y eleva. Por esto afirma san Josemaría que «en rigor, no se puede decir que haya realidades profanas, una vez que el Verbo de Dios se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar el mundo con su presencia y con el trabajo de sus manos, porque fue designio del Padre reconciliar consigo, pacificándolas por la sangre de su cruz, todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo (Col 1, 20)»7.

Al hablar de poner al Señor “en la entraña” de las actividades humanas indica que esa transformación de lo profano en santo o sagrado ocurre en lo más íntimo de la actividad. En efecto, la esencia de esa transformación es la caridad, el amor sobrenatural, que informa y vivifica enteramente aquello que se hace: «¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Jn 12, 32)»8.

Varias veces, en lugar de decir “en la entraña”, san Josemaría escribe “en la cumbre” o “en la cima”, de las actividades humanas: «Si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, omnia traham ad meipsum, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»9.

“En la cumbre” equivale a “en la entraña”, pues decir que el amor de Cristo vivifica una actividad desde su entraña es tanto como decir que la preside desde su cumbre. Pero la expresión “en la cumbre” o “en la cima” añade algo más: indica que en esa actividad se tiene que ver a Cristo, pues «no puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte, ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celmín, sino sobre un candelero para que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5, 14-16). Por tanto, afirmar que el cristiano ha de poner a Cristo en la cima de su trabajo, significa que el amor con el que lo realiza se ha de manifestar en el trato con los demás, en la actitud de entrega y de servicio. Con naturalidad, se debe notar la caridad de Cristo en la conducta de sus discípulos, junto con la competencia profesional y dentro de ella. «Cada cristiano debe hacer presente a Cristo entre los hombres; debe obrar de tal manera que quienes le traten perciban el bonus odor Christi (cfr. 2 Co 2, 15), el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro»10.

Hay también otro sentido de la expresión “poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas”, que es consecuencia de lo anterior. Quien hace su trabajo por amor a Cristo y para que los hombres, al verlo, glorifiquen a Dios, debe tratar de realizarlo lo mejor posible también humanamente, con la mayor perfección de que sea capaz. Así pone a Cristo en la cima de su trabajo. Esto no significa que haya de ser el mejor en esa tarea, pero sí que ha de esforzarse por llevarla a cabo con la mayor competencia humana que pueda adquirir y poniendo en práctica las virtudes cristianas empapadas por el amor a Dios. Poner al Señor en la cumbre del propio trabajo no se ha de entender como éxito terreno; es algo que está al alcance de todos, no sólo de algunos particularmente dotados; es una exigencia personal: cada uno ha de poner a Jesucristo en la cumbre de su actividad aunque humanamente no destaque en ella.

Sin embargo, el sentido más profundo de ese “poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas” es el de unir el trabajo y todas las actividades rectas a la Santa Misa, cumbre de la vida de la Iglesia y del cristiano<sup>11</sup>. Se encierran ahí los sentidos anteriores, porque unir el trabajo al Sacrificio de Cristo implica realizarlo por amor y con la mayor perfección humana posible. Entonces el trabajo se convierte en un acto de culto a Dios: se santifica por su unión con el Sacrificio del Altar, renovación o actualización sacramental del Sacrificio del Calvario, «se convierte en obra de Dios, operatio Dei, opus Dei»<sup>12</sup>. El sentido tradicional de la expresión “opus Dei”, que designa el oficio litúrgico, se abre en las palabras de san Josemaría al trabajo y a todas las actividades. Pide al cristiano que a lo largo de su jornada sea “alma de Eucaristía”, porque sólo así Cristo estará en la cumbre de su actividad. «Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía (...). Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí»<sup>13</sup>.

La Eucaristía edifica la Iglesia porque reúne en un solo Cuerpo a quienes participan en ella: «puesto que el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo, porque todos participamos de un solo pan» (1 Co 10, 17). La Eucaristía «es el cumplimiento de la promesa del primer día de la gran semana de Jesús: Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí (Jn 12, 32)»<sup>14</sup>. Se alcanza a entrever entonces el profundo significado que encierra el hecho de que la luz recibida por san Josemaría sobre este texto le llegara precisamente «mientras alzaba la Hostia»<sup>15</sup>: en el momento de la Consagración, en la Santa Misa. Cuando el cristiano une su trabajo al Sacrificio del Altar, ese trabajo santificado edifica la Iglesia porque hace presente la fuerza unificadora de la Eucaristía: la acción de Cristo que por el Espíritu Santo atrae a todos los hombres y a todas las cosas hacia sí.

El camino que Dios quiso mostrar a san Josemaría para que Cristo reinara en este mundo, es el de que cada uno personalmente procure santificar su trabajo poniendo ahí la Cruz de Cristo, es decir, uniéndolo al Sacrificio del Calvario que se actualiza en la

Eucaristía, siendo así fermento de vida cristiana en medio del mundo. Un modo poco vistoso de contribuir al reinado de Cristo, pero portador de toda la eficacia de la promesa divina: «¡si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra (...) omnia traham ad meipsum! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»<sup>16</sup>.

Poner a Cristo en la cumbre de “todas las actividades humanas” para que Él reine, no significa que su reinado será el resultado del influjo humano de un gran número de cristianos actuando en todas las profesiones. Es el Señor quien atraerá hacia sí todas las cosas, si un puñado de cristianos fieles, hombres y mujeres, procuran ser auténticamente santos cada uno en su lugar en medio del mundo. No es una cuestión de proporciones humanas. Lo que entendió san Josemaría es que se nos pide a los cristianos que pongamos a Cristo en la entraña de nuestra actividad, quizá de muy poco relieve social, y que si lo hacemos, Él atraerá todas las cosas hacia sí: no sólo aquellas que son efecto de nuestro limitado trabajo, sino todas y en todo el mundo. «Estaba claro que aquellas palabras, que relata San Juan –et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Jn 12, 32)–, debíamos entenderlas en el sentido de que le alzáramos, como Señor, en la cumbre de todas las actividades humanas: que Él lo atraería todo hacia sí, en su reinado espiritual de amor»<sup>17</sup>

### **Reinado de Cristo y progreso temporal**

Así como querer que Cristo reine en la propia vida incluye buscar la perfección humana –mediante la práctica de las virtudes informadas por la caridad–, así también, querer que Cristo reine en la sociedad exige buscar su perfeccionamiento: el bien común temporal, del que forma parte el progreso. En realidad no es un simple paralelismo entre el bien de la persona y el de la sociedad, como si la búsqueda de lo uno pudiera ser independiente de lo otro. Lo que llamamos bien común de la sociedad es bien de las personas que la constituyen. Y, a su vez, el bien de las personas contribuye al bien común de la sociedad, siempre que este último se entienda de modo integral. Las condiciones de vida social que se intenta mejorar no se reducen al desarrollo económico y al bienestar material, aunque ciertamente los incluyen. Son también, y antes –en sentido cualitativo, no en el de urgencia temporal, en el que pueden a veces tener preferencia los aspectos materiales–, la libertad, la justicia, la moralidad, la paz, la cultura: todo lo que corresponde en primer lugar a la dignidad de la persona humana.

La sensibilidad de san Josemaría hacia este tema es muy aguda: «Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana (cfr. Tertuliano, Apologeticum, 17), no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar. Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como

simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor»<sup>18</sup>.

«El progreso rectamente ordenado es bueno, y Dios lo quiere»<sup>19</sup>. La búsqueda del progreso temporal en orden al reinado de Cristo es parte integrante de la santificación del trabajo profesional. Y lo es porque la santificación del trabajo implica la elevación de la misma realidad humana del trabajo al orden de la santidad. «Humanamente el trabajo es fuente de progreso, de civilización y de bienestar»<sup>20</sup>. Por su naturaleza, el trabajo profesional es «medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres»<sup>21</sup>. Quien quiera santificar su trabajo no puede prescindir de esta realidad. Necesariamente habrá de aspirar al progreso temporal, para ordenarlo a Dios. «No es admisible pensar que, para ser cristiano, haya que dar la espalda al mundo, ser un derrotista de la naturaleza humana»<sup>22</sup>.

Este progreso no es, sin embargo, el fin último sobrenatural, ni anticipo de éste, porque ningún bien terreno puede ser en sí mismo incoación de los bienes sobrenaturales. Esto no es quitarle importancia al progreso humano, es solamente no divinizarlo. Su búsqueda es un fin subordinado a la búsqueda de la santidad, al fin último sobrenatural. «Ha querido el Señor que, con nuestra vocación, manifestemos aquella visión optimista de la creación, aquel amor al mundo que late en el cristianismo. No debe faltar nunca la ilusión, ni en vuestro trabajo ni en vuestro empeño por construir la ciudad temporal. Aunque, al mismo tiempo, como discípulos de Cristo que han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias (Ga 5, 24), procuréis mantener vivo el sentido del pecado y de la reparación generosa, frente a los falsos optimismos de quienes, enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18), todo lo cifran en el progreso y en las energías humanas»<sup>23</sup>.

---

1 Amigos de Dios, n. 210.

2 Ibidem.

3 Carta 6-V-1945, n. 14.

4 Apuntes de una meditación, 27-X-1963.

5 Cfr. A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, cit., vol. I, pp. 379 ss.

6 Carta 9-I-1932, n. 2.

7 Carta 6-V-1945, n. 14.

8 *Es Cristo que pasa*, n. 183.

9 Ibidem.

10 Ibidem, n. 105.

11 Cfr. Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 11; Const. Sacrosanctum Concilium, n. 10.

12 Conversaciones, n. 10.

13 Es Cristo que pasa, n. 156.

14 J. Ratzinger, La Iglesia, una comunidad siempre en camino, Madrid 1991, p. 125.

15 Carta 29-XII-1947/14-II-1966, n. 89.

16 Apuntes de una meditación, 27-X-1963.

17 Carta 14-II-1944, n. 19.

18 Es Cristo que pasa, n. 111.

19 Ibidem, n. 123.

20 Carta 31-V-1954, n. 17.

21 Conversaciones, n. 10.

22 Es Cristo que pasa, n. 125.

23 Carta 9-I-1959, n. 19.